



HQN™

CELIA
y el
COMISARIO
Elena Bargues



CELIA
y el
COMISARIO
Elena Bargues

Índice

CELIA Y EL COMISARIO

Sinopsis

Personajes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Sinopsis

Se ha cometido un asesinato y Celia es la única sospechosa. Tras una fuerte discusión con su tío a causa de un enlace no deseado, este aparece muerto en su dormitorio y ella es la última persona que lo vio con vida.

Daniel Valle es el comisario que debe resolver el crimen perpetrado en una villa en el Sardinero; sin embargo, cuando conoce a Celia, teme no mantenerse imparcial durante su labor detectivesca.

Personajes

EN LA CASA:

Pedro Herrera: indiano cubano. Tío de Celia y de Vicente. Es el dueño de la villa La Ceiba. Posee una fortuna y un gato al que detesta.

Celia Herrera Pérez: sobrina de Pedro, aburrída, mordaz y rebelde. No soporta al viejo ni al primo. Era costurera.

Vicente Ruesga Herrera: sobrino de Pedro y primo de Celia. Trabaja como escribiente en una naviera. Es egoísta y estúpido. Se ignora si es una pose o una maldición.

Josefa: la cocinera respondona. Mujer típica, sobrada de peso y de mediana edad.

Amaia: la doncella, recién llegada del pueblo. Muchacha joven tímida y temblorosa.

Domingo: mayordomo tópico, hierático y fumador. Llegó de Cuba con Pedro Herrera.

Paco: jardinero.

Rafael: chófer de un Hispano-Suiza.

FUERA DE LA CASA:

Daniel Valle: inusual comisario, joven, inteligente y mentiroso.

Agente Soto: conoce demasiado al comisario.

Ventura Díaz: médico de cabecera. Un palomino que se cree todo lo que ve.

Álvaro Cossío: invisible abogado de la familia, al que solo ven cuando abre el testamento.

Luis Nájera: extravagante y peligroso médico forense.

Adela, Sonia y Paca: costureras y amigas de Celia Herrera.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Elena Bargues Capa
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Celia y el comisario, n.º 211 - diciembre 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock y archivo de la autora.

I.S.B.N.: 978-84-1307-248-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Celia se quedó pálida ante la orden de su tío.

—No voy a casarme con un viejo y mucho menos voy a ir a Cuba — se rebeló con determinación.

Se encontraban solos en el salón, rodeados por una decoración recargada y modernista de finales del siglo anterior y principios del XX. En 1920 habían abandonado ese gusto por la botánica que se extendió a las formas de los muebles. Pero su tío, un emigrado que había reunido una fortuna en Cuba, compró esa casa amueblada en el Sardinero y no se molestó en cambiar nada, incluso conservaba el servicio de la anterior familia. Una gran inteligencia para los negocios y una nulidad en cuanto a relaciones sociales y cultura. Había salido de una aldea de la zona de Tudanca, en pleno corazón de la montaña, a los dieciséis y había regresado cuarenta años después con una fortuna, un criado mestizo y la soberbia de quien tiene poder para obligar y someter a los demás a sus caprichos.

Cuando acudió a su requerimiento hacía dieciocho meses, todo eran mieles y buenas intenciones para con los sobrinos huérfanos y menos afortunados. Ella creyó en las buenas intenciones y, como una estúpida, dejó en sus manos la tutoría sobre su persona. Y ahora, le salía con esas.

—Creo que no eres consciente de que no te queda opción. Soy tu tutor y me debes obediencia. Además, está por medio el asunto de la herencia.

—Puede desheredarme tranquilamente. Recogeré mis cosas y regresaré a mi antigua vida.

—No voy hacerlo, niña caprichosa. Harás lo que yo diga. Hazte a la

idea.

—¡No me casaré! —gritó desesperada—. ¿No lo entiende? Me da igual lo que usted ordene.

—No tienes elección —elevó don Pedro la voz también—. Si sales por esa puerta sin mi permiso, quedarás sin dinero, sin tutor y sin trabajo, porque ahogaré cualquier perspectiva que se te presente. No te quepa duda.

—¿Me amenaza?

—No me dejas alternativa. Solo podrás ejercer en el muelle, como una mujerzuela más. Me ocuparé personalmente de que así sea.

—Ya veremos.

Se levantó y, al salir de la habitación, se tropezó con Vicente, su primo, y con el mayordomo mulato, que escuchaban desde el pasillo. Un poco más allá asomaba la doncella, Amaia, que se escabulló como un conejo asustado ante la mirada de furia de Celia. Salió al jardín, a pesar de que era octubre y refrescaba ya por la noche, y cerró de un portazo. Ardía en furia y no sintió el frío. Se movió entre los parterres como un león enjaulado, atónita por el ejercicio despótico de su tío sobre la tutoría que le había delegado como una ingenua, atraída por el cebo de la herencia. Debería haber recelado ante tanta facilidad. El viejo, que había actuado con doblez, había descubierto sus cartas.

—¿Cuál es el problema? ¿La boda o el viaje a Cuba?

Dio un respingo al oír la voz de Vicente. La había seguido al interior del jardín. Aunque se conocían de antes, no habían mantenido una relación familiar. Su padre no congeniaba con su hermana, la madre de Vicente. ¡Vaya hermanos más diferentes! El tío Pedro todavía se parecía menos a sus hermanos. Salieron de la aldea y fue como si alguien hubiera gritado: ¡sálvese quien pueda! Y se separaron sin mirar atrás.

—Ambos —replicó sin ambages—. ¿No lo has escuchado? Un amigo suyo, de su edad. Y en Cuba. Aquí, en Santander, tengo una vida o, al menos, la tenía.

—No heredarás. Un viejo no está tan mal. Podrás manejarlo a tu antojo.

Celia se volvió hacia Vicente demudada, incrédula. Hastiada, cruzó los brazos a la altura de la cintura.

—¿Qué dices! ¿Tan estúpido eres? Esa maldita herencia pasará de manos del tío a su amigo. Yo no veré un centavo, así que me da igual. Y no, no me apetece que un viejo me sobe y disponga de mi cuerpo a su antojo. Tú lo tienes muy fácil.

—No tanto. También estoy atrapado por la avaricia. No puedo casarme hasta que se muera. Recuerda que su condición es vivir aquí si queremos heredar.

—¿Cómo hemos sido tan tontos? —se reprochó amargamente Celia. Apoyó la frente sobre la mano que descruzó y sostuvo por el codo.

—Sí, nos engatusó con queso y luego cerró la trampa. Es un tipo odioso.

—¿Odioso? ¡Por Dios! Como no se solucione esto, seré capaz de matarlo.

—Si fuera el caso, te lo agradecería eternamente —bromeó Vicente.

—A mí no me hace ninguna gracia la situación. Tengo que pensar en algo para salir del brete. —Se frotó los antebrazos—. Hace frío, voy adentro.

En cuanto cerraron la puerta que daba al jardín, se acercó Amaia, la doncella.

—El señor está en su dormitorio. Quiere que le suba la tisana, señorita. ¿Puedo retirarme ya?

—Sí. Acuéstese. Buenas noches.

—Me retiro también. He de madrugar. Buenas noches. Mañana por la mañana, lo verás todo de otra manera —consoló Vicente.

Celia movió pesarosa la cabeza. Se encontraba sola en la lucha contra su tío. Para los hombres era muy fácil la vida. Y la suya lo habría sido si no hubiera confiado en un desconocido, porque eso era su tío, independientemente de la sangre, un desconocido que había mostrado las garras.

En cuanto hirvió el agua, echó las hierbas y cerró la tetera. Sacó la bandeja más pequeña, dispuso la taza con el azucarero y la cucharilla. El gato se restregó contra su pierna y Celia lo apartó

suavemente con el pie. Recogió todo y apagó el quinqué. A tientas subió la escalera con la bandeja en las manos, recorrió el breve pasillo iluminado por una lámpara de pie de vidrio y metal y llamó a la puerta. En cuanto oyó la voz de permiso, entró.

Su tío estaba sentado en el escritorio. Celia se dirigió a la mesita de noche, como hacía habitualmente, dejó la bandeja y se retiró con un buenas noches en la boca, aunque le habría deseado que se muriera y los dejara en paz. Cerró la puerta y, antes de abandonar el pasillo, oyó el ruido de la llave al echar el pestillo. Era un viejo maniático.

Vicente era ambicioso y la fortuna se le cruzó cuando conoció a su tío y le propuso vivir con él a cambio de heredar una parte de su fortuna. No requería un gran esfuerzo cambiar un piso cochambroso en la cuesta de Gibaja por una villa en el Sardinero, aunque, en ese momento, no pensó en la distancia que tendría que recorrer cada día hasta el escritorio de la naviera en la que trabajaba. Fue un iluso cuando intentó disponer del Hispano-Suiza con chófer, y mucho más cuando sugirió que le comprara un Ford T. Desde entonces, no había vuelto a abrir la boca. Se había dado cuenta de que, a pesar de que heredaría en un futuro, no obtendría ningún adelanto.

Y, luego, estaba el asunto de Miriam. Era la hija de uno de los afortunados comerciantes de coloniales de Santander. El padre no era rico, pero ganaba lo suficiente para vivir bien, en una buena casa en la Primera Alameda. Nunca se había atrevido a abordarla hasta que se enteró de que iba a heredar.

Se desvistió despacio, recapacitando sobre lo que era su vida y en lo que se había convertido. Miró la suntuosa habitación en la que dormía, en la misma planta que la de su tío, tan diferente de la que había ocupado en el pasado. Allí no pasaba frío, ni hambre, ni escuchaba las broncas de los vecinos porque no había vecinos, sino árboles y flores. Pero, en lo que no pensó fue en el precio que le costaría. Una herencia envenenada.

Vicente era un joven bien parecido, con bigotillo fino y pelo oscuro y brillante, como dictaba la moda. Alto y delgado, sin llegar a adquirir la apostura atlética, aunque si seguía acudiendo al trabajo a

pie lo conseguiría. El que una pierna fuera un par de centímetros más corta no suponía una merma en su estima; por el contrario, disfrutaba de alguna ventaja al haberlo librado del alistamiento para la guerra de Marruecos. Su prima, Celia, era muy parecida, aunque los rasgos se mezclaban con los de su madre, una mujer bastante guapa, por lo que recordaba de niño. Celia no se quedaba atrás, a pesar de que le sobraba energía para su gusto. Las prefería apacibles y sin pretensiones, como Miriam.

No obstante, comprendía a su prima. El viejo no había resultado ser tan buen samaritano como les había hecho creer y se estaba convirtiendo en un serio obstáculo para lograr lo que aspiraba: un buen matrimonio y una posición social reconocida dentro la burguesía media. ¿Por eso debía considerarse ambicioso?

Con las sábanas subidas hasta arriba, Amaia se quedó mirando el techo, los claroscuros que creaba la luz del quinqué. Disfrutaba de un cuarto para ella sola. En la puerta de al lado dormía Josefa. Era la que primero se acostaba y quien primero se levantaba. Se llevaba bien con ella. De los hombres, solo el mayordomo mulato vivía en la casa; los demás eran externos: el jardinero y el chófer. Los aposentos del servicio se encontraban sobre el garaje. A Amaia le gustaba más la casita de las cocheras que la villa principal, que se le antojaba bastante siniestra. Vaya gusto más raro el de la gente fina. Pero el temperamento de su nuevo señor estaba muy de acuerdo con la estética de la casa. No le gustaba cómo la miraba, le inquietaba la ambigüedad con la que se dirigía a ella, de forma que no sabía cómo tomárselo. Si coincidía con el señor a solas en una estancia sentía la tensión y la violencia que ejercía sobre ella la mera presencia. Había oído sobre los abusos de los señores en mujeres como ella: con la familia lejos, en el pueblo, y con escasas oportunidades para salir adelante. Muchas de ellas, ante el temor de perder un techo y comida caliente accedían a los deseos de los señores y, entonces, era peor porque, si quedaban embarazadas, las echaban con cajas destempladas.

El miedo la obligaba a pegarse a las faldas de doña Josefa y a estar

pendiente de dónde se encontraba el señor para no coincidir a solas. Al final del día, se acostaba agotada y no era precisamente por el trabajo. Con los hombres no podía contar, eran una especie aparte que se mantenían alejados de los problemas propios de mujeres y se quedaban como meros espectadores del drama que sufrían sus compañeras.

Con discreción, en las horas libres, había buscado colocación en otras casas; pero, a no ser que alguien sufriera un infarto, no había vacantes. Sin embargo, si el señor se muriera, sus temores desaparecerían. Servir a los señoritos sería mucho más sencillo, sin necesidad de vigilar a su espalda. Pero el viejo presumía de una salud de roble.

Se incorporó, alargó la mano y cerró la llave del quinqué.

Desde que había salido de Cuba, las noches eran suyas. Hacía tiempo que el vudú formaba parte de su vida como de los demás sirvientes de la hacienda, aunque su práctica estaba orientada a causar el mayor mal posible al señor y, a ser posible, la muerte. Sin embargo, por más ahínco que le ponía, nada resultaba. Un día tras otro, aquel demonio se levantaba con la fuerza de la que se revestía la maldad. El odio era proporcional a la perversidad con la que lo trataba y el señor, lo sabía y se complacía en ello. Se alimentaba del odio que generaba alrededor.

En cuanto tuvo uso de razón, se escapaba a la iglesia del pueblo. El padre Ramón, a falta de escuela y maestro, enseñaba a leer y a escribir con infinita paciencia a los escasos muchachos interesados. Él resultó ser un alumno aventajado y extendió la alfabetización a las matemáticas, la geometría y unas nociones de geografía e historia. Lo que alcanzaba el buen padre en su saber. A partir de los catorce años comenzó a trabajar en la casa de don Pedro.

Cuando estalló el escándalo, creyó que sus artes habían fructificado. Pobre ingenuo. La maldad se revolvió contra él y don Pedro lo arrastró en la caída, de tal forma que no le quedó más remedio que acompañarlo en su exilio; exilio que disfrazó de regreso voluntario a la madre patria. Hasta en la mentira era un maestro el

diablo.

Sin embargo, Santander había sido un descubrimiento, incluso para una persona de color como él. Había visto posibilidades, había trazado planes, el único escollo era don Pedro, quien le cortaría las alas para que no echase a volar, como le había sucedido a la señorita. Lo había escuchado desde el pasillo, en compañía del cobarde del primo. El muchacho no le caía ni mal ni bien; simplemente le faltaba sangre o era de un egoísmo encomiable, desde su punto de vista.

La noche había caído, el silencio era absoluto, el muñeco que sostenía en las manos semejaba un acerico atravesado de alfileres, apagó las velas de un soplo.

Josefa se removió en la cama. No conseguía conciliar el sueño. Llevaba en el mundo laboral desde niña, se casó y siguió trabajando en una de las fondas del Sardinero, enviudó y decidió suavizar el esfuerzo por uno más reposado en alguna de las villas. Lo encontró. La familia era muy amable; además, disponer de una habitación para ella sola era un lujo. Fue una lástima que al señor lo destinaran a otra ciudad y que la familia vendiera la villa, aunque se aseguraron de que el nuevo inquilino los conservase en los puestos. Y así había sido. Sin embargo, un nubarrón oscureció el paraíso. El nuevo señor se mostró amable y paciente con la servidumbre mientras se acoplaban a la nueva forma de trabajo y ella, a los nuevos platos de la cocina cubana que había aprendido a elaborar.

Pero lo que no estaba escrito era la propuesta que le había hecho el señor y que la mantenía despierta. No deseaba perder el trabajo ni la habitación que ocupaba desde hacía varios años. Era mayor para dar tumbos a lo largo del invierno en pensiones frías y malolientes. Suspiró y una lágrima rodó por la comisura del ojo hacia la sien. Era mayor para cualquier cosa, pero no permitiría que un indiano soberbio arrollara y pisoteara su dignidad.

Capítulo 2

Daniel observó la imponente entrada a la villa Ceiba. Aparcó el Ford T, uno de los primeros fabricados en Cádiz, junto a la pared de piedra que remataba una robusta verja moldeada en cemento. En el delimitado jardín, se erguían orgullosas varias palmeras que anunciaban el origen indiano del dueño de la mansión. Lo acompañaba el agente Soto, quien no ocultó la atracción que ejercía en él la inusitada construcción. La verja de hierro se adaptaba al insólito y enorme arco apuntado que finalizaba en un pináculo, cual si de una iglesia se tratara. No era el único elemento extraño. En la propia casa se abrían ventanales de arcos apuntados con vitrales y, en una de las fachadas, colgaba un mirador de madera con gablete y rosetón incluidos. El irregular edificio se hallaba culminado por un recorte almenado que se adaptaba a la forma triangular del tejado a dos aguas y, en un costado, destacaba la torre cuadrada y sólida, igualmente almenada y con vanos geminados de arcos apuntados. En su conjunto, resultaba una arquitectura inquietante, sensación que se acentuaba con la razón por la que se encontraban allí.

Atravesaron la cancela y se dirigieron a la derecha, superaron los escalones previos a la puerta y Soto alargó la mano para tocar la campana que colgaba en un lateral. El repique resonó por toda la calle, aunque no había vecinos que pudieran quejarse ya que la temporada de los baños de ola había terminado. La arboleda de plátanos, que flanqueaba el camino desde el alto de Miranda hasta la plaza del Pañuelo, se rendía al otoño y alfombraba de hojas secas la carretera de tierra. Las villas cercanas se hallaban cerradas a cal y canto. En invierno, el Sardinero se convertía en un paraje inhóspito y

azotado por los vientos del norte. La ciudad, situada en la ladera sur y al amparo de la bahía, era mucho más cálida y agradable para soportar la climatología norteña.

Un mayordomo, impecablemente vestido con una chaqueta larga e immaculados guantes blancos, les franqueó la entrada. Era joven para ocupar un puesto de tanta responsabilidad. Por el color de la piel y el acento, Daniel coligió que había acompañado al señor desde Cuba. Los condujo sin dilación al piso superior por las escaleras ubicadas en la ancha y bien iluminada torre. En la habitación principal se encontraba el finado, custodiado por el médico que los había avisado. El mayordomo aguardó junto a la puerta; solo el movimiento de los ojos desdecía la pose hierática que adoptaba.

El doctor frisaba la cincuentena y vestía un terno de lana marrón, correcto y práctico para el trabajo que desempeñaba. Se adelantó con la mano extendida.

—Ventura Díaz, para servirlos.

—Comisario Valle y el agente Soto —se presentó Daniel a su vez—. ¿No nos hemos visto en otra ocasión?

—Cierto. No me he atrevido a recordárselo porque entiendo que se cruza con mucha gente en su oficio. Fue a causa de una riña en la Cuesta del Hospital. Atendí al agredido.

—¡Ah! Ya lo recuerdo. En mi oficio es importante retener las caras —aclaró innecesariamente.

Paseó la mirada por el dormitorio del dueño de la casa, quien yacía, tapado decorosamente por la sábana, en su cama de madera oscura con dosel, del cual colgaban, al estilo colonial, unas finas cortinas de color crudo. La estancia, bien iluminada por uno de esos ventanales eclesiásticos, se caracterizaba por la rica decoración *art nouveau*. Los muebles de caoba se curvaban en una pulcra imitación de la naturaleza y la botánica llenaba los espacios. Las lámparas de bronce y vidrio de colores, estilo Tiffany, imponían la vistosidad al conjunto. Daniel avanzó sobre la mullida alfombra que cubría el suelo de madera hacia la cama. El doctor se adelantó a descubrir el cadáver y comenzó a relatarle su punto de vista.

—El gato ha sido determinante para descubrir el asesinato —

confesó afligido—. Eso me llevó a observar la taza con el resto de la infusión. —Señaló la mesita de noche junto al lecho.

Soto se agachó sobre el gato muerto al pie de la cama, en medio de un maloliente vómito. Daniel se centró en la taza de fina porcelana. Olió el contenido.

—Infusión de tejo —informó el doctor—. Dilatación de pupilas, labios azules y parada respiratoria —enumeró.

—El gato ha vomitado —constató.

—Sí, es otra posibilidad, pero no en el caso del señor Herrera. El olor se debe al descontrol de los esfínteres.

—Soto —se dirigió al agente—, coja mi coche y avise para que vengan a recoger los cuerpos, tanto del señor como del gato, para que les practiquen la autopsia sin dilación.

Daniel sacó un cuaderno de notas y comenzó a escribir, con una caligrafía rápida e ilegible para otros, los datos que habían llamado su atención en esa primera impresión: la taza con algo más de media infusión, la ausencia de vómito, la disposición del cuerpo mirando al techo, la falta de desorden, tanto en la cama como en la habitación, a excepción de la puerta. ¡La puerta!

En cuanto Soto abandonó la estancia, se acercó a ella y la observó con detenimiento. Había sido la culpable de que, en un principio, nadie sospechara de que se había perpetrado un crimen. Se hallaba cerrada por dentro, como era costumbre en el señor, y tuvieron que recurrir a la copia que colgaba de un gran llavero en la cocina.

—¿Y la llave? —preguntó.

—Sobre la mesa del pasillo —indicó escuetamente el mayordomo.

La mesa se adosaba a la pared más cercana a la habitación. Una pequeña lámpara iluminaba el paso y, bajo su pie, un paño grueso, un poco descentrado, protegía la madera. La llave era grande y pesada. La cogió y, antes de introducirla, observó que a través del ojo pasaba la luz y se podía intuir si la habitación estaba ocupada.

—La llave, ¿estaba en la cerradura?

—Sí, señor. Pero con la de repuesto, que se guarda en la cocina, Amaia, la doncella, consiguió hábilmente desplazarla de su lugar e introducir la nueva para abrir.

No le sorprendió la destreza de la doncella. Los problemas con las llaves en las casas eran algo habitual, así como el ingenio para solventarlos. Se arrodilló para investigar la altura del espacio entre la puerta y el suelo y comprobó que la llave no pasaba por debajo, ni siquiera forzándola.

—Haga el favor de reunir a todos los de la casa en el salón, incluido el personal de servicio.

El mayordomo se retiró para ejecutar la orden y Daniel, en cuanto regresó Soto, le indicó:

—Mientras los interrogo, busque en el escritorio algún indicio de un testamento o el nombre de su abogado y avíselo. Usted —se volvió al médico—, espere a las personas que retirarán los cuerpos y cuide de que no se toque nada. No quiero ningún cambio en el escenario.

—Todo esto es muy misterioso —opinó el doctor.

—No tanto, no tanto —restó importancia con un gesto—. Por de pronto, voy a establecer quién tuvo la oportunidad.

Bajó por las estrechas escaleras de madera y se encontró con el mayordomo, que lo aguardaba en el umbral de acceso al salón. Le conminó a entrar delante de él y cerró la puerta para que no los molestasen cuando se llevaran los cuerpos.

La estancia, al igual que el dormitorio, presentaba la misma decoración modernista. A pesar de la concurrencia, la joven que ocupaba el sofá en solitario, acaparó su atención. Lucía el pelo castaño cortado según la moda, a la altura de la nuca, perfectamente ondulado en zigzag. Era un corte sofisticado que destacaba la mirada de la mujer, profunda y sumamente triste. Algo en ese aire trágico lo conmovió. No iba pintada y llevaba un vestido de lanilla beis, de caída recta, que llegaba hasta por debajo de las rodillas. A la altura de las caderas, un cinturón simulaba que era de dos piezas al arrancar la falda plisada. El chaleco verde hasta la cadera aportaba color a la sobriedad del beis y las medias de color crudo que terminaban en unas zapatillas completaban el atuendo. El caballero que la acompañaba había escogido un sillón. El personal, de pie, permanecía a la expectativa. Daniel decidió romper el hielo con las

presentaciones.

—Soy el comisario Daniel Valle, el encargado de resolver este enigma y de arrestar al culpable.

—Celia Herrera Pérez, sobrina de don Pedro Herrera —se adelantó ella sin mostrar emoción alguna por su parte—. Vivo aquí.

—Vicente Ruesga Herrera, sobrino del fallecido y primo hermano de la señorita. Resido también aquí.

Se volvió al personal y se fueron presentando como Paco, el jardinero; Rafael, el chófer; Josefa, la cocinera; Amaia, la doncella; y Domingo, el mayordomo con funciones de ayuda de cámara.

—¿Quiénes de ustedes no tienen acceso diario a la casa y, mucho menos, a las habitaciones superiores?

Despidió al jardinero y al chófer y se quedó con los demás.

—Bien. ¿Quién descubrió que algo anómalo sucedía?

—Yo, señor. —Se adelantó un paso la doncella—. Subo el desayuno todos los días. El señor se levanta tarde y lo toma en la cama.

—¡Ah! ¿No lo hace el ayuda de cámara? —indagó.

—No, señor, yo lo ayudo con el baño y la ropa —contestó el interpelado.

—Y usted en ese momento se encontraba...

—En el jardín. Al señor no le gustaba que fumase —confesó sin titubear.

La cocinera asintió con la cabeza.

—¿Lo vio esta mañana? —inquirió cogiéndola por sorpresa.

—No, esta mañana, no; pero doy fe de que acostumbra a hacerlo todas las mañanas.

—¿Y usted dónde se encontraba?

—En la cocina, fregando los servicios del desayuno de los jóvenes. Y antes de que pregunte, sí, los dejé en el salón con la prensa de la mañana.

Daniel se sonrió ante la audacia de la cocinera, una señora entrada en años y, por tanto, difícil de torear.

—Prosigamos. Comprobó que no podía entrar con el desayuno. ¿Qué hizo entonces? —se dirigió de nuevo a Amaia, la doncella.

—Golpeé la puerta, llamé, moví varias veces el picaporte y pedí

ayuda ante la falta de respuesta. Subieron los señoritos y doña Josefa se asomó al pie de la escalera.

—Repetí lo que hizo previamente la doncella —se unió al relato el sobrino— y le indiqué a Josefa que fuera a buscar la llave de repuesto.

Mientras los demás contribuían a recuperar la escena, Daniel no dejaba de observar a la atractiva joven que permanecía pálida y en silencio, con la vista baja y perdida en la plisada falda de lanilla a la que se aferraba.

—¿Se encontraba en su sitio o tuvo que buscarla? —preguntó a la cocinera.

—Estaba en su sitio. Somos unos criados ordenados —defendió Josefa como si les hubiera afrentado.

—Entonces procedió a desalojar la llave que ocupaba el ojo de la cerradura empujando con la nueva —corroboró con la mirada y la doncella asintió.

—¿Quiénes se hallaban en el rellano en el momento de entrar en la habitación?

—Nosotros dos —contestó el sobrino señalando a su prima—, Amaia y Josefa, quien había subido con la llave.

—¿Y usted? —se dirigió al mayordomo.

—Fumaba en el jardín, como ya le dije, y no me enteré de nada hasta que entré en la casa. Me extrañó no encontrar a la cocinera en su puesto, pero percibí los gritos de sorpresa y horror y subí inmediatamente.

—¿Acostumbraba a tomar una infusión por las noches? —preguntó de nuevo a la cocinera.

—Sí, pero se acostaba tarde y yo me retiro en cuanto recojo la cena. Madrugo para preparar el desayuno y realizar la compra.

—Me encargo yo de prepararla —intervino la silenciosa joven con voz temblorosa y concentró la atención sobre su persona.

Daniel se enfrentó a un rostro pálido y a unas manos nerviosas. La mujer, que había captado su interés de forma inusual, presentaba unas pupilas dilatadas por el temor, que mermaba el color pardo del iris, y sus manos habían dejado parte de la falda hecha un guiñapo

de tanto como la había sobado, arrugado y estirado.

—Le juro que soy inocente a pesar de las apariencias. —La declaración semejaba más una súplica o un grito de socorro que una exculpación por la escasa convicción que puso de su parte.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta*, mi querida prima. Y la discusión que mantuviste con el tío, tampoco ayuda —añadió con cierta satisfacción el caballero.

La posición que tomó el joven frente a su prima revolvió las entrañas de Daniel.

—Es muy pronto para acusar a nadie sin pruebas. —Se adelantó a cualquier otra opinión al respecto y en un vano intento de animar a la muchacha—. La investigación se prolongará durante semanas hasta que se reúnan todas las circunstancias de las que depende la resolución. Les pido un poco de paciencia y les exijo que no abandonen la ciudad; en caso contrario, el juez emitirá una orden de busca y captura. Ahora, abandonen la sala y usted —señaló al mayordomo— no se aleje. En breve, lo necesitaré para que avise a las personas que requiera en cada momento. Tomaré declaración a cada uno por separado.

Salieron del salón y el mayordomo cerró la puerta. Una vez solo, Daniel se peinó el cabello hacia atrás con los dedos y se arrepintió cuando los retiró manchados de brillantina. Era un gesto frecuente cuando reflexionaba. Sacó el pañuelo y se limpió. Debía mantenerse ecuánime y rechazar cualquier sentimiento a favor de la mujer. Era una sospechosa como los demás mientras no se demostrase lo contrario.

Sin embargo, era fácil decirlo y difícil ponerlo en práctica. Por de pronto, ya había salido en su defensa de forma injustificada cuando todavía recababa información. No obstante, lo que más le inquietaba era esa repentina, injustificada e inconveniente atracción que sintió en cuanto puso los ojos sobre ella. No se decidía a achacarlo al aire trágico con el que había asumido su débil posición en el escenario del crimen o a la belleza. Pero ambas razones carecían de consistencia si las sometía a un escrutinio más severo, por lo que no alcanzaba a comprender por qué sentía que el corazón estaba en

peligro.

Capítulo 3

Celia notó las miradas del servicio sobre su persona. Estaba segura de que ya habían dictado sentencia y el veredicto era de culpabilidad. Y así era como se sentía, culpable; pero sin serlo. El gato muerto y la habitación cerrada por dentro la señalaban inequívocamente. Se había devanado los sesos en el intento de hallar una solución admisible y había fracasado estrepitosamente. Ni siquiera la posibilidad de que hubieran accedido por la ventana le dejaron en su defensa.

La presencia de la policía no contribuyó a su sosiego. Oyó cómo subían al piso superior y cómo se movían. De las conversaciones, solo llegó al salón el vago rumor. Domingo fue el primero en bajar y en dar instrucciones de que todos se reunieran en el salón a petición del comisario. El corazón se le contrajo por el pánico. Nadie atendería a razones y la señalarían con el dedo. En breve, saldría de la maldita casa detenida y arrojada a una celda como una delincuente común. No se daba por vencida, la esperanza era lo último que se perdía y era bien cierto, a pesar de que el temor la atenazaba. ¿Y si alguien se declaraba culpable? ¿Y si había alguna explicación lógica que a ella se le hubiera escapado? Así necesitaba creerlo para no desmoronarse.

Le sorprendió la juventud del comisario. Creía que un cargo tan importante correspondería a alguien con experiencia y tembló al mismo tiempo que lo hacían sus esperanzas. Su voz era agradable, de barítono. Parco en explicaciones, lanzaba sus preguntas con la precisión de un ballestero. Por su expresión impenetrable, no consiguió deducir nada de lo que pensaba.

Desde que cruzó el umbral, Celia, con los ojos bajos, no lo perdió de vista ni un segundo. Vestía un terno, de muy buen corte, en tonos marrones y una camisa blanca. La chaqueta se adaptaba al cuerpo atlético y cubría hasta el muslo, donde continuaba un pantalón a juego, estrecho y bien planchado.

El pelo oscuro cortado a la moda y bien brillantado. Agradeció íntimamente que no se hubiera dejado el ridículo bigotillo que lucían los jóvenes, incluido su primo. Todo en él era correcto, como si fuera un uniforme: alto, ancho de hombros. Sin embargo, tanto la forma alargada de la cara, en la que destacaban los ojos oscuros y bien perfilados por largas pestañas, más propias de mujer, como la expresión, tendente a la sonrisa social, rompían esa sensación marcial.

Cuando por fin se atrevió a hablar, Vicente le cerró cualquier posibilidad de exculpación con aquel latinajo y el recuerdo de la discusión con el tío. Sus sentimientos sufrían los vaivenes de un fuerte oleaje, primero acongojados y, luego, esperanzados, pues la respuesta del comisario la obligó a fijarse en él. Sus ojos se encontraron e, intangiblemente, los del comisario le tendieron una mano. Tras esas largas pestañas, ocultaban una calidez inusual. Tan pronto sonreían sarcásticos como mostraban comprensión, caridad para el alma que sufría el alejamiento de los demás. Mientras mantenía la expresión pétrea, los ojos del comisario hablaban, se sorprendió Celia con el descubrimiento. ¿Era eso posible?

Abandonaron la habitación como les pidió el policía y cambiaron de escenario. La servidumbre se reunió en la cocina y Celia siguió a Vicente al jardín. No se había percatado del buen día que había amanecido. El sol lucía y el aire era cálido. Era frecuente el viento sur en otoño. Respiró profundamente para sacudirse la sensación de inminente tragedia que la rodeaba sin conseguirlo.

—¿Por qué me atacaste ahí dentro? —detuvo a Vicente.

—No te atacé —eludió el interpelado—, tú solita te pusiste en una situación difícil. ¿Qué va a alegar un culpable que no sea su inocencia?

—¿Ya me has condenado? —inquirió atónita Celia.

—¿Acaso no lo hiciste? No cabe otra explicación —se defendió Vicente.

—Por supuesto que no lo hice —negó pálida.

Vicente se enfrentó a ella.

—El móvil: la desesperación ante la inminente boda y traslado a Cuba; la ocasión: subiste la tisana; los testigos: todos escuchamos la discusión. Ahora dime, mi querida prima, ¿cómo justificas todo eso? Dame una explicación que me haga creer en tu inocencia.

—¿Que soy incapaz de cometer un asesinato? —planteó débilmente Celia.

—El comisario es joven e inexperto. Emplea a fondo tus artes de mujer porque las vas a necesitar.

Su primo se alejó y ella dio la vuelta a la casa. Desde abajo contempló la ventana del dormitorio de su tío. Era imposible acceder por ella, comprobó desolada. No tenía ni la más remota idea de cómo se había perpetrado el crimen, pero estaba absolutamente segura de que no había sido ella. Entonces, ¿quién? Estaba tan centrada en el cómo que había olvidado que el verdadero asesino, probablemente, se encontraba entre ellos, que la observaba, que la apuntaría a ella para desviar la atención sobre él.

Por un instante, se quedó aturdida por el nuevo pensamiento. El asesino era alguien capaz no sólo de asesinar; sino también, de asistir y de contribuir en culpar a un inocente; alguien insensible, imperturbable, de una frialdad que producía escalofríos.

Domingo la llamó en voz alta. La requerían en el salón. No había sido consciente del tiempo que había pasado. Dentro de su desgracia, sintió cierto calor al darse cuenta de que la entrevista sería a solas, aunque no pensaba seguir el consejo de su primo, ni siquiera sabría cómo proceder para engatusarlo. ¿De verdad los hombres eran tan tontos como para faltar al deber por los encantos de una mujer? Algunos sí que lo serían, pero el comisario no entraba en el grupo.

Daniel se paseó por el abigarrado salón. En lugar de un piano, una librería ocupaba una de las paredes. El señor Herrera no era amante de la música, pero sí de la lectura. Se aproximó y repasó los títulos

con la vista. Se sorprendió de la completísima colección de novelas de misterio: Fortuné du Boisgobey, Annie Haynes, Agatha Christie, Anna K. Green, Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle, Wilkie Collins... Se quedó pensativo. Había disfrutado de muchas de sus lecturas, atraído por los curiosos casos que planteaban los autores. Algunos, ingeniosos; otros, inverosímiles; pero siempre entretenidos. Observó los tomos, cuyas páginas denunciaban un frecuente manoseo. Se apoyó en la repisa de la librería y trató de recordar alguna trama que se asemejara al caso que llevaba entre manos. Demasiado fácil, pensó; demasiada casualidad, suspiró; pero no rechazaría la posibilidad por el momento. Debía mantener la mente abierta para captar cualquier indicio.

Primero hablaría con los primos y, luego, con el servicio, decidió. Así se formaría una impresión sobre ellos antes de que los chismorreos de la servidumbre contaminaran su criterio. Abrió la puerta y transmitió su deseo al mayordomo. El caballero no se hizo esperar y entró airoso, llenando la estancia con su presencia. Tomó asiento en el sillón situado frente a Daniel.

— ¿Tiene alguna ocupación, señor Ruesga?

— Sí, trabajo en el despacho de una naviera en el muelle.

— Si dispone de medios, ¿por qué vive tan lejos de su trabajo?

— Cuando mi tío regresó de Cuba para instalarse en la ciudad de forma definitiva, buscó a los familiares más próximos, Celia y yo, y nos nombró herederos con la condición de residir con él. No conocía a nadie y se sentía solo.

— Luego ya conocen el contenido del testamento — dedujo Daniel.

— Sí. Bueno, no. Es decir, los herederos universales somos sus sobrinos, pero desconocemos si hay legados y en qué proporción. Me remito a lo que nos prometió nuestro tío. De hecho, no se casó y carece de descendencia.

— ¿Y sus padres?

— Mi madre, la hermana de mi tío, falleció siendo yo pequeño, apenas la recuerdo. Mi padre, de un infarto, y los padres de Celia contrajeron la gripe hace tres años y murieron casi al mismo tiempo. Fue terrible el azote de la gripe ese año. Son los peligros de vivir en

una ciudad portuaria, a veces llegan enfermedades no deseadas.

—La convivencia, ¿había generado alguna fricción entre usted y su tío?

—Nada importante. Como usted ha dicho, la casa queda lejos del lugar de trabajo y le pedí el coche, o la posibilidad de adquirir uno de esos más baratos, un Ford T, pero se negó en redondo. Nos obligó a residir con él con los gastos de alojamiento y comida pagados, pero no aflojaba el bolsillo. Algo inaudito, ya que íbamos a heredarlo.

—¿Y la señorita?

—La situación de Celia es peor. Dejó de trabajar y la condición para heredar fue ejercer la tutela sobre ella. La dichosa tutela se convirtió en un arma de doble filo, pues el viejo quería casarla con un amigo suyo que vive en La Habana. Esa fue la razón de la trifulca de anoche. La oyeron todos en la casa. Celia lloraba y negaba, mientras el viejo imponía sus deseos. Expresó su intención de irse, de renunciar a la herencia, pero el viejo era su tutor y la amenazó con cerrarle cualquier posibilidad de establecerse por su cuenta. Ella era costurera y no le iba mal.

—¿Por qué la odia? —aventuró Daniel.

—No la odio. Es cierto que nunca hemos tenido mucha relación. En realidad, hemos empezado a conocernos aquí, en la casa. Pero creo que las amenazas del tío le han ofuscado la mente y lo ha asesinado. Yo abogaré por ella y esgrimiré que ha sido en defensa propia. No era una esclava de su hacienda en Cuba para disponer de su vida.

—No la odia, pero la cree capaz de cometer un asesinato.

—Las personas tienen un límite y mi tío era muy hábil para rebasarlo. Él era el odioso, no Celia.

—Gracias. Esto es todo por el momento.

El joven se levantó con una sonrisa y la ligereza propia del que se sabe a salvo. En el interior de Daniel se despertó algo así como la rabia que genera la impotencia. El motivo y la ocasión eran circunstancias que se acumulaban en contra de la muchacha; sin embargo, lo que había observado arriba lo negaba, pero faltaba demostrarlo.

—Por cierto, ¿le gusta la lectura?

—No he sido un gran lector, lo reconozco; pero, desde que me instalé en esta casa, me he aficionado a la novela de misterio. Mi tío era un gran consumidor de esa literatura y posee una envidiable colección.

—Avisé a su prima, si me hace el favor —rogó antes de que abandonase el salón.

En cuanto se encontró solo, se levantó y paseó nervioso por la estancia. Necesitaba centrarse en el papel de comisario y no dejar traslucir el interés que había despertado la mujer en él. ¿Cómo lo vería ella? Era el comisario y, seguramente, si no resolvía el caso, la persona que la empujaría hacia el garrote vil por asesinato. Para ella, representaba a la justicia y era la persona de quien pendía su vida.

Entró con la misma expresión de temor y angustia con la que se fue una hora antes. La joven era plenamente consciente de que los indicios apuntaban hacia ella. Le señaló el sillón y tomó asiento obedientemente.

—Lamento que se encuentre en una situación tan desesperada —dijo en un intento de mostrar cierta empatía.

—¿Ya me ha juzgado? —Su voz sonó trémula, insegura.

—En absoluto. Solo me cercioraba de que usted es consciente de que se halla en el lugar más destacado de la lista de sospechosos. Por el contrario, espero que mi celo en la investigación represente para usted un rayo de esperanza, pues trataré de resolver este galimatías. No le ocultaré que reúne el motivo y la ocasión; no obstante, no la considero capaz de cometer un acto tan terrible, lo que me empuja a buscar en otras direcciones.

Ella cerró los ojos y suspiró con alivio.

—Es la primera persona que me concede el derecho de la duda. El resto de la casa se aparta de mi camino: me han juzgado y condenado. Le aseguro que la infusión que preparé era inocua, a pesar de las evidencias. He intentado razonar una explicación, pero he fracasado.

—No se angustie por ello. ¿Es usted lectora?

—Sí. ¡Oh! No siga por ahí. También soy culpable de asaltar la biblioteca de mi tío. No hay mucho que hacer encerrada todo el día

en la villa.

—Entonces sabrá que no hay que fiarse de las primeras impresiones. Todavía falta mucha investigación antes de declarar un culpable.

—Sobre el papel parece muy sencillo, pero esto es la realidad. Y en este caso, todo me señala.

—No se adelante a los acontecimientos y, sobre todo, no se desmoralice. Ese aire fatalista no le sienta muy bien.

La muchacha sonrió por primera vez y hubiera sido mejor que no lo hiciera, pues se sintió como un tonto. ¿Qué estaba haciendo? ¿Le daba ánimos a la principal sospechosa? Se revolvió en el asiento e intentó hacerse con el control de la situación.

—¿Qué tal se lleva con su primo? Parece muy ansioso de que sea usted la asesina.

—¿Vicente? Es un inmaduro. No era la única que tenía problemas con el tío, aunque los de él se resumen en el dinero. Quiere casarse y mi tío no estaba por la labor de adelantarle parte de la herencia.

—Él me comentó que era bastante avaro, aunque la razón que me dio fue la compra de un coche.

—También. Lo cierto es que hay un trecho andando hasta su trabajo y, cuando llueve, llega hecho una sopa. No es bueno para la salud, pero al tío le traía sin cuidado.

—Entonces, si ustedes no le importaban, ¿por qué los trajo a vivir con él?

—El poder. Es una enfermedad en algunas personas. Estaba acostumbrado a disponer de las vidas de otros en Cuba y aquí lo echaba en falta. Con el cebo de la herencia bailábamos a su alrededor. Eso le hacía sentirse hombre. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Perfectamente. He conocido a personas así. Es muy triste. ¿Intentó sustraerse a su autoridad?

—Sí, pero me había atado muy bien. Sin él, no existo para el Estado. Imagino que usted tendrá una idea bien definida de la injusta dependencia de la mujer.

—¿Sufragista?

Sonrió con melancolía.

—Como cualquier mujer que conozca el movimiento. No me tome por una de esas radicales que se mueven con pancartas. No me atrevería a tanto. Soy una cobarde. Las apoyo desde mi silencio.

—¿A qué se debió el desacuerdo de anoche con su tío?

—Es muy amable por el término. Su inflexibilidad me sacó de mis casillas. Pretendía enviarme a Cuba para contraer matrimonio con un amigo suyo. Entendí que era veinte años mayor que yo y ¡Cuba! Todavía me horroriza la propuesta. Supera mi capacidad de expresión el describir cómo me trató: como un objeto sin sentimientos ni raciocinio.

—No piense en ello. Ya no existe la razón del desasosiego.

—Ahora mismo no sé qué es peor. La perspectiva de que me condenen por asesinato no supone un alivio.

—Cuando subió la tisana, ¿cerró su tío con llave al dejar usted la habitación?

—Sí. Lo oí perfectamente. Era muy maniático. No debe de haber mucha seguridad en Cuba y conserva algunas costumbres de allá.

Eso le hizo pensar a Daniel en una pistola y también en que el dormitorio requería otro paseo.

—Hemos terminado por hoy. Probablemente pasará más de una semana antes de que obtengamos los resultados de la autopsia. Además, necesito realizar unas pesquisas previas. No deseo crear falsas expectativas, pero le recomiendo que conserve la esperanza. Seguramente escuchará comentarios desagradables, no pierda los estribos —le advirtió—. Antes de retirarme, me gustaría inspeccionar de nuevo la estancia de su tío. ¿Puede decirle a la doncella que suba? La interrogaré allí.

Se levantó del sillón y Daniel la secundó. Parecía más repuesta, más confiada y menos endeble y asustada. Le había ofrecido un respiro y una tenue esperanza de que, al menos, se molestaría en averiguar la verdad, aunque no diera con ella. Esto último era algo impensable para él, pues el fracaso significaría la detención de la muchacha y era demasiado bonita para un final tan triste.

Capítulo 4

Subió lentamente analizando la impersonalidad de la decoración. No había nada que hablara del dueño, ni fotos ni recuerdos. Había adquirido la casa amueblada y, excepto la biblioteca y la ropa, no había pistas sobre la vida que había llevado el finado. Soto custodiaba la entrada.

—Ya han retirado los cuerpos y el doctor se marchó —informó—. No he permitido que se tocara o cambiara nada en el entretanto.

Daniel asintió con la cabeza y accedió a la habitación. Sin los cuerpos había perdido parte de la siniestralidad y la luz de la mañana añadía cierto encanto a la estancia, como si la muerte no se hubiera instalado allí. Sin embargo, la taza con el veneno seguía presente, recordándole que ese era el principal escollo que debía solventar para salvar a la joven.

—¿Me mandó llamar? —preguntó la doncella desde el umbral, sin atreverse a entrar.

—Sí, pase, por favor, y observe la habitación. Usted entraba la primera con el desayuno cada mañana. ¿Cuál era la costumbre?

—Llamaba a la puerta y aguardaba a que el señor se levantara para abrirme. Mientras dejaba la bandeja sobre la mesa y descorría las cortinas, el señor regresaba a la cama y aguardaba a que le acercara la bandeja junto con la prensa, que suele plancharla el mayordomo. Desayunaba con tranquilidad y leía cómodamente. Nunca se levantaba antes de media mañana.

—Y aparte de eso, ¿no hacía nada más? ¿Y la taza con la infusión? —insistió.

—¡Ah, sí! La retiraba yo. Del desayuno y de la prensa se ocupaba el

mayordomo, quien se quedaba con el periódico para leerlo en sus ratos libres.

Estaba claro que la chica no era muy inteligente o la escena del crimen le aturdió el entendimiento, por lo que se vio obligado a reflexionar por ella.

—¿Solía beberse toda la infusión o siempre quedaba un resto? ¿Encuentra algo fuera de lo habitual en esa mesa?

La doncella, nerviosa, se aproximó con precaución a la mesa de noche y se tomó su tiempo.

—Normalmente, apuraba la infusión, pero comprendo que, si estaba envenenada, no se la tomara entera.

Estaba a punto de tirar la toalla cuando, por fin, la joven dijo algo de provecho.

—En la mesa está todo en orden. Lo que me sorprende es la presencia del gato. Al señor no le gustaba que entrara en su habitación. Lo toleraba en las estancias de abajo, pero no quería verlo arriba. Recuerdo una vez que se lo encontró y lo tiró por las escaleras.

—Si no le gustaban los gatos, ¿por qué tenía uno?

—Por los ratones. Al menos, eso nos dijo. El gato solía rehuirlo, a fuerza de patadas aprendió pronto, el pobre.

Un animal maltratado no se quedaría por propia voluntad encerrado en la misma habitación que el maltratador; por lo tanto, alguien consiguió entrar en la habitación y cambiar la taza. Pero nada de eso tenía lógica. ¿Y Herrera no se dio cuenta? ¿No se había bebido la primera infusión como era su costumbre? ¿Cómo se justificó la segunda? ¿Y cómo salió el asesino? La llave estaba echada por dentro. ¿Y cómo era posible que la mesita estuviera en orden si el gato había subido para beber la tisana? Quedaban muchas incógnitas por resolver.

Por último, mantuvo una charla con el mayordomo y ayuda de cámara.

—Nací en la hacienda, siempre he trabajado para el señor. Cuando decidió regresar a España, me propuso seguir con él a cambio de dejarme un sustancioso legado para establecerme por mi cuenta cuando falleciera.

— ¿Era un hombre libre en Cuba?

— Sí. Mi madre pertenecía al servicio de la casa.

— ¿Y su padre?

— No tengo padre.

No insistió. El color de la piel y sus facciones delataban el cruce y Daniel imaginó lo demás: un blanco jamás admitiría semejante relación y, mucho menos, la paternidad.

— Es una casa con poco trabajo y hay mucho tiempo libre. ¿Es usted lector?

Se mostró sorprendido y algo nervioso.

— No. La gente de mi condición no sabe leer.

— Sin embargo, por la razón que sea, usted sí sabe, ¿verdad? — insistió al recordar la declaración de la doncella.

— Un poco.

— ¿Lo suficiente como para leer en los papeles del escritorio de su señor y conocer la cuantía del legado?

— No fue necesario. Él me lo dijo.

— ¿Y podría avanzarme la noticia?

— Ignoro si habrá cumplido su palabra.

— Eso lo sabremos cuando se abra el testamento. Pero usted está en España. ¿Cuánto le prometió?

— Un millón de pesetas.

Daniel silbó admirado y se calló las razones que se agolparon en su mente. Se limitó a mirarlo de nuevo y se preguntó si sus sospechas estarían justificadas. El mayordomo era el típico malo de las novelas. Las preguntas llenaban varias páginas de su libreta y esperaba que, a lo largo de la semana, pudiera solventar parte de ellas. Las claves se hallaban en la apertura del testamento, en el resultado de la autopsia y en la respuesta de un cable que debía enviar a Cuba.

El mayordomo se retiró y Daniel se dirigió a Soto.

— ¿Han tomado una muestra de la tisana?

— El doctor se ha encargado de ello y de llevarlo a analizar.

— Perfecto.

— Yo tengo gato y, aunque son cuidadosos, en un espacio tan pequeño, me parece sorprendente que no derribara algo — comentó

Soto.

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Revisó el escritorio?

—Sí. Aparentemente no había nada de interés, excepto una carta dirigida al amigo con el que había concertado el enlace de la señorita.

—Ante la mirada interrogativa de Daniel, explicó—: Hablan de las estipulaciones contractuales de la boda.

—¿Y a qué se refiere con «aparentemente»?

—Estos escritorios suelen esconder cajones o compartimentos secretos, así que lo examiné a conciencia y di con ello.

Se aproximó al escritorio y apretó una moldura. Un cajón, disimulado en las curvas del ramaje modernista, se abrió y ofreció su contenido. Daniel tomó asiento y procedió a examinar los documentos que albergaba.

—¡Vaya, vaya! —exclamó sorprendido Daniel.

—Lo mismo dije yo, señor.

—Pasaporte a nombre de un tal Dionisio Prieto. No parece falso, aunque lo comprobaremos. Cuentas bancarias con el mismo nombre como titular y cuentas bancarias con el nombre de Pedro Herrera. — Las abrió y las comparó—. Parece que ha habido mucha actividad traspasando fondos de una cuenta a otra. Un certificado oficial que habría que comprobar si es auténtico a la vista de tanto documento falso.

—La Habana, desde que cayó en manos de la mafia estadounidense, tiene fama por sus casinos... —pensó en voz alta Soto sin concluir la frase.

—Habrà que corroborarlo con la policía cubana. Ocúpese de ello. Averigüe lo que pueda también sobre el supuesto novio con el que trataba de casar a la joven. No quiero que quede ningún cabo suelto. Hay mucho en juego.

—Lo comprendo perfectamente. Tampoco me gustaría que la señorita cargara con la culpabilidad de otro. Es un crimen muy estúpido para estar premeditado y dejar que las pruebas le señalen a uno como asesino.

—Eso mismo creo yo, Soto, pero hay que demostrarlo. Lo que me preocupa en este momento es su seguridad.

—¿Por qué cree que corre peligro? —se extrañó Soto—. A todos les conviene que la consideren culpable.

—Pero ella sabe que no lo es y podría, de hecho, lo está haciendo —se corrigió Daniel—, buscar al verdadero asesino. En estos casos, según las novelas, el asesino vuelve a asesinar.

—¿Según las novelas? Perdone, señor comisario, pero lo creía más serio.

—Hay una perfecta biblioteca dedicada al crimen en el salón y la mayor parte de los habitantes de esta casa las han leído por puro aburrimiento. Demasiadas coincidencias, amigo Soto.

—Ya. Y según las novelas, ¿qué sucederá?

—Imagínese la de quebraderos de cabeza que ahorraría al asesino y a la policía que el sospechoso se suicidara a causa del cargo de conciencia.

—Una idea muy alambicada —suspiró Soto.

—Efectivamente, muy apropiada para una novela —convino Daniel—. No obstante, no me fío, así que me trasladaré a dormir aquí.

—¿Aquí? —repitió Soto con los ojos como platos.

—En esta habitación, no, obviamente. En la de invitados, que está junto a esta. Los primos ocupan las dos de enfrente, el final del pasillo lo ocupan el baño y el retrete y arriba hay otras tres que usan como trasteros. Lo cierto es que se trata de una casa muy grande. ¿Conserva las dos llaves de la habitación?

—Sí, señor.

—Perfecto. Que la doncella limpie los restos del vómito del gato y se lleve las sábanas del lecho. No la deje sola en ningún momento. Luego, cierre las ventanas y eche la llave. Antes de irse, me entregará ambas. Yo estaré en la cocina.

Daniel bajó al territorio de Josefa, la cocinera, la única que le faltaba por interrogar.

—Me llegó el turno —constató la viuda cuando asomó por la puerta.

De edad madura, se conservaba ágil. Daniel observó con qué energía amasaba el pan que dejaría reposar durante la noche. Eran brazos fuertes, de trabajadora.

—Aunque le parezcan preguntas tontas, me gustaría que respondiera a ellas con franqueza y sin sorna.

La mujer se sonrió.

—Pregunte, señor comisario.

—La infusión salió de su cocina. ¿Guardaba tejo por alguna razón?

—Aquí no hay tejo de ninguna clase. Es muy peligroso. ¿Por qué iba a haber un veneno en mi cocina?

—El señor era muy escrupuloso con los bichos y ratones. Tengo entendido que por esa razón toleraba al gato.

—Más que escrupuloso, maniático —corrigió Josefa—. ¿Se puede creer que cada vez que encontraba una copa, una taza o un plato desportillado en la mesa lo rompía sin contemplaciones y armaba un Tiberio? Decía que era rico y que no hacía falta ahorrar en vajilla.

—¿Notó algo fuera de lugar o desacostumbrado en la cocina?

—En absoluto.

—¿Quiénes frecuentan la cocina?

—Todos, menos el señor y el señorito. Es el refugio del servicio y la señorita Celia controla la compra, dispone las comidas y, como ya sabe, preparaba la tisana del señor por la noche.

—¿Cree que es culpable?

—No soy yo quien debe decirlo —eludió la viuda mirándolo a los ojos, como si de un desafío se tratase.

—La sensación de los demás...

—A mi edad, ya sabemos que las apariencias engañan y que hay que tener cuidado antes de arrojar una piedra.

—Me alegro de que sea tan cautelosa. Ponga un plato más en la mesa esta noche. Ocuparé la habitación de invitados si no hay inconveniente.

—¿Lo saben los demás?

—No. Todavía, no. Pero se lo comunicaré. Debo cuidar de que nadie acceda a la habitación del señor. Queda mucho registro por delante.

Antes de irse, Daniel se volvió otra vez.

—Por cierto, ¿le gustan las novelas de misterio?

—No tengo tiempo para llenarme la mente de tonterías.

El agente Soto irrumpió en la cocina.

—Ya está todo.

Alargó la mano con las llaves.

—Gracias, Soto. Le acompaño hasta la cancela.

Fue la excusa perfecta para hablar con su subordinado sin testigos.

—Llévese el coche y, cuando regrese mañana por la mañana, tráigame una ramita de tejo. Que nadie la vea. Se quedará de guardia mientras yo realizo las gestiones pertinentes al caso en la ciudad. Esta noche pondré en orden mis notas y le dejaré preparado trabajo de investigación.

—Que pase buena noche, comisario —se despidió Soto.

Capítulo 5

A Celia se le contrajo el corazón cuando se encontró al comisario de pie, junto a la ventana del comedor. Tras la entrevista, había salido a ver el mar. Le tranquilizaban la visión del azul infinito, el espumoso vaivén de las olas, el sosiego que produce el rumor del agua. De regreso, vislumbró cómo se alejaba el Ford T hacia el alto de Miranda y dedujo que, una vez concluido el interrogatorio, la policía abandonaba el escenario. Se dirigió a su habitación sin cruzarse con nadie y permaneció allí hasta la hora de la cena, mirando el techo, repasando una y otra vez los movimientos de cada uno el día anterior. No se tomó la molestia de cambiarse. Con el mismo vestido de lanilla beis de la mañana se presentó en el comedor. Ahora, ante la presencia del comisario, se arrepintió de no haber puesto un poco más de cuidado en el arreglo personal, aunque, bien mirado, se alegraba. No deseaba dar una impresión equivocada.

—Buenas noches, señorita Herrera, me he tomado la libertad de invitarme. Pasaré la noche en la casa. La cocinera ya está informada y me imagino que habrá hecho lo propio con el resto de la servidumbre.

—Así podrá vigilarme más de cerca e impedir que salga corriendo.
—No ocultó su frustración.

La visión del comisario conseguía ofuscarla y sacaba lo peor de ella. El hombre era inocente de que las pruebas la señalasen como asesina; aun así, no podía remediarlo. Era una defensa necia e ineficaz porque no resolvía nada, excepto la de parecer más antipática, si era posible. Lejos de sentirse ofendido, el comisario esbozó una sonrisa inesperada.

—¿Por qué personaliza? Igual es para vigilarlos a todos. Según mi criterio son igual de sospechosos.

—¿Ah, sí? —interrumpió Vicente, que entraba en ese instante—. Creía que mi coartada era perfecta. ¿Dónde está el fallo?

—Es usted el lector de novelas de misterio. ¿Qué se le ocurre? —retrucó el comisario.

Como ya se habían reunido los comensales, se aproximaron a la mesa. A Celia se le aceleró el pulso cuando el comisario le ofreció la silla y la ayudó a sentarse. La proximidad le trajo el aroma del jabón reciente. Se fijó en la elasticidad de su cuerpo al tomar asiento y en las manos grandes, de uñas cuidadas, que extendió a ambos lados del plato.

—En la perfección de la coartada —respondió Celia por su primo.

—Eso es un recurso del autor para desviar la atención del lector hacia otro lado. Nos encontramos ante la realidad —rebató Vicente.

—No hay diferencia. El asesino se sirve de recursos similares para desorientar a la policía —refutó el comisario.

Entró Amaia con la sopera y guardaron silencio, tan solo roto por las órdenes y los ofrecimientos propios entre los que comparten una mesa. Cuando estuvieron servidos y la doncella se perdió por el pasillo, Vicente volvió sobre el tema.

—Según ese razonamiento, usted no ha avanzado y todos seguimos siendo sospechosos. Resulta un tanto frustrante. ¿Y cómo hará para sortear los supuestos escollos que haya ingeniado el asesino?

—Es un juego de información y de lógica.

—Un pulso inteligente entre el asesino y la policía —concluyó Celia.

—En una novela, sí —matizó Vicente—, pero, en la realidad —recalcó de nuevo—, los asesinatos son más pasionales y menos premeditados.

—Estoy totalmente de acuerdo —aseveró el comisario—. Y ese tipo de crímenes deja un reguero de pistas o de errores.

Celia lo observó abiertamente. El que llevara la voz cantante le permitía recrearse en sus rasgos, memorizar las expresiones, la forma

pausada de hablar, la chispa de inteligencia y diversión que bailaba en los sagaces ojos, castaños y rodeados por pestañas de mujer. Sin embargo, no había en él ningún otro rasgo femenino; por el contrario, exudaba masculinidad en las palabras, en los gestos y en las manos que movía para comer. Y en las miradas, entre encendidas e incrédulas, que le dirigía por encima de la mesa entre plato y plato.

—¿Por ejemplo? —preguntó Vicente.

—No hay ejemplo. Se trata de una conversación teórica —resolvió el comisario.

—Vano intento, primito. —Sonrió Celia.

—Seguiré el caso con interés —admitió Vicente su derrota.

El resto de la velada transcurrió perdida en conversaciones banales sobre las navieras, literatura o las noticias sobre la guerra en Marruecos. Celia decidió retirarse y dejarlos solos; sin embargo, el comisario siguió su ejemplo. Llamó a Amaia para que terminara de recoger y Domingo se dedicó a recorrer las estancias de la planta baja para asegurarse de que quedaba bien cerrada.

Subieron los tres juntos y se despidieron en el rellano. Fue una sensación rara saber que ocupaba la habitación frente a la suya. La de Vicente quedaba frente a la del crimen. Echó una larga mirada a la puerta cerrada con llave, como si temiera que el espíritu del muerto apareciera en el vano de un momento a otro. Vicente se despidió y entró en su cuarto, la mirada de Celia tropezó con la interrogativa del comisario.

—No se angustie. De nada sirve preguntarse ¿y si...? No funciona, no somos adivinos. Duerma y deje que todo fluya a su ritmo. El descanso es un poderoso antídoto contra la ansiedad, y el tiempo, un árbitro implacable que pone las cosas en su sitio en el momento adecuado.

—Lo intentaré —prometió Celia con una fingida sonrisa.

Daniel se retiró con la imagen de Celia grabada en el alma. La muchacha disimulaba el sufrimiento a causa de la incertidumbre por el futuro. Era lo suficientemente inteligente para comprender que se movía por aguas turbias y que dependía de la habilidad de él. Había

tratado de insuflarle fuerzas para que aguantara hasta el final de la investigación, que no había hecho más que empezar. Lo único que había sacado en claro esa noche era la imbecilidad del primo, a no ser que fuera simulada, como un recurso novelístico más. En ese caso, lo compadecía, porque vaya papel le había tocado en el reparto.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla. Se aproximó al escritorio con la libreta de notas y buscó papel en uno de los cajones. Tanta curva y tanta ramificación lo ponían nervioso, prefería el *art déco*, de líneas rectas, austeras y simétricas, sin esa ornamentación tan recargada. Era una tendencia que se amoldaba perfectamente a su gusto y a su estilo de vida. Anotó las diligencias que debían abrirse sin demora a la mañana siguiente: unas, las llevaría personalmente; otras, las delegaría en Soto.

Le atraía poderosamente el caso por su complicación. Se lo planteó como un reto personal. Al igual que el joven Lecoq en «El crimen de Orcival», parte de la investigación la basaba en conocer a los sospechosos. De ahí había partido la idea de pasar unos días entre ellos. Al final, siempre flotaba un hilo sin rematar para tirar de él: una palabra, un susurro, un gesto, un detalle en el que no se había reparado.

Terminó en el escritorio y cogió una de las llaves que le había entregado Soto. Abrió la puerta y se asomó al pasillo. La lámpara modernista iluminaba tenuemente las puertas de los dormitorios. Debajo, destacaba, bien colocado, el grueso tapete que evitaba que rayara el mueble. Salió y cerró su puerta. Comprobó que el suelo no crujía, un dato importante a tener en cuenta, una probable razón por la que no escucharon nada los vecinos de planta. Introdujo la llave en la cerradura, giró y abrió. El engranaje se hallaba perfectamente engrasado y no chirrió en ningún momento. Se agachó y olisqueó la cerradura. Efectivamente, había sido engrasada. Se deslizó en el interior como la muerte lo hizo la noche anterior. Encendió la lámpara del escritorio y se sentó en una butaca que había arrimada a una pared.

Apoyó los codos en los brazos de la butaca y juntó las manos a la altura de la cara. Escrutó la habitación despacio, tomándose tiempo,

imaginando cómo la muerte habría accedido al santuario del indiano, bajo qué excusa habría conseguido que le franqueara la puerta, cómo habría cambiado las tazas de tisana con la anuencia de la víctima, cómo habría entrado el gato... El gato. ¿Por qué se hallaba en la habitación? Intuía que el gato representaba un papel importante en el escenario, pues no había llegado de forma voluntaria a juzgar por el trato que le daba Herrera.

De eso se trataba, suspiró, de una puesta en escena. Delante de sus narices tenía lo que le había ofrecido el asesino. ¿Qué se ocultaba entre las bambalinas?

Por de pronto, un cajón secreto que guardaba la verdadera o supuesta personalidad del finado. ¿Qué más escondía el aposento?

Se levantó con determinación y organizó la búsqueda. Primero la zona de la cama. Retiró la bandeja con la tisana y movió la mesita. Sacó el cajón y miró por debajo, pasó la mano por el hueco, abrió la puerta inferior que guardaba el orinal. Después siguió con la cama: revisó el colchón, los cortinajes y golpeó concienzudamente las columnas que soportaban el dosel. Encendió el quinqué de la mesita y lo bajó al suelo para inspeccionar debajo de la cama. Lo que encontró no le extrañó, pero le puso la carne de gallina. No era supersticioso, o eso creía él, como muchos otros; sin embargo, reconocía que la santería o el vudú imponían respeto. Alargó la mano y alcanzó el muñeco que semejaba un acerico.

No había duda de su autoría, aunque había que considerar la posibilidad de que estuviera allí desde hacía días. El empleo del vudú también podía suponer la exculpación. ¿Para qué molestarse si pensaba matarlo?

Durante unos segundos se mantuvo indeciso, luego, volvió a colocar el muñeco en su sitio. Se irguió y puso orden en todo lo que había removido. Era importante que, si entraba alguno de los moradores de la casa, ignorasen lo que había descubierto. Mientras el asesino desconociese cuánto sabía, se consideraría seguro. Lo lamentaba por Celia, quien cargaba el peso de la acusación. Ella formaba parte de la puesta en escena, como el gato. Eso era evidente hasta para un ciego.

La noche había avanzado y él necesitaba un respiro si quería estar espabilado y atento a cualquier suceso o palabra que lo condujera al asesino. Apagó la lámpara del escritorio, salió de la habitación, cerró de nuevo con llave y entró en la suya.

En la puerta de enfrente dormía Celia, si es que los acontecimientos del día le permitían conciliar el sueño. Se desnudó y dejó la ropa perfectamente ordenada sobre la silla. La buena presencia y la pulcritud en el arreglo eran importantes si quería que lo respetasen, ya que, a causa de su juventud, no ofrecía mucha credibilidad. Reconocía una mirada de duda en cuanto se posaba en él. Sin embargo, en el trabajo era respetado por el alto número de casos resueltos y la minuciosidad con la que procedía en las investigaciones. Entró en la cama fría y húmeda, esa sensación tan nortea que ofrecen las sábanas.

Celia. No se la quitaba de la mente. Había algo en ella que había atravesado su coraza de hombre al margen de la vida y había anulado cualquier atisbo de prudencia. Lo sorprendente era que desconocía las razones de ese flechazo, que no vio el dardo y tampoco cómo había acertado en el blanco. Solo la herida, el desasosiego, el ritmo desacompañado del corazón y la mente llena de la mujer eran testigos de que el dardo era real. De ahí la perplejidad y la incredulidad que lo acompañaban en las últimas horas.

El amanecer lo sorprendió con las cortinas abiertas. El sol inundó la estancia y lo obligó a abandonar la cama. Escuchó el ruido de una puerta en el pasillo y unos pasos firmes y decididos bajaron por la escalera. El sobrino madrugaba para ir al trabajo. Se puso el batín y cogió el estuche con lo necesario para afeitarse. En el pasillo se tropezó con Amaia, la doncella, que traía más agua caliente para los aseos. Se encaminaron al baño, que cerraba el pasillo, en el lado contrario al de la escalera. Dejó la pava sobre el lavabo y antes de que se retirase, Daniel buscó información.

—Gracias. ¿Se han levantado todos?

—Del servicio, sí. El señorito está desayunando y saldrá en breve a trabajar. La señorita no ha bajado todavía. No siempre desayunan juntos. El señor lo hacía en la cama.

—Cierto. Por eso encontró usted el cadáver.

La doncella se puso pálida, bajó los ojos y salió del cuarto de baño. No era algo agradable para recordar, reconoció Daniel. Terminó de acicalarse y bajó al comedor, donde le aguardaba un succulento desayuno. Celia y Soto llegaron al mismo tiempo, algo que lamentó profundamente. Invitó a Soto a una taza de café.

—He dejado en el coche su encargo botánico —informó Soto sentándose.

—Gracias. Ha hecho bien en dejarlo allí.

La muchacha se había arreglado con esmero, lo cual podría ser un indicio de que no le era indiferente su presencia o, simplemente, que había superado el susto del día anterior. El vestido era de un punto muy fino de color musgo. Del cuello partía una especie de corbata que llegaba hasta la cintura. Ese día, en lugar de zapatillas, se había calzado unos zapatos de tacón con tiras en forma de T.

A Daniel le gustaba la moda que realzaba las cualidades de un buen cuerpo femenino y Celia hacía gala de él, a pesar de esa aurea trágica que la acompañaba. Se había retocado los ojos para atenuar las profundas ojeras.

—¿Tiene pensado ir a la ciudad? En cuanto termine de desayunar, saldré. Podría acercarla adonde quisiera y traerla a la hora de la comida.

—¿Sería tan amable? Ahora que el tío ha muerto, Vicente se ha adueñado del chófer y del auto.

—Soto, mientras me aguarda, estos son sus deberes. —Le alargó la hoja que había preparado por la noche—. Revise minuciosamente los aposentos del servicio. Husmee por toda la casa. ¿No habrá ningún inconveniente? Si es necesario, consigo una orden del juez.

—No se preocupe. Mi tío era muy reservado en cuanto a los asuntos de su vida, tanto que en realidad no lo conozco; pero, una vez muerto, dudo que le afecte la intromisión —bromeó Celia.

—La última frase ha sido producto de su actividad nocturna. Le dije que descansara y no se preocupara de nada —reprendió suavemente Daniel.

—La presión es muy grande y está muy arraigada en mi mente la

sensación de que, cuanto más tiempo pase, más difícil será desentrañar el misterio.

—Entonces, vayámonos. El aire, el sol y las tiendas son una buena medicina para controlar esa desazón.

Capítulo 6

Subió al coche más animada. La presencia del comisario constituía un aliciente añadido a la excursión hasta la ciudad. Alejarse del escenario del crimen, de la atmósfera enrarecida, que no la mirasen como si fuera la asesina suponía un descanso.

—¿Dónde vivía antes de trasladarse a la villa?

El comisario arrancó y dejó las manos sobre el volante.

—Mis padres compraron un piso en la calle Santa Lucía. Lo heredé y con lo que ganaba en el taller como costurera y planchadora llegaba justa a fin de mes, pero era dueña de mi vida. No dejo de lamentarme de que el dinero me cegara. Será la lección más dura de mi vida si salgo airosa de esta situación. Nunca más antepondré el dinero a mi libertad.

—Es cierto que los planes se han torcido, pero no sea tan inflexible consigo misma. Errar es humano, como dejarse seducir por la buena vida.

El Ford T rodaba por el camino de tierra hacia el Alto de Miranda. A Celia le llegaba la conocida fragancia de colonia Álvarez Gómez. Lo observó de reojo. Era muy atractivo, musculoso. Notó el bulto de la pistola bajo la chaqueta. Y las manos, fuertes, seguras, aferraban el volante y se movían ágiles cuando realizaba los giros.

—¿Y usted? ¿Está casado?

Según realizó la pregunta, se sonrojó ante la indiscreción. Sin embargo, el comisario esbozó esa sonrisa divertida que ya empezaba a serle tan familiar.

—He alquilado un piso en la calle Florida. Y no, no estoy casado, ni siquiera comprometido. Soy de Burgos. Mis padres regentan un

negocio textil y no pasan estrecheces. Tengo dos hermanos y una hermana. Yo soy el benjamín de la familia y la oveja negra, ya que me dio por ingresar en la policía.

—Le pido disculpas por mi falta de tacto —replicó Celia, roja como una amapola—. No era necesaria tanta información.

—Me he adelantado a satisfacer su curiosidad porque, a juzgar por el color que ha tomado su piel, no se atrevería a seguir con el interrogatorio. Y no tiene por qué disculparse, me halaga que su interés corra parejo al mío por su persona.

La franqueza tan desinhibida del comisario la obligó a girar la cabeza y mostrar unos ojos como platos, además del aturdimiento que experimentaba. De nuevo, la sonrisa divertida se dibujó en el rostro del hombre.

—Me desconcierta usted. ¿Debo sentirme halagada u ofendida?

—Halagada. No sea tan desconfiada, aunque por el momento no le falten motivos.

Celia perdió la mirada entre las villas que habían construido en el Paseo de la Concepción para reunir el valor necesario y afrontar tan inesperada e insólita situación.

—¿Intenta seducirme? Le recuerdo que soy la principal sospechosa de la investigación que lleva a cabo.

—Solo de cara al patio de butacas —replicó el comisario—. Y la seducción no entra dentro de mis intenciones. No soy un monje y mi experiencia me avisa de que usted me interesa más de lo que me ha atraído ninguna mujer.

—No es usted tan mayor como para reunir tanta experiencia. ¿Ha cumplido los treinta? Me sorprende que sea usted comisario. Y su declaración se acerca más a la imprudencia de un joven que a la prudencia que suscita la madurez.

—Reconocerá que, al menos, soy sincero y no me escondo detrás de tanta palabrería. ¿Vuelve a ruborizarse? Es usted encantadora. Y tengo treinta y dos. ¿Dónde desea que la deje?

—Aquí está bien —respondió Celia al comprobar que se hallaban en Santa Lucía.

—¿A qué hora y dónde la recojo? —Celia dudó un instante, pero él

se adelantó—. No rechace el coche. Recuerde que vivimos bajo el mismo techo y, tarde o temprano, deberemos encontrarnos. Sea valiente.

—No me deja usted opción. ¿Tan transparente soy?

—En absoluto. Esto ha sido una mera deducción basada en los parámetros de las buenas relaciones sociales. Su condición la obliga al rechazo ante el apremio desconsiderado de mi parte. Sin embargo, aguardo ansioso a descubrir si despierto alguna simpatía en usted.

—Gracias por recordarme que es un investigador. ¿Le parece bien sobre la una frente al Banco de Santander?

—Perfecto.

Celia se quedó clavada en el suelo hasta que el coche desapareció calle abajo. Entonces se dio cuenta de que, atónita por el desparpajo del comisario, había olvidado preguntarle lo que había querido decir con la referencia al patio de butacas de un teatro.

Se dirigió a su piso, ahora ocupado por sus amigas del taller. Adela, Sonia y Paca habían dejado la fonda en la que se hospedaban y le habían alquilado el piso a Celia. Necesitaba contactar con el pasado. A medio camino, se lo pensó mejor y torció a la derecha, hacia el taller donde se encontrarían trabajando a esas horas. Remoloneó entre calles hasta que se hizo la hora de descanso y se acercó.

—¡Celia! ¡Qué sorpresa! —exclamó Adela en cuanto la divisó—. ¿Cómo te va?

Fue como un soplo de aire fresco encontrarse rodeada por sus antiguas compañeras, quienes desconocían el siniestro suceso en la villa Ceiba. Charlaron de naderías, rieron y criticaron, la sal y la pimienta de la mujer. No se atrevió a compartir la realidad que la rodeaba. No estaba preparada para ello, todavía seguía asimilando el golpe.

Daniel admiró la figura de la joven por el retrovisor. Era pronto para echar las campanas al vuelo, pero estaba seguro de que no le era indiferente. Allí, quieta, contemplando cómo se alejaba, despertaba sentimientos nuevos, esos que casi había dado por perdidos. Volvía a

sentir interés, era pronto para llamarlo amor. A Celia no le faltaba razón, iba demasiado deprisa, pero su cuerpo, el corazón y la mente disputaban una carrera para ser el primero en culminar la pasión. Se sentía como un semental desbocado, y no era la falta de sexo, sino de cariño y el exceso de ausencia.

Las apariencias engañaban y echaba de menos a la familia, las reuniones, las risas, las bromas. Llevaba fuera de Burgos casi diez años. Al principio, en Madrid, disfrutó con la libertad, la novedad, el no rendir cuentas, el aprendizaje en las calles, el comer a salto de mata. Según fue ascendiendo, gracias a su capacidad para resolver casos, le absorbió el trabajo. Hasta que le ofrecieron como destino Santander. Desde entonces, los inviernos, aislados por la nieve y con las calles anegadas en agua, resultaron mucho más fríos y oscuros, envueltos en la pertinaz soledad.

Aparcó frente a la comisaría y se apeó del coche. Uno de los agentes lo saludó cuando entró.

«¿Era amor a primera vista?» se preguntó. «¿Eso existe? ¿Es posible?». Sus ojos la detectaron según entró en el salón lleno de personas. Solo la vio a ella y lo supo. ¿El qué? ¿Cómo podía saber que era la mujer de su vida si no había cruzado una palabra con ella, si desconocía su personalidad?

Llegó al despacho y se quitó la chaqueta, que colgó en el respaldo de la silla.

¡Claro que era posible! ¿Acaso no había tenido el mismo pálpito en la escena del crimen? ¿De dónde le llegó la certeza de que nada de lo que veía era cierto, de que se trataba de una escenografía? Intuición. Y de eso a él le sobraba, como había comprobado por experiencia.

Engullido por el trabajo, la mañana pasó en un suspiro. No era la primera vez que intervenía personalmente en un caso y abandonaba el despacho. Los agentes estaban acostumbrados a sus rarezas. Siempre que se cruzaba algo interesante en lo que ejercitar la mente, se lo atribuía. Por eso, ninguno se tomaba a mal las broncas ni se inflaba por las felicitaciones. El comisario se había ganado su admiración por los sonados éxitos y por la indiferencia con la que los recibía. Firmó papeles, escribió informes, distribuyó trabajo entre los

agentes y atendió la evolución de otros casos aportando su parecer. Finalmente, envió un telegrama a un amigo de Madrid que trabajaba en la Compañía de Telégrafos. Era el único que podría conseguir que un telegrama llegara a La Habana sin demasiados escollos, ya que dependían de las líneas transatlánticas que habían tendido los ingleses.

Antes de la una, se dirigió a su casa e hizo una maleta con lo indispensable para pasar unos días en la villa. El abogado le había enviado una nota en la que aseguraba que, en un par de días, daría lectura al testamento, ya que había sido redactado hacía un mes y, por lo tanto, invalidaba cualquier otro que pudiera haber en Cuba. Se frotó las manos ante la buena noticia.

Llegó con retraso a su cita en el Banco de Santander. Celia lo esperaba pacientemente y no se quejó cuando subió al auto. Parecía distinta, como si hubiera encontrado fuerzas en un pozo mágico.

—Disculpe mi falta de puntualidad.

—No importa. He disfrutado de esta mañana de libertad. ¿Quién sabe si habrá otra ocasión?

—¿Se lo pasa bien martirizándose? —reprochó Daniel.

—Nunca nos habíamos visto. ¿Por qué confía en mí?

—No se trata de usted, exactamente. Antes de conocerla, ya la había exculpado.

Celia ahogó un grito de asombro.

—¿Cómo puede ser eso? Carece de lógica.

—Al contrario. Precisamente, se trata de lógica. Sin embargo, le rogaría, por su propia seguridad, que no mencione esta conversación a nadie de la casa. No olvide que el asesino está suelto, confiado en que usted es la única que aparece como culpable a raíz del montaje escénico. Si el plan cayera por tierra por una palabra imprudente, su vida peligraría.

—Comprendo. Mientras yo sea la culpable, él se halla seguro.

—¿Él? ¿Por qué no ella?

—¿Es ella?

—No. Desconozco el sexo, pero usted se ha inclinado por un varón.

—¡Oh! No he sido consciente. De hecho, no soy capaz de elaborar

una teoría. ¿Me desvelará las razones que le han llevado a exculparme?

—¡Hum! Deberá esperar como los demás. Incluso el agente Soto ya no me hace esa pregunta. Ha trabajado en varios casos conmigo.

Llegaron a la villa y Soto fue relevado de su puesto. Se llevó el coche de Daniel hasta la mañana siguiente si no había más novedad en ese tiempo. La comida transcurrió tranquila sin la presencia de Vicente y la tarde la pasaron en el salón, comentando las novelas de misterio de la biblioteca. Daniel respondió el torrente de preguntas de Celia sobre los diferentes casos que se planteaban y discutieron sobre la personalidad de los detectives y de los asesinos. Fueron unas horas muy significativas para ellos, durante las cuales descubrieron aficiones en común. Daniel halló a una Celia más relajada, ácida en los comentarios, aguda en las conclusiones, divertida en la ironía.

En cuanto llegó Vicente, Daniel puso en marcha el plan que había trazado el día anterior. Se retiró a su habitación y sacó la rama verde de tejo que había subido junto con la maleta. Contó las hojas y lo anotó en la libreta negra. Después, bajó con la rama en la mano y entró en el salón.

—Por una vez en la vida me siento el dueño de la casa —dijo Vicente desde su sillón con una copa en la mano.

Daniel no ocultó la rama; por el contrario, la meneó ostensiblemente mientras preguntaba:

—¿Coñac o brandy?

—En esta casa solo entra lo mejor. Coñac francés —respondió Vicente—. ¿Y esa rama? Un poco pronto para el Domingo de Ramos.

—Me han asegurado que es aromática. Llamaré al mayordomo para que la ponga en un recipiente.

—Detrás de usted hallará el tirador. Era un avaro para los demás, pero no se privaba de ninguna innovación.

Tiró de la cinta y al poco se presentó Domingo.

—¿Me haría el favor de buscar un recipiente con agua para esta rama? Me pareció decorativa. Al salón le vendrá bien lucir una de verdad ante tanto follaje de madera —señaló sarcástico.

En cuanto el mayordomo abandonó la habitación, se aproximó a la

puerta para no perder detalle de lo que sucediera en la cocina. Tal y como había imaginado, los gritos no se hicieron esperar.

—¿Qué sucede? ¿Algún accidente? —Se levantó Vicente ante la escandalera.

Ambos se dirigieron a la cocina.

—¡Fuera de mi cocina! ¡Se ha vuelto loco! ¡No quiero ver eso en mi cocina! —gritaba histérica la viuda.

—¡Ay, Dios mío! No las pose en ningún lado. —Se santiguaba Amaia—. Tírelas en el montón de hojarasca que va a quemar el jardinero y lávese las manos —recomendó la muchacha.

—Yo no tengo la culpa —explicaba desconcertado el cubano—. El señor comisario me pidió que las pusiera en agua y en el salón.

Se hizo el silencio cuando los vieron en el umbral de la puerta.

—¿Por qué introduce la muerte en mi cocina? —Se enfrentó Josefa.

Daniel observó cómo el mayordomo palidecía.

—¿No exagera usted un poco?

—No, no —ratificó la doncella—. Si el tallo exuda savia puede ser mortal.

—Tranquilícese, Domingo, usted usa guantes. Está a salvo —lo tranquilizó Daniel—. Déjelo junto a los rastros, como ha propuesto la doncella, y lo quema con ellos mañana.

—¿Qué clase de broma es esta? —exigió Josefa furiosa.

—Ninguna. Me lo vendieron como planta aromática —mintió Daniel—. Le ruego que disculpe mi ignorancia.

—Usted no es de campo, evidentemente, porque la conocería —dedujo la viuda, ya más tranquila.

—En mi aldea es lo primero que enseñan a los niños —intervino Amaia—: a reconocer las plantas y las setas venenosas. Es una cuestión de supervivencia.

Domingo regresó más sereno y sin guantes.

—¿Qué sucede? —preguntó Celia detrás de ellos.

—Nada —respondió Vicente—. Un pequeño error que ha alborotado la cocina.

El joven clavó la mirada en él. No le había convencido el error, pero no lo expresó con palabras. Daniel se encogió de hombros y

concentró su atención en Celia, quien se había cambiado de ropa para cenar y estaba encantadora.

Capítulo 7

Durante la cena pesó el silencio. Celia, que comenzaba a conocer a su primo, intuía que se había enfadado por lo que consideraba una broma pesada por parte del comisario. Ella guardó silencio, pero no hacía falta ser muy inteligente para deducir la intención del policía. Eso la obligó a recapacitar, a volver a buscar al posible asesino.

Amaia sirvió el puré de hortalizas. Celia introdujo la cuchara y sopló sobre el humeante plato.

Las únicas que reconocieron la planta fueron la cocinera y la doncella y también las que ofrecían más posibilidades sobre cómo moverse en una cocina para preparar la infusión y no dejar ninguna pista. Sin embargo, ¿qué razón podrían esgrimir para quitarle la vida al señor? Y, así, regresaba al principio. Seguía *in albis* en cuanto a la identidad del asesino. No lograba conjugar motivo y ocasión, y quedaba el misterio del *modus operandi*.

El segundo plato consistía en una trucha y se empleó a fondo en la disección mientras persistía en el análisis de los hechos.

El comisario había hablado de una puesta en escena en la que ella era la protagonista: mantuvo una fuerte discusión, he aquí el motivo; preparó y subió la infusión, he aquí el medio y la ocasión, solo que la infusión que se encontró no era la de ella, ¿cuándo y cómo se cambió? El gato, que había dejado en la cocina, apareció dentro de la habitación. El gato y el tío se evitaban, luego el gato no entró por casualidad ni por voluntad propia. El asesino lo introdujo, ¿por qué? Formaba parte del escenario, ¿cuál era su papel?

— ¿No va a complacernos con su presencia en los postres?

El reproche velado del comisario sobre la ausencia espiritual la

ruborizó.

—Tampoco han estado ustedes muy habladores. Vicente, acepta que el comisario cumple con sus deberes.

—¡Ah! ¿Lo defiendes? No me gustan los juegucitos. ¿Por qué no pregunta? Es lo que suelen hacer los detectives, preguntar.

Celia se percató de la ceja levantada del comisario y la sonrisa burlona que afloró a sus labios.

—No seas absurdo. El asesino no va a ir pregonando su culpabilidad —recriminó Celia.

—¿Cuándo has dejado de ser la principal sospechosa? —atacó Vicente.

—No he dejado de ser sospechosa, pero reconocerás que soy la más interesada en que esto se resuelva de forma favorable para mí.

—¿Los señores tomarán algo más o pasarán al salón?

La voz del mayordomo los devolvió a la realidad. En el umbral aguardaban Amaia y Domingo para recoger la mesa.

Se levantaron y se dirigieron al salón. Vicente se sirvió un trago de whisky y ofreció otro al comisario, quien aceptó de buena gana. Celia se decantó por un vino dulce de Málaga.

—Me disculpo por mi grosería —retomó Vicente la conversación—. Me pone muy nervioso la suposición de que el asesino se encuentre en esta casa.

—¿No sería más correcto decir que uno de nosotros sea un asesino? —matizó Celia.

—Está visto que el aire de la ciudad te ha afectado gravemente. Te encuentro muy sarcástica, mi querida prima.

—No ha sido el aire de la ciudad, sino el aplazamiento de mi condena. No sé por qué me hice la estúpida idea de que saldría esposada directamente a un calabozo; sin embargo, me encuentro paladeando un vino dulce y dormiré en mi cama.

—Sí, bueno, la situación es desconcertante. —Se volvió al comisario—. ¿A qué se debe esta permisividad?

—La investigación está en proceso. Cuando se haya verificado la culpabilidad de la señorita, la ley procederá.

—Creí que estaban claros los indicios —insistió Vicente.

—No, hasta que la autopsia concluya —rebató Daniel.

—El dictamen será el de envenenamiento. No comprendo siquiera por qué se está llevando a cabo. —Se mostró cabezón.

—Los cadáveres hablan y, a veces, nos sorprenden las cosas que nos revelan, por lo que la prudencia se impone antes de condenar —aclaró el comisario.

El duelo verbal entre los hombres permitió a Celia recrearse en la persona del comisario. Ya no llevaba la pistola, por lo que la chaqueta le quedaba mejor. El buen paño y el perfecto corte de los trajes eran la respuesta de una familia dedicada a la venta de textiles. Daniel llenaba el sillón con el cuerpo bien musculado por la actividad, mientras que a su primo le sobraba respaldo. Las manos también eran diferentes, las de Vicente, finas y blancas, como las de una mujer; las del comisario, amplias y fuertes, acostumbradas al boxeo.

Ese mismo día había encontrado arrogantes sus manifestaciones hacia ella; ahora, le parecían propias de una personalidad basada en la confianza en uno mismo. A ella le fallaba esa seguridad, y se acentuaba bajo las circunstancias en las que se hallaba. Se alegraba de que compartiera durante unos días la casa con ellos y, paradójicamente, no le corría prisa que descubriera al asesino. ¿Qué sucedería cuando todo terminase? ¿Volverían a verse?

Una nueva realidad penetró en su embotada mente. Había perdido el hilo de la conversación, que ahora navegaba por la política. Se limitó a contemplar al comisario con arrobamiento, apreciando cada gesto, cada movimiento, cada palabra que pronunciaba. Hasta el más pequeño detalle, cobró importancia y otra luz diferente. ¿Qué había sucedido? Algo, muy sutil, había cambiado en su ser. Se había abierto una puerta en el alma e ignoraba adónde la conducía.

—¿Y tú qué opinas, Celia? —preguntó Vicente.

—Tengo cosas más serias en las que ocuparme. No me interesa la política —eludió contestar lo que no había escuchado.

—Será ahora. Siempre has manifestado que las mujeres sois capaces de moveros en política igual que un hombre.

—Y me reafirmo; pero estoy cansada y no me apetece entrar en discusiones que no conducen a nada.

—Hemos conseguido aburrirla —manifestó el comisario. Echó el cuerpo hacia delante y se puso de pie seguidamente—. La acompaño. Mañana será otro día.

—Curiosa expresión para dar por finalizado el actual. —Reflexionó Celia.

—Yo buscaré lectura. —Decidió Vicente.

—¿No has leído ya todo? —Recordó Celia.

—También hay placer en la relectura —sentenció su primo frente a la librería.

El comisario la dejó pasar delante de él y Celia aspiró, una vez más, la fragancia de Álvarez Gómez. Era un hombre que cuidaba el aspecto sin perder la masculinidad; no como su primo que parecía un petimetre, blando y afectado.

Ascendieron las escaleras y llegaron al rellano. La lámpara del pasillo iluminaba las puertas. Celia se detuvo ante la del comisario, que era la primera, junto a la escalera. Su habitación se situaba enfrente.

—Ha estado usted ausente durante toda la velada —acusó el comisario.

—Esta tarde dijo que yo corría peligro. ¿Esa es la razón por la que se aloja aquí?

—Si surgiera algún indicio que la exculpara, el asesino se vería empujado a incriminarla de otra forma. Según las novelas...

—¿Según las novelas? ¿Lo dice en serio? —Se asombró Celia—. Veamos, según las novelas el culpable fingiría el suicidio del sospechoso. Una carta falsa en la que el suicida se declarara culpable cerraría el caso.

—Es usted una aventajada alumna —murmuró el comisario.

—O el criminal muy estúpido —replicó Celia, quien había quedado hipnotizada por los ojos del comisario, tan cercano, tan cálido.

—Lo que nos conviene a ambos. —Remató el hombre, con la mirada atrapada en la de ella.

Un movimiento en el piso de abajo rompió el encantamiento. El comisario, más ágil, abrió la puerta de su dormitorio y tiró de Celia hacia dentro. La cerró silenciosamente y apoyó una mano sobre la

pared en la que se encontraba ella. Reinaba la oscuridad, pero no hacía falta luz para saber dónde se situaba cada uno, pues sentían el aliento del otro enfrente, cada vez más cerca, cada vez más irregular hasta que los labios se unieron, ansiosos, cálidos, húmedos, recorridos por el hormigueo de nuevas sensaciones, suaves al contacto con los desconocidos, curiosos de los próximos segundos, del derrotero que tomaban los del comisario por la comisura hacia la oreja; no, corrigió, se desviaban hacia abajo, siguiendo la línea palpitante que traicionaba el ritmo del corazón.

No había marcha atrás. Celia descubrió la razón por la que le atraían las manos, poderosas imponían su presencia sobre el cuerpo, recorrían la espalda, dibujaban las formas, presionaban y ofrecían reconocimiento y placer.

Gimió y las piernas le fallaron. Había tenido otras experiencias, pero ahora comprendía por qué nunca había permitido que llegaran a más. Ninguna le había privado del sentido como en esa ocasión. Los labios regresaron a encontrarse con los amados, esta vez con más exigencia, la lengua del comisario acarició el paladar y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Luego, el frío de la separación, los jadeos de la excitación, los alientos entremezclados, las confesiones entre susurros.

—Por ahora es suficiente. Confío en que esto aleje las malas deducciones esta noche y pueda descansar mejor.

—¡Ah! Y yo que lo había relacionado con la manifestación de intenciones de esta mañana. ¡Qué tonta! No me aclaro.

Celia no necesitó de la mortecina luz de un quinqué para imaginarse la sonrisa divertida que cruzaba el rostro del comisario.

—Señorita Herrera, es usted una caja de sorpresas. Me conquista su sentido del humor.

—Y a mí su pasión arrolladora. ¿Se da cuenta de que tan solo han pasado cuarenta y ocho horas y ya se ha declarado como mi más rendido admirador? ¿Es siempre tan seductor con las sospechosas de un crimen?

—Es algo que no puedo contestar porque me faltan referencias. Por desgracia, no se comenten tantos crímenes en esta ciudad, y los

pocos que he investigado fueron perpetrados por hombres. Es usted la novedad.

—¡Ah! El crimen es un mundo masculino.

—Si sigue usted aquí por mucho tiempo, acabaremos en la cama.

—Eso sería correr demasiado. Tiene usted razón. Me retiraré con la elegancia que me permitan las piernas.

Escuchó la risa, tenue y contenida, del comisario a la vez que retiraba el brazo y daba un paso atrás. Celia se giró para asir el picaporte de la puerta cuando escuchó a su espalda:

—¿Por qué no hay una fila de muchachos frente a la casa?

—¿Usted rondaría a una mujer que le preguntara por su cuenta bancaria?

—Una forma muy original para quitárselos de encima —reconoció admirado el hombre.

—Al menos, ayuda a desbrozar el monte —replicó ella, y abandonó la habitación.

Celia se refugió en el dormitorio con el corazón alborotado y los labios ardiendo, sensibilizados por los besos. Con una mano siguió el recorrido hacia la oreja y bajó por el cuello, rememorando la sensación sobre la piel. Suspiró. Encendió el quinqué y procedió a desnudarse lentamente, con la mirada perdida y el pensamiento sumergido en la lujuria. Sí, reconoció, había pasado muy poco tiempo; sin embargo, había entregado su corazón ¿al hombre equivocado? No lo conocía. ¿Y si era un picaflor? Era lo suficientemente apuesto para que las mujeres se volvieran a mirarlo y, en su trabajo, no le faltarían ocasiones para seducir a la que se le cruzara. Se deslizó entre las sábanas y apagó la luz.

Daniel se apoyó en la puerta en cuanto salió Celia. El corazón le latía desacompañado e intentó suavizar la respiración. Ella tenía razón. Debía ser más prudente, aguardar hasta que terminara la investigación, pero la mente, las manos, todo su ser corría tras la estela de Celia. ¿Existía el amor a primera vista? Nunca lo había creído cuando había escuchado que mengano o zutano habían caído irremediablemente en los brazos de una mujer; lo había asociado a la

pasión, esa enredadora que ciega a un hombre y por la que se suele perder el norte y la realidad para, finalmente, despertarse con la resaca de las consecuencias y del arrepentimiento.

No era esa la sensación con Celia. Le inspiraba ternura, no voluptuosidad, le divertía la forma de expresarse, le gustaba cómo vestía, cómo se movía. Y sí, claro que la deseaba, pero no como un animal que solo busca satisfacer el cuerpo, sino con la paciencia de quien cuenta con una vida para ir descubriendo el alma.

A oscuras, tanteó la chaqueta y sacó las llaves de la habitación del indiano. Escuchó cómo se cerraba la puerta de Vicente y se aproximó a la suya. Con cuidado, abrió y exploró el pasillo desierto. Procedió de la misma forma que la noche anterior y se coló en el dormitorio vecino, encendió la luz y continuó la inspección, metódica y paciente, del escenario. El muñeco seguía bajo la cama, con los siniestros alfileres. Halló la pistola detrás del cabecero y alguna documentación más que habría de analizar despacio. Los trajes no le dieron ninguna pista, excepto que no se privaba de lo más caro, aunque no destacara por el buen gusto. Un joyero lleno de anillos y de pesadas cadenas de oro estaba escondido entre las cajas de zapatos: el símbolo de la riqueza de los indianos. Lo dejó en su sitio, al igual que la pistola, y regresó al cuarto con los papeles.

Capítulo 8

Cuando se levantó por la mañana y se asomó a la ventana descubrió que el jardinero estaba preparando la pira con los ramajes y las hojas que había recogido. Era el problema del otoño. Se arregló apresuradamente, bajó y salió al jardín. En ese instante, Paco no se hallaba a la vista, se acercó al montón de hojarasca y buscó la rama de tejo. Encontró unas hojas sueltas, pero ninguna correspondía a la rama que llevó él, como comprobó en cuanto la localizó, de lo que dedujo que se trataba de las hojas sobrantes con las que se perpetró el crimen. Tal y como había supuesto, a su rama le faltaba una hoja. La persona que la había cogido no se había percatado de que ya había otras sueltas. Quien había arrancado la hoja no era el asesino de la tisana, pues ¿para qué buscar una hoja cuando se había deshecho de las propias? Aquello resultaba sumamente interesante ya que, de buenas a primeras, carecía de lógica. Algo se le escapaba. No hacía más que girar una pieza del rompecabezas para que encajase. ¿Cuál sería el siguiente paso del asesino? ¿Y si fueran dos? Sería una explicación de por qué no encajaba la pieza, pero la mera posibilidad convertiría la investigación en algo mucho más complejo. De momento, no había razón para retocar el escenario, pero debía guardarse las espaldas.

—Comisario, ¿podemos hablar?

—¡Soto! Hoy ha madrugado. Caminemos hacia el extremo. En movimiento es más difícil que nos escuchen.

—Realicé el registro de las habitaciones de los criados. No había nada en particular, excepto en la del mayordomo. ¡Por Dios! No soy supersticioso, pero había un pequeño altar con cosas de lo más

siniestras. He preguntado en la comisaría y me han hablado del vudú.

—Sí, lo imaginaba. Es un tipo de magia que practican los negros en el Caribe. ¿Eché un vistazo a su documentación?

—Sí, y apunté el nombre de la madre y la fecha de la partida de nacimiento...

—Perfecto. ¿Alguna novedad de la unidad forense?

—No, señor. Es pronto para obtener los resultados de los análisis.

—¡Hum! Estoy inquieto.

—¿Inquieto usted? Vaya novedad. En la comisaría lo apodamos el hombre de hielo: es capaz de mantener la calma en medio de un terremoto. ¿No será la señorita Herrera quien le roba la tranquilidad? Resulta sumamente desagradable que sea una mujer la implicada.

Daniel fue consciente de que Soto lo mencionaba bajo otra perspectiva. El agente no imaginaba hasta qué punto se hallaba él mismo implicado con la sospechosa principal.

El día transcurrió sin ninguna incidencia. Una copia del anterior, aunque esta vez viajó a la ciudad solo. A última hora de la tarde, quedó rota la armonía por la nota del abogado en la que anunciaba su presencia para la mañana siguiente. Daniel notó el velado nerviosismo tanto de los primos como del servicio, y no era para menos ante lo que esperaban del testamento.

La casa despertó puntualmente y se acicaló para la gran ocasión. Vicente envió aviso al despacho de la naviera por medio de Rafael, el chófer, quien después recogería al abogado. El desayuno transcurrió con la impaciencia propia de unos niños en la víspera del día de los Reyes Magos. Daniel se mantuvo a un lado como espectador. Estudiaba los gestos y las reacciones para, en un momento dado, poder apreciar los cambios. El asesino, por fuerza, cometería un error. Por lo que había observado, ninguno era tan inteligente como para escabullirse de la justicia sin más.

Álvaro Cossío llegó puntual. Lo pasaron al comedor y, mientras el abogado sacaba los papeles, se fueron sentando alrededor de la mesa. Solo el mayordomo se quedó de pie. Daniel tomó posición detrás del abogado, de manera que las caras de los oyentes quedaran

de frente y le permitieran escrutar los rostros y desnudar las almas.

Dio comienzo a la lectura y se mantuvieron expectantes hasta que comenzó a nombrar a los presentes, entonces se removieron en sus asientos. A la primera que citó fue a Celia, a quien nombró heredera universal.

Daniel constató la palidez de Vicente y el movimiento incrédulo de sus ojos, que no se apartaban de la figura del abogado, como si esperase algo más, un error u otra disposición aparte. Sin embargo, el abogado continuó con los sirvientes, a quienes mencionó uno por uno y, a todos por igual, les dejó un legado de dos mil pesetas. Sonrieron agradecidos a excepción del mayordomo, quien apretaba la mandíbula y echaba fuego por los ojos.

—¿Eso es todo? —preguntó lívido Vicente—. ¿No me menciona el muy canalla?

—No, señor. Lamento su decepción, pero no dice nada más.

Daniel no perdió de vista a Domingo, quien esperaba lo prometido por seguir a su señor. El entrenamiento para esconder sus sentimientos como mayordomo lo salvó de una situación desagradable. No obstante, Daniel percibió el odio y la maldad que asomaron en la mirada que echó sobre Celia, ajena a lo que sucedía a su alrededor, aturdida por la extraña jugada de la vida, pues sumaba un tanto más a su posición como principal sospechosa. Aunque no fue el único que manifestó la malquerencia.

—¿Y ahora qué? —Explotó Vicente—. Mientras me hallaba en el trabajo, engatusaste al viejo a mis espaldas para quedarte con todo; pero no podrás disfrutarlo detrás de las rejas. —Escupió con la ira de la impotencia.

Ante semejante acusación, Celia comenzó a cobrar consciencia de lo que había sucedido en la sala. Los sirvientes guardaron silencio y permanecían expectantes por cómo resolverían la situación entre los señoritos. Nadie había sospechado semejante desplante por parte del viejo Herrera para con el sobrino.

Daniel se mantuvo atento a la discusión, acechaba desde su posición cualquier desliz por parte del asesino. En momentos como esos, en los que afloraban los sentimientos como torrentes

desbordados, se decían verdades calladas, se revelaban personalidades escondidas bajo una pátina de educación. Vicente, desatado; Domingo, contenido; Celia, desconcertada. Esa era la realidad.

—Yo no he engatusado a nadie. Es obvio quién era el beneficiario de esa herencia —rebató Celia.

—¿Qué quieres decir? —Seguía revolviéndose Vicente, sin ningún decoro ante los testigos que escuchaban la discusión.

—Si el tío no hubiera sido asesinado, me encontraría casada con su amigo cuando yo heredase.

Hablaban fuerte, mientras que el abogado metía ruido con los papeles que recogía en un intento de que se dieran cuenta de que había público. Aun así, Daniel captó el gemido involuntario del mayordomo. No le cupo duda de que conocía al supuesto novio. Allí había gato encerrado, y no el muerto precisamente.

—¿No decías que no ibas a casarte?

—¡Ay, Vicente! Cuando no quieres entender, no hay manera de hablar contigo. Cuando te serenes, me buscas. —Cortó Celia, quien se levantó abruptamente y se dirigió hacia el abogado.

—¿Dejó estipulado algo acerca de mi tutor?

—No, señorita. Como usted bien ha dicho, don Pedro andaba en tratos con un caballero cubano para cerrar su enlace, pero este ha quedado en suspenso y no hay ninguna cláusula que la obligue a seguir con el proyecto si no lo desea.

—No lo deseo. ¿Puedo escoger a mi tutor?

—Está en su derecho.

—Será usted. Prepare los papeles.

—¡Yo soy tu pariente más próximo! —gritó Vicente esperanzado.

—Dígame, señor Cossío, ¿debería delegar la tutoría en un familiar que me acusa de asesinato en cuanto tiene ocasión?

—No, ciertamente. Además, le aconsejo que haga testamento cuanto antes. Si le ocurriera algo, Dios no lo quiera, y no hubiera testado, heredaría su primo, como familiar más cercano.

A Daniel se le dispararon todas las alarmas. Allí estaba el cebo. Lo que lamentaba era el peligro que corría Celia.

—Dentro de dos días tendré todo preparado y los papeles en regla para que los firme y tome posesión de la herencia. ¿Le parece que quedemos en mi despacho el miércoles a las diez de la mañana?

—Perfecto.

No, no tan perfecto, pensó desesperado Daniel. Serían dos días terribles, pendiente de la seguridad de Celia.

Celia acompañó al abogado hasta el coche y el resto del servicio abandonó el comedor comentando lo que iban a hacer con sus respectivos legados. Domingo se perdió por el jardín y Vicente permaneció sentado, con la mirada olvidada en la ventana.

—¡Vaya hijo del diablo! Me la ha jugado bien el despótico indiano. Aguantarle para nada. ¿Y si se la considera culpable? ¿También heredaría? —Planteó Vicente.

—Es usted único haciendo amigos —replicó Daniel asqueado—. La ambición por encima de la comprensión, de la amistad, de la sangre o de la justicia.

Abandonó el comedor para reencontrarse en el vestíbulo con Celia, que regresaba de despedir a Cossío. La tomó de la mano, tiró de ella hacia el salón y cerró la puerta detrás de él.

—¡Es increíble! ¿Qué ha sucedido? Me encuentro en una nube. ¿Por qué no le ha dejado nada al pobre Vicente?

—¿Al pobre Vicente? —repitió Daniel incrédulo—. Me alegro de que no haya escuchado lo que he tenido que oír de sus labios.

—Está furioso, es natural. Deseaba casarse con una chica de buena posición. En cuanto sepa a cuánto asciende y solucione los obstáculos legales, procuraré compensarlo.

—Ahora, eso no es lo importante. Céntrese, Celia, sigue siendo la principal sospechosa de un asesinato. Pero acaba de suceder algo crucial que ha alterado los planes del asesino.

—¿Sabe ya quién es?

Daniel meneó la cabeza.

—No exactamente. Hay una pieza que no termina de encajar. Y es necesario que lo haga.

—Entonces, el testamento no ha desvelado nada. —Se desinfló Celia y se dejó caer sobre uno de los sillones.

—No diría tanto, pero se verá obligado a actuar, y eso me preocupa. —Se sentó enfrente de ella, se inclinó hacia delante y la tomó de las manos. Una corriente cálida se restableció entre los dos a pesar de las circunstancias—. Celia, ahora sí que corre peligro su vida. —La llamó por su nombre y le dejó un sabor de amor en los labios—. Durante dos días, no habrá testamento sobre una fortuna. Prométame que no se quedará sola con nadie de la casa. No confíe ni siquiera en su primo. Uno de ellos es el asesino y estará pendiente de sus movimientos, hasta de su respiración.

—Me asusta su seriedad.

—Y más que la voy a asustar. A partir de ahora, no comerá nada que le sirvan en la casa. Comeremos y cenaremos en alguna fonda del Sardinero. Tengo razones para creer que intentará envenenarla.

Ella no dijo nada en esta ocasión, pero sus ojos reflejaban el temor que la embargaba.

—¿Hasta cuándo va a durar esta situación? ¿Hasta que haga testamento?

—Aguardo con ansiedad los resultados de la autopsia. Algo inusual debe de haber para que se demoren tanto. También espero noticias de Cuba. Aunque permanezca en la casa, no estoy mano sobre mano.

—No pretendía reprocharle su actitud. Me limito a expresar mi angustia. Discúlpeme el malentendido.

La puerta se abrió violentamente y entró Vicente con el gesto desabrido. Daniel retiró las manos, pero el halcón del primo llegó a verlo.

—¡Ah! Le ha llegado el turno, comisario. Llego a tiempo de librarlo de las redes de esa mujer. Que conste que yo mismo la animé a seducirlo y compruebo que no ha tardado en ponerse a ello. No sea ingenuo, un hombre de mundo como usted estará acostumbrado a situaciones como esta.

—Cierto. También suelo cruzarme con las pasiones más bajas que generan el odio, la envidia, la ambición y la lujuria.

Sin dejar lugar a una respuesta, se volvió a Celia.

—Señorita Herrera, ¿no le apetece un poco de aire fresco? La invito

a comer.

Vicente resopló ante el desafío del comisario y salió como había entrado, cortando el aire a su paso.

Acompañó a Celia arriba y la dejó en su habitación. Él entró en la suya para retocarse el cabello y coger el gabán y el sombrero. Coincidieron en el descansillo. Celia se había encasquetado un sombrero cloché y se había echado un abrigo sobre los hombros. Como dos ladrones, se escabulleron del agobiante e inquietante ambiente de la villa, dispuestos a gozar de unas horas de felicidad, libres de las convenciones sociales y del disimulo.

Regresaron ya cenados. Soto aguardaba en el salón. Mientras Celia se retiraba a la habitación para evitar una nueva discusión con su primo, Daniel introdujo a Soto en el despacho del difunto.

—Mañana por la mañana lo espera el médico forense. Ya han concluido las pruebas; sin embargo, no me ha querido adelantar nada. Ha exigido su presencia.

—Bien. Tal y como imaginaba, a juzgar por lo que tardaba, hay algo irregular en la muerte de Pedro Herrera. ¿Alguna noticia de Cuba?

—No, señor. ¿A qué hora le traigo el coche?

Soto abandonó la casa y Daniel se acercó a la cocina.

—Buenas noches —dijo al servicio en general.

—¡Ah! Ya regresaron. —Lo abordó la cocinera blandiendo una cuchara—. Habría agradecido un poco de consideración por su parte. La próxima vez dejen aviso de su ausencia en las comidas. No me gusta desperdiciar los alimentos.

—Tiene razón y lamento nuestra falta de atención. Me pareció que la señorita Herrera, ante las acusaciones de su primo, se había resentido. A veces, cambiar de aires anima.

—Es verdad. Nosotros no nos quejamos. Ha sido más considerado de lo que esperábamos de un hombre así, pero que al señorito no lo haya nombrado... —Meneó la cabeza sin terminar la frase, dejando a la imaginación de cada uno su opinión—. Amaia, ¿está recogido el comedor? Pues apaga las luces. Domingo, ¿no tiene que hacer la ronda antes de acostarse?

La señora Josefa era quien realmente mandaba allí, por lo que

pudo vislumbrar Daniel. En cuanto se despejó la cocina, planteó la pregunta que le quemaba los labios.

—¿A qué se refería con la expresión «un hombre así»?

—Una es vieja en ciertas lides y enseguida me di cuenta de que el nuevo señor no era un caballero como trataba de aparentar. Usted ya me entiende. Se le iban los ojos y las manos tras las faldas. Aleccioné a Amaia, quien no se despegaba de mi lado. Pero daba igual la edad. El día antes de su muerte me hizo una propuesta sucia y me amenazó si no cumplía.

—Lo siento. Sin embargo, era la doncella la primera en entrar en la habitación del señor.

—Y enseguida enviaba al vago de Domingo arriba. No digo que la chica no se llevara algún sobeteo, pero nada grave. Era gruñón, exigente como nadie, y mire que llevo años sirviendo. Si no hubiera fallecido, yo no habría durado mucho más a su servicio. Destrozar la porcelana por una resquebrajadura, por Dios, cuando todo el mundo nos servimos en la vajilla desportillada. No, no me gustaba el señor, y lo digo sin cargo de conciencia. No soy de esas melindres que no se atreven a hablar mal de los muertos. Por esa razón, no esperaba que se acordara de mí en el testamento.

Era el discurso más largo que había pronunciado la cocinera desde que estaba en la casa, y también muy revelador. Se despidió y al pie de la escalera coincidió con la doncella y el mayordomo, quienes se retiraban tras haber cumplido con las obligaciones.

Daniel subió las escaleras y se encontró a Vicente frente a la puerta de Celia.

—¡Oh! Ya acude el dragón a proteger a la princesa. —Vicente se lo pensó mejor y concluyó—: Iba a preguntarle si puedo quedarme en la casa durante un tiempo. Tengo que buscar alojamiento.

—Le sugiero que aguarde unos días antes de tomar alguna determinación y, por supuesto, le aconsejo que sea más amable con ella. Tampoco le resulta agradable la situación en la que se encuentra.

—Si estuviera en su lugar, ya me habría fugado del país con el dinero.

—Afortunadamente, no es tan avispada como usted —confirmó

con un sarcasmo que no dejó duda sobre su opinión.

Vicente resopló y se retiró molesto a su habitación. Daniel se quedó mirando la puerta de Celia indeciso.

Capítulo 9

Celia oyó el murmullo de voces al otro lado de la puerta. Se aproximó sigilosamente y apoyó la oreja para saciar su curiosidad. Se había cambiado y se disponía a acostarse, por lo que no estaba visible para abrir la puerta. Reconoció el tono elevado de Vicente y el más bajo y suave del comisario, pero no entendió lo que decían. Luego, la puerta de Vicente le avisó de que la discusión había terminado. Iba a separarse de la puerta cuando llamaron suavemente con los nudillos, como si no quisieran que se enterase el resto de la casa.

Aguardó unos segundos para disimular su cercanía a la puerta y la abrió ligeramente. La cabeza del comisario se volvía a ambos lados vigilando el pasillo y habló rápidamente, sin mirarla.

—Coja lo necesario para dormir y venga. No debe quedarse sola.

—¿Y adónde voy a ir? —preguntó asombrada.

—A mi cuarto —confesó sin ambages.

—¡Cómo! —exclamó incrédula.

—¡Shhh! No grite —susurró el comisario, nervioso.

—Nadie debe saber dónde se encuentra. Apresúrese —apremió.

Celia obedeció, se calzó las chinelas y se puso encima el salto de cama. Apagó la luz, abrió la puerta de par en par, salió y la cerró suavemente. El comisario la aguardaba en el umbral de su habitación. Cruzó el pasillo y se deslizó en el interior del dormitorio masculino.

—Estoy loca para hacer esto que estoy haciendo —dijo en voz alta.

—En absoluto. Temo por su vida. Podría haber pasado a su dormitorio, pero dejaría constancia de mi presencia a cualquiera que entrase.

—Lo mismo que aquí —razonó Celia.

—No. El asesino la buscará en su cuarto, si no la encuentra allí, pensará en otras opciones; pero no se le ocurrirá que comparte la habitación con el comisario.

—¿Usted cree? Vicente ya ha opinado al respecto y esto le confirmaría mis malas artes para enredarlo en mis redes.

—Su primo está dolido y dice cualquier cosa que se le pase por la imaginación para hacer daño. Le cedo la cama.

—Muy amable. Y usted, ¿dónde dormirá?

—No será la primera vez que lo haga sobre el suelo —respondió colgando la chaqueta en el respaldo de la silla.

Celia contempló la cartuchera con la pistola que le colgaba bajo el hombro. Asistió al proceso de quitársela y dejarla sobre el escritorio, continuó con la lazada de la corbata y se desabrochó el chaleco. Luego, se descalzó. Le gustaron sus pies, como la intimidad de verlo en camisa. Entonces pensó en ella misma, en cómo iba vestida y se sonrojó.

—No se preocupe —malinterpretó el comisario el rubor—; no voy a desnudarme completamente. ¿Me cederá alguna almohada?

—Por favor, sin dudarlo, y una manta. ¿Está seguro? Ya me duelen los huesos de solo pensarlo —reconoció angustiada Celia.

El pundonor a Celia no le permitió prescindir del salto de cama para dormir, así que se descalzó y entró tal cual bajo las sábanas. El comisario apagó la luz, terminó de desvestirse para que la ropa no estuviera arrugada al día siguiente y se tumbó en el suelo a un lado de la cama.

—¿Por qué piensa que el asesino me buscará esta noche? —inquirió Celia bocarriba, agarrada al embozo, como si este fuera a huir y dejarla desabrigada.

—Puede ser esta noche o mañana o a la hora de comer. Lo único cierto es que el asesino está desesperado, por lo que actuará en cuanto se le ofrezca la ocasión —contestó Daniel con los brazos hacia arriba y plegados bajo la cabeza, como si la almohada no fuera suficiente.

—Si ignora su identidad, ¿cómo sabe que está desesperado? —

insistió Celia.

—Hoy, dos personas han visto frustradas sus ilusiones. Intuyo quién es, pero hay algo que no me cuadra y me tiene en vilo.

—Uno, Vicente, ¿y el otro? —preguntó Celia.

Se volvió en la cama y se asomó por el borde. A la tenue luz de la luna que entraba por la ventana distinguió la vaga forma del comisario sobre el suelo, quien se incorporó para ponerse a su altura.

—Domingo, el mayordomo. Le había prometido un millón de pesetas.

—¡Guau! Eso es mucho. ¿Por qué?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Era el perro fiel de mi tío. Ha crecido junto a él y lo ha seguido hasta aquí. ¿Por qué le mintió?

—Por la misma razón que les mintió a ustedes, supongo —replicó el comisario—. Utilizaba a las personas en provecho propio. Por lo que he llegado a colegir, carecía de escrúpulos. Espero noticias de Cuba que me ayuden a llenar ciertas lagunas sobre la personalidad de Pedro Herrera.

Mientras hablaban, el comisario había apoyado una mano en el colchón y Celia había descuidado el embozo, al que tanto se había aferrado en un principio, como si fuera una coraza de castidad. La proximidad era cada vez mayor, pero Celia andaba perdida en los misterios que rodeaban al crimen y a la herencia.

—El asesino es Vicente, por increíble que parezca —dedujo Celia—. A Domingo no le han faltado ocasiones en tantos años como ha compartido con mi tío. Además, no entiendo cómo podría beneficiarse de mi muerte en estos momentos. Seguiría sin heredar. ¡Vicente! Por eso tiene tanto interés en inculparme. ¿No dice nada?

Celia no recibió la respuesta ni la confirmación de su teoría. Los labios del comisario encontraron una ocupación mucho más placentera sellando los suyos. Al pálido reflejo de la noche, la sombra del hombre se incorporó y Celia sintió cómo cedía el colchón con el peso de un nuevo cuerpo. Sus manos, fuertes y grandes, que tanto había admirado, se deslizaron por la espalda. Sus labios, cálidos y varoniles, buscaron el cuello y recorrieron, atrevidos, el

largo camino hacia el pecho. El apremio de las manos la confundía, despertaba sensibilidades que desconocía y arrancaba gemidos inconscientes. La boca masculina encontró el premio entre los pliegues del salto de cama y del camisón. El embozo desapareció como barrera y los cuerpos se tocaron. El corazón latía desbocado, abría la boca en busca de aire y emitía jadeos cada vez más apremiantes. Celia andaba perdida en un remolino de emociones, de sensaciones, de deseo insatisfecho, de anhelo por culminar el bucle en el que se había sumido.

Pero las castas enseñanzas, la rígida instrucción que recibió en la adolescencia se abrieron paso como un viento arrollador. ¿De qué conocía a ese hombre? ¿Por qué le permitía explorar su intimidad? ¿Tanto trabajo para guardarse de otras manos ávidas por acariciarla para caer rendida ante un extraño?

Lo empujó con fuerza, pues la experiencia le había mostrado que los hombres no cedían fácilmente cuando iniciaban algo así, se creían con derecho a seguir adelante. Sin embargo, se sorprendió cuando el cuerpo, duro y pesado, del comisario cedió sin violencia.

—¿Se toma estas libertades porque soy sospechosa de asesinato? ¿Piensa que por ello soy una mujer de honestidad dudosa?

—Nunca me he tomado ninguna libertad con las mujeres, y te recuerdo que eres la primera sospechosa de asesinato con la que me he encontrado en mi corta carrera contra el mal.

—Y la experiencia le está siendo muy grata.

Celia había recuperado el escudo blanco al que se aferraba para aislarse del calor que irradiaba el torso desnudo del comisario, aunque su cercanía le permitía desgranar la conversación cerca del oído y su aliento le producía un hormigueo poco tranquilizador.

—Más que grata, asombrosa sería el término más exacto. Dime, Celia, ¿qué tienes de especial?

—Por favor, abandone la seducción —rogó molesta—. Le he dejado clara mi postura.

—En absoluto. Tan solo has pospuesto lo que te asusta. Necesitas tiempo para comprender, para hacerte a la idea. No te lo reprocho, tampoco es sencillo para mí, ha sido algo inesperado.

—¿De qué está hablando?

Celia notó movimiento en el colchón y sintió los labios de él sobre los suyos, aunque no correspondió, su corazón se aceleró sin su permiso.

—De amor.

El comisario la empujó suavemente para que se echara y se abrazó a ella, dispuesto a compartir la cama.

—Yo...

—¡Shh! Nada de remordimientos —susurró el comisario—. Ha sido maravilloso conocerte. Duerme.

¿Dormir? ¿Con él encima? Impensable. Por el contrario, la cabeza comenzó a recordar lo que había sucedido, lo que había sentido, lo que había experimentado. Con su aliento junto a la oreja, el calor de su cuerpo y su respiración acompasada, comprendió que para ella no había retorno. Suciedera lo que sucediera, había caído irremediabilmente en los brazos de ese hombre. ¿Y si la olvidaba en cuanto acabara la investigación? ¿Y si no conseguía desenmascarar al asesino? ¿En qué momento había perdido las riendas de su vida? En el instante en que se convirtió en la principal sospechosa de un crimen y, después, en la heredera universal, se contestó a sí misma. Hasta entonces, no había tenido idea de lo que significaba única heredera: era millonaria. El mundo se hallaba a sus pies. Podría viajar, comprar, vivir sin estrecheces. ¿Sabría llevar esa vida? Ella, que siempre había trabajado, ahorrado, vivido con lo justo.

—Duerme —repitió el comisario, acomodándose mejor a su lado—. Oigo cómo trabaja tu mente. No seas tan racional y vive. El mundo es tuyo.

—¡Por Dios! ¿Cómo puede saber en qué estoy pensando?

—Todavía me tratas de usted. Qué decepción.

—¿Y cómo he de tratarle? Mañana por la mañana le hablo como si fuera mi... ¿Qué? ¿Novio? ¿Marido? No me ha dicho cuáles son sus intenciones y estamos compartiendo la cama. ¡Oh! ¡Qué mala tutora soy de mí misma! Tendría que haberle exigido una charla preliminar, como hacen los padres. ¿Y si me persigue por mi dinero?

Sintió su risa junto al sensibilizado cuello.

—Sí que lo he dicho, pero no has querido escucharme: amarte, solo quiero amarte. Y en cuanto termine este lío en el que estás envuelta, estaré a tu disposición para ser lo que tú quieras. Novio, esposo o simplemente amante. Me da igual mientras me conserves a tu lado. Y compartir la cama es un término ambiguo, ya que no va a suceder nada irreparable. ¿No es muy pronto para recelar de las intenciones de quien llama a tu corazón? Los prejuicios deberían ser míos, todavía eres sospechosa de asesinato.

—Su propues...

—¡Shh! —El comisario le tapó la boca con la mano.

Celia observó, con el corazón en un puño, cómo el comisario se dejaba caer de la cama silenciosamente y reptaba hasta la puerta. Se mantuvo en el suelo a la altura de la ranura. Aguzó el oído, pero desde la cama, lo más que llegó a escuchar es que había alguien en el pasillo. El comisario se incorporó y, de rodillas, aplicó el ojo a la cerradura. Entonces se percató de que el hombre solo vestía unos calzones blancos hasta medio muslo. Pasaron los minutos sin percibir ningún ruido hasta que volvió a sentir que alguien volvía al pasillo. Celia no se atrevía ni a respirar, la tensión se le hacía insoportable.

El comisario se incorporó y regresó al lecho. El cuerpo se le había enfriado y a Celia le recorrió un escalofrío.

—¿Qué ha pasado? —susurró asustada.

—Ha entrado en tu habitación. Imagino la sorpresa que se ha llevado al no encontrarte ahí.

—¿Quién? ¿Lo ha visto? —apremió intranquila, sin abandonar el tratamiento.

—No. Solo la sombra.

Celia no lo creyó. Comprendía que el comisario no le diría la verdad mientras no estuviera seguro de quién era el asesino para no darle un disgusto. Sin embargo, estaba convencida de que era Vicente. Con alguna argucia había conseguido que el tío le abriera la puerta y lo invitó a otra tisana. Era el más interesado en heredar. Y ahora, ella se había cruzado en su camino. ¿Qué detenía al comisario para acusarlo? Con pruebas más endebles la estaban acusando a ella.

Daniel se despertó abrazado a Celia. Dormía. La contempló unos segundos: el cabello revuelto sobre la almohada, el calor del sueño en las mejillas, la piel de magnolia y seda. Le había costado tranquilizarla y ahora pagaba las consecuencias. Lo esperaba el médico forense y tenía unas ganas enormes por descubrir lo que le iba a contar. Sentía su respiración rítmica y no se atrevió a moverse. ¿Cómo afrontaría a la luz del día el devaneo nocturno? ¿Se arrepentiría? Era una mujer apasionada, pero sometida a las recias normas sociales. Se hacía tarde. Intranquilo, se deslizó fuera de la cama y se acercó a la ventana: amenazaba lluvia.

Se giró y se encontró con la mirada somnolienta de Celia. No había reproche en ella, sino dulzura e inseguridad. Suspiró aliviado.

—Buenos días. No te pregunto cómo has descansado, porque no lo has hecho. —Le ofreció a cambio una sonrisa de desagravio.

—He de ir a mi habitación antes de que Amaia...

—No. Todavía, no. El visitante nocturno estará pendiente de ti. Sentirá la intriga de dónde has pasado la noche. Saldré yo primero, en cuanto oiga que Vicente deja libre la habitación, así coincidiremos en el pasillo y me aseguraré de que baja. Cuando nos oigas, cruzas el pasillo y entras en tu cuarto. Cuando Amaia suba para airear las habitaciones, te encontrará dormida en la cama. ¿De acuerdo?

—¿Y si el visitante nocturno se da a conocer y me pregunta directamente?

—Subiste arriba. ¿No usáis esas habitaciones como trasteros? No podías dormir y subiste a buscar...

—Las fotos de mis padres.

—Perfecto. Pero solo si es necesario. Lo mejor es no decir nada y dejarlo con la intriga. Otra cosa más. En cuanto te despierte Amaia, arréglate deprisa y baja. Te vienes conmigo a la ciudad. No voy a dejarte sola aquí.

—Pero si Vicente no estará. Acudirá al trabajo.

—No tienes opción. Soto será tu sombra por las calles y comercios mientras yo realizo una diligencia.

A la vez que hablaba, se peinaba concienzudamente. El espejo le

servía de excusa para recrearse en la figura amada, en sus coloretos, en el bostezo del sueño que se negaba a huir o en cómo dejaba resbalar la mirada sobre su cuerpo, convencida de que él no se daba cuenta. Sí, era tímida, que no timorata, y flotaba cierto encanto en la situación.

Tal y como había planeado, procedieron ambos. Salió al tiempo que Vicente y bajó las escaleras con él. Al rato de estar desayunando, apareció Celia, quien deseó los buenos días y comentó que no había dormido bien a causa de la preocupación por la herencia y cómo se presentaba su futuro si no se resolvía el caso.

De forma casual, Daniel planteó:

—Si lo desea, en cuanto llegue Soto, he de ir a Santander y puedo llevarla. Imagino que tendrá cosas que hacer, así se entretendrá.

—Muchas gracias. En realidad, más que cosas, son preguntas, que me han surgido después, a mi abogado y nuevo tutor.

—Yo puedo acercarte. Me lleva Rafael —se ofreció rápidamente Vicente.

—Prefiero que me acerque el comisario. No deseo otra discusión contigo. Cuando las cosas se calmen, ya hablaremos.

Vicente torció el gesto y se fue en cuanto terminó. Daniel se sonrió ante la maestría de ella para sacudirse al primo de encima. Soto llegó a recogerlos puntualmente.

—¿No quiere que me quede? —preguntó Soto.

—Ya no es necesario. He advertido a la cocinera de que regresaremos a cenar.

Capítulo 10

Daniel encontró al médico forense, Luis Nájera, en su despacho en el Hospital de San Rafael. Se saludaron y el médico entró en harina sin hacerse de rogar.

—Un caso de los que le gustan a usted —sonrió Luis—. El gato fue envenenado y falleció por efecto del tejo. No hay nada inusual en el cuerpo, ni siquiera violencia o algún tipo de maltrato previo.

—El hombre es el que me interesa. El gato es un elemento de la escena.

—El hombre falleció a consecuencia de la asfixia. Presentaba los síntomas propios de la cianosis: sangre oscura y fluida por falta de oxígeno y en las superficies del pulmón y del corazón presentaba las famosas manchas de Tardieu, que descubrió en 1855 y que tanto simplifican nuestra labor.

—Eso es lo que sospechaba. El asesino quería que nos fijásemos en el gato, que supusiéramos que la víctima había fallecido envenenada.

—Para dirigir las sospechas sobre otra persona, deduzco.

—Sí, sobre una mujer.

—¡Ah! Interesante. Una mujer. ¿Qué le hizo pensar que era un montaje escénico?

—El orden. La claridad con la que señalaba a la sospechosa. Solo le faltó colgarle un cartel del cuello.

—Hay más cosas en el cadáver —añadió Luis enigmáticamente.

—Lo imaginaba, pero no iba a romper el encanto del momento. Usted disfruta de sus hallazgos.

—Es muy aburrido convivir la mitad del día con los muertos. Debo aprovechar las escasas visitas que me regala. ¿Dónde se hallaba el

cadáver?

—En su cama.

—No murió ahí. Al asesino le hubiera sido imposible asfixiarlo sobre un colchón.

—¿Cómo es eso? —inquirió Daniel, interesado por el giro que suponía para la investigación semejante declaración.

—La cabeza presenta un golpe por detrás; pero no, no adelante hipótesis. —Frenó el médico a Daniel—. Se trata de un golpe leve, como el que se haría cualquiera al caerse, con la mala pata de golpearse la cabeza y de que salga un chichón sin mayores consecuencias. La teoría del suelo me gusta porque explicaría la forma de asfixia. En una cama habría sido necesario estrangularlo y hubiera dejado marcas; mientras que, en el suelo, basta con arrodillarse o sentarse sobre el pecho del sujeto para impedirle el movimiento pulmonar.

—El hombre era mayor, pero no lo suficiente como para no ofrecer resistencia —objetó Daniel.

—Y lo hizo, pero la persona que lo mató era tan eficaz como fuerte. Me explicaré mejor. ¿Qué tal si reproducimos la escena? Usted es la víctima.

El forense se movió con agilidad para apartar la silla y dejar espacio.

—Échese en el suelo. —Daniel obedeció—. Ahora yo me pongo sobre usted.

—Gritaré —replicó Daniel.

—No podrá porque tiene una almohada sobre la cara. ¿No estaba en su dormitorio? Además, no hay lesiones en el rostro, por lo que fue con algo blando. Con la rodilla le presiono el pecho. Si estuviera en la cama, no sería tan efectivo porque se hundiría.

—¡Uf! Sí que me falta el aire —tosió Daniel—, pero tengo los brazos libres y usted ocupados sujetando la almohada.

—Cierto. —Sin ninguna consideración, el médico le echó una sabanilla blanca sobre la cara—. Mientras yo le presiono, intente defenderse.

Daniel se debatió como pudo, pues, al estar ciego, no consiguió

llegarle a la cara al asesino, que fue lo primero que se le ocurrió. Luego, consciente del escaso tiempo que le quedaba, intentó patalear, pero una pierna del médico lo inmovilizó con un suave golpe en los genitales que lo dejó sin aliento.

Estaban tan ocupados en la maniobra que no sintieron cuando llamaron a la puerta y esta se abrió para dejar paso a un par de ayudantes.

—¡Señor! ¿Lo ha atacado? —Se alarmaron ante la escena que se desarrollaba en el suelo.

—No, no, dejen al pobre comisario en paz —explicó Luis cuando los muchachos se echaron sobre ellos—. Estábamos reconstruyendo un crimen.

Se levantó y tendió la mano al dolorido Daniel.

—Sí, una recreación muy verídica —apuntó irónico.

—Disculpe. Me apasiono enseguida. —Sonrió el forense—. No obstante, ¿ha observado dónde tienen que estar las muestras del forcejeo?

—En el pecho y en los muslos. ¿Cómo ha hecho esa llave? Y un golpe detrás del cráneo. Pero el asesino no se ha ido de rositas.

—No —aseguró el médico, remangándose y mostrándole los antebrazos—, aunque serán leves los arañazos, ya que el finado se había cortado las uñas recientemente.

—¡Vaya! Ha sido muy aleccionador —reconoció Daniel—. ¿Es así de empírico en sus clases? —preguntó a los dos jóvenes mientras se arreglaba el chaleco y se recolocaba la chaqueta.

—Sí, señor. Y consigue buenos resultados. No falta nadie a las clases.

—Lo creo —aseveró Daniel.

—Por de pronto, ha delimitado el asesinato al sexo masculino; por lo tanto, su principal sospechosa queda exculpada. ¡Ah! Otro detalle. Al muerto, una vez en la cama, le destilaron en la boca un poco de infusión de tejo. Imagino que para engañar al galeno que acudiera a certificar la muerte, y por si quedara alguna duda, envenenó al gato. Pero hay algo que me ha dejado preocupado. Analicé los restos del estómago y había ingerido una tisana previamente. ¿Es importante

este dato?

—Sí, que lo es. Una prueba más para exculpar a la mujer.

—Parece más preocupado en rescatar a la dama que en encontrar al asesino. —Notó Luis, entrecerrando los ojos y con una sonrisa.

—Sí, y espero cambiar mi condición de soltero empedernido. No se le escapa nada. ¿No estará pensando en arrebatarme el puesto de comisario?

—En absoluto. Encuentro más charlatanes a los cadáveres que a los asesinos —aseguró el forense—. Le deseo suerte, comisario, en ambas empresas.

—Gracias. Confío en que nos veamos en otras circunstancias más agradables y menos dolorosas para mí.

Daniel abandonó el hospital satisfecho. Todo coincidía con su hipótesis del montaje escénico. Todavía le quedaba la dichosa pieza sin encajar, pero Celia estaba a salvo de la perversa maquinación.

Por el camino, repasó los indicios con los que contaba y estudió cómo actuaría a partir de ese momento. Era muy importante que el asesino ignorase en qué punto se encontraba la pesquisa y que el montaje, tan cuidadosamente urdido, no había conseguido engañarlo. Pero para ello, habría de pagar un precio muy alto.

Pasó por la comisaría, firmó los atrasos, preguntó por otras investigaciones en curso, atendió peticiones, comió algo rápido en un mesón cercano, donde era un comensal habitual, pasó la tarde igual que la mañana y se despidió hasta el día siguiente.

Celia se pasó por el taller y quedó con sus amigas para comer. El resto de la mañana la aprovechó en el despacho del abogado, quien la asesoró sobre lo que preguntó. Luego, se llegó hasta la tasca en la que comían en invierno, a buen recaudo del frío y de la lluvia, mientras que, en verano, lo hacían en uno de los bancos del muelle.

—Te esperábamos la semana pasada. ¿Qué sucedió? —preguntó Adela según se sentó. Las demás hicieron lo mismo alrededor de la mesa.

—Mi tío no me dejó salir. Tengo que contaros algo muy grave. No ha salido en la prensa porque la policía está siendo muy cauta,

gracias a Dios.

Se calló en cuanto se acercó doña Sagrario a informarles del plato del día: cocido de legumbres con berza. En cuanto se alejó, le apremiaron las amigas. Celia se vació en ellas: dejó temores, liberó ansiedades, olvidó angustias. Doña Sagrario regresó con la sopera del cocido y, en medio del silencio, sirvió el potaje hirviendo.

—¡Qué horror! —Atinó a decir Paca en cuanto se encontraron solas.

—¿Te detendrán? —Se afligió Adela.

—¡Calla, por Dios! —La reprendió y se santiguó a la vez Sonia—. ¡Ya es mala suerte! Millonaria y sospechosa de asesinato al mismo tiempo, sin oportunidad de recrearte en la suerte de heredar una fortuna.

—Ese comisario, ¿no será joven, alto y moreno? —indagó Adela.

—Sí. ¿De qué lo conoces? —preguntó Celia.

—De casa de una cliente. Fui a entregar un encargo y estaba allí. No recuerdo la razón, pero a él, sí. Es inolvidable.

—¿Qué quieres decir? ¿Guapo? —Se interesó Paca.

—Muy guapo —matizó Adela.

A Celia no le gustó que sus amigas se fijaran en el comisario. Levantó la vista del plato y se enfrentó a tres pares de ojos que la escrutaban sin disimulo.

—¿Qué ocurre?

—¡Te has sonrojado! —acusó Paca—. Debe ser espectacular para que te hayas fijado a pesar de las circunstancias.

—Son las alubias. Están demasiado calientes. —Intentó disimular.

—¿De verdad no sospechas de nadie que pueda ser el asesino? —Sonia, más pragmática, se centró en lo realmente importante.

—Creo que es mi primo. Como yo soy la heredera, ahora querrá asesinarme también —explicó sin dramatismo.

—¡Oh! ¿Se lo has dicho a la policía? Algo deberán hacer para mantenerte a salvo —dijo Adela.

—Adela, ella es la sospechosa principal —recordó impaciente Sonia—. ¿Cómo van a protegerla si piensan que ella es la asesina?

—¡Vaya lío! —exclamó Paca—. ¿Quieres que vayamos a dormir

contigo?

—¡No! —se apresuró a contestar Celia, antes de que las demás encontraran la idea aceptable—. Debéis manteneros al margen por si la prensa se entera. Ya sabéis cómo es la gente. Es demasiado reciente y no les ha llegado la noticia. Estaré bien. Gracias por preocuparos. El comisario duerme en la villa para vigilarnos y evitar que suceda otra desgracia.

—¿Duerme en la villa? —repitió admirada Adela—. ¡Vaya suerte! Puedes intentar enamorarlo y, si se resiste, le enseñas los fajos de dinero.

—Eso me sugirió mi primo, pero con la intención de librarme del calabozo.

—Cierto. No es el momento oportuno. ¡Qué pena! —reconoció Adela.

—Eres incorregible. En cuanto se menciona un hombre, enseguida babeas —constató Sonia—. Celia está en un apuro y solo pensáis en hombres.

—Lo dices porque no conoces al comisario Valle —dijo Celia con una medio sonrisa para restar importancia a la situación.

—¿También tú? Me doy por vencida.

Rieron las cuatro para liberar el susto y la preocupación por la amiga.

Daniel recogió a Celia y a Soto en el sitio de costumbre, frente al Banco de Santander. Se bajó para ayudar a la dama a subir y, cuando dio la vuelta al coche, le susurró al agente:

—Ya hablaremos sobre la autopsia. De momento, el resultado es secreto.

Sin un asentimiento ni muestra de que hubieran cruzado una palabra, subieron y arrancaron el auto.

—¿Qué tal fue? ¿Ha conseguido saber algo más por la autopsia? —preguntó Celia.

—No. Lo cierto es que ha sido bastante decepcionante. Nada que no supiéramos ya —mintió y, por primera vez, se sintió mal.

Entraron en la calle del Martillo y subieron por Santa Lucía y el

Paseo de la Concepción hacia el Alto de Miranda. Se sumieron los tres en un silencio inquieto, enredados en sus problemas particulares y ajenos al paisaje. Llegaron a la villa y Daniel ayudó a Celia a bajar. Soto se llevó el coche de regreso a la ciudad.

Subieron a sus habitaciones para refrescarse y cambiarse de ropa. Daniel intuía que se acercaba el momento en el que se desvelaría el misterio. Había dejado la estancia del indiano sin vigilancia a propósito y se había llevado las dos llaves con él. Cogió una de ellas y salió al pasillo sin recatarse. Abrió y entró en el oscuro dormitorio. Encendió un quinqué y comprobó que la pistola seguía en su sitio, detrás del cabecero, a continuación se agachó para mirar debajo de la cama, despojada de las sábanas: el muñeco del vudú había desaparecido.

—¿Busca algo? —indagó Vicente desde el umbral.

—Es un defecto de profesión. —Eludió Daniel irguiéndose.

—El viejo, para ser lo rico que era, carecía de gusto —opinó Vicente.

—Según mi experiencia, muy pocos nuevos ricos poseen la capacidad necesaria para pulirse culturalmente.

—La cultura y la riqueza son dos términos paradójicos según mi punto de vista —se unió Celia, quien había oído las voces y había salido a investigar lo que sucedía—. Los que generan la cultura son pobres y quienes la disfrutan son ricos. ¿Qué hacemos aquí?

—¿Pregúntaselo a tu comisario? Igual tienes más suerte. —Retó Vicente.

—Nada. —Se adelantó Daniel—. En realidad, echaba un último vistazo para dar orden de que mañana la limpien.

Se dirigió al umbral y los primos se retiraron al pasillo para dejarlo salir. Cerró la puerta, pero no echó la llave en esta ocasión. Los tres se encaminaron a las escaleras y bajaron en silencio al comedor. Domingo andaba atento y pasó el aviso a la cocina. No habían terminado de sentarse cuando apareció Amaia con la menestra de verduras. Domingo se entretuvo sirviendo el vino.

—¿Algún avance en la investigación, señor comisario? —preguntó Vicente al tiempo que se retiraba a un lado para facilitar a la doncella

que le sirviera.

—¿Se refiere a los resultados de la autopsia? —inquirió a su vez y, ante el asentimiento de Vicente, continuó—: Nada que no supiéramos ya.

—¡Oh! ¡Qué decepción! —dramatizó Vicente—. Así que mi prima sigue siendo la primera en la lista de sospechosos.

Le tocó el turno a Daniel de que le sirvieran. El pulso de Amaia no era muy bueno, como pudo comprobar.

—Sí y, seguramente, mañana procederé a la detención de la señorita Herrera, algo que usted celebrará.

A la doncella casi se le escurre la fuente de verduras de la mano. Daniel escuchó el gemido ahogado por la cercanía, así como vio los ojos de espanto. La muchacha no ocultó su aflicción.

—¿La señorita detenida? ¿Por qué? —exigió una explicación con voz meliflua y al borde del llanto.

—Confirmada la muerte por envenenamiento, ya no hay razón para dejarla en libertad.

Daniel desvió la atención de la doncella al espejo del aparador y sorprendió una mueca de satisfacción en el mayordomo, quien les daba la espalda en ese instante, olvidado del reflejo que ofrecía el mueble. Celia lo contemplaba con la boca abierta. Lamentó profundamente no haberla puesto sobre aviso, pero necesitaba esa expresión tan auténtica en ella. La sorpresa se transformó en dolor. Daniel casi podía leer la palabra traición en el pensamiento de Celia.

—¿Así? ¿Ya está? ¿Acabó todo? —insistió Vicente incrédulo.

—¿No era lo que deseaba? —Se asombró Daniel—. Lleva días exigiendo su detención.

—Sí, bueno —replicó Vicente renuente—. Imagino que, con la demora, llegué a concebir esperanzas para Celia.

—Igual que yo —intervino Celia con la voz ronca, atragantada, y la lágrima a punto de desbordarse.

Quien rompió a llorar fue la doncella.

—¡Oh, vamos! —exclamó Daniel—. No hay nada concluyente. Queda el tribunal. Un buen abogado puede soplar sobre las endebles pruebas.

—No comprendo cómo si el dictamen es el de envenenamiento — insistió Vicente y extendió el pesimismo por la habitación.

—Se asombraría usted de lo que he visto en los tribunales. Con pruebas más sólidas de las que he recogido aquí, se han librado muchos.

—¡Están hablando de mí! —exclamó Celia furiosa—. ¿Les parece gracioso? ¿Cómo que un tribunal? ¡Yo no soy una asesina! ¿Por qué no me detiene ahora? ¿Para qué esperar a mañana?

—Porque mañana tiene una cita con el abogado y debe testar. — Recordó Daniel.

—¡Es el colmo! ¿De verdad piensa que me preocupa ahora mismo la herencia?

—Pues debería. El dinero abre muchas puertas, como la de pagar al mejor abogado —replicó Daniel.

Celia se levantó bruscamente y, con el mentón alzado y los ojos echando chispas, abandonó el salón sin despedirse y sin mirar atrás. Sus pasos, recios y rápidos, sonaron en el ascenso por la escalera y se perdieron en el pasillo superior. Un portazo señaló el final de la velada.

Daniel se enfrentó a un panorama de lo más variopinto: un reflexivo primo, un mayordomo cínicamente hierático y una sollozante doncella.

Capítulo 11

Celia lanzó los zapatos a una esquina de la habitación. Necesitaba romper algo, dejar suelta la ira y la incredulidad. ¿Cómo había sido tan estúpida para confiar en él? ¿Cómo se habría reído ante su ingenuidad! ¿Qué esperaba con semejante seducción? ¿Una confesión? Se tiró encima de la cama y volvió a incorporarse para, a los pocos segundos, moverse sin sentido por la estancia. Los nervios, el asombro, la decepción no la dejaban quedarse quieta. El cuerpo le exigía correr hasta el agotamiento o golpear algo.

Se sobresaltó cuando escuchó el suave golpeteo de unos nudillos en la puerta. ¿Quién sería? ¿El imbécil de Vicente que venía a regodearse? ¿O el estúpido del comisario con sus buenas y melosas palabras? No abrió, no contestó. Ante su desconcierto, observó cómo bajaba el picaporte y se abría la puerta. El comisario se deslizó dentro de la habitación y cerró la puerta de nuevo.

—¿Cómo se atreve? ¿No ha tenido suficiente?

—¡Shh! Si sigues escandalizando, te amordazaré para que me escuches —amenazó serio.

—No le he dado permiso para que me tutee —se defendió Celia a falta de otra arma, como si las formas sociales fueran una armadura.

—No podía decirte la verdad. Si hubieras sabido que lo de abajo era una trampa, se te habría notado.

—¿Una trampa? ¿De qué habla? ¿Acaso no es cierto nada de lo que ha dicho en el comedor?

—Haremos como ayer. Pasarás la noche en mi habitación y te lo explico —apremió el hombre.

—¡Un momento! Yo no voy a ningún lado con usted. Además, ya

no corro peligro. ¿Acaso no soy oficialmente la asesina? ¿Para qué me iban a matar?

—Ahora, más que nunca, estás en peligro —insistió el comisario—. ¿No lo ves? El temor de que te encierren, de enfrentarte a un tribunal y de exponerte a la vergüenza pública puede empujarte a un suicidio. Eso sería una declaración de culpabilidad en toda regla y el asesino se escaparía porque la investigación se cerraría. Mientras estés viva, seguirá la investigación, durante el juicio podrían airearse asuntos que no le interesen al criminal. Y, por otra parte, está la herencia; iría a parar, íntegra, a manos de tu primo.

Celia resopló y se dejó caer en el sillón que había junto a la ventana. Apoyó los codos sobre las piernas y escondió la cara entre las manos.

—Ya no puedo más —confesó derrotada—. Este juego me desborda. Estoy cansada. No distingo la verdad de la mentira. Que una de las personas que conviven conmigo sea un asesino y que, además, me desee tanto mal, no puedo asimilarlo. Yo no he hecho daño a nadie. ¿Por qué me lo hacen a mí?

El comisario se puso en cuclillas frente a ella.

—Celia, mi amor...

Lo que fuera a decirle quedó en el aire ante la nueva llamada en la puerta. Se quedaron mirándose, en suspenso. El índice del comisario, cerca de los labios, le indicó silencio. Ágilmente, se irguió y se situó detrás de la puerta, después, la animó, con una señal de la mano, a abrir.

Celia, más rígida que una estaca y asustada sin saber muy bien el porqué, abrió sin preguntar.

—Como se retiró sin apenas cenar, le he subido algo por si tenía hambre.

En ese instante, Celia se sintió otra vez como una estúpida. La cercanía del comisario la alteraba y distorsionaba la realidad. ¿Qué había temido? ¿Que el asesino subiera con un cuchillo para poner fin a la pesadilla? Meneó la cabeza para despejar la mente.

—Gracias, Amaia, es la única que se acuerda de mí —agradeció con una triste sonrisa.

Al tomar de sus manos la bandeja para impedir que entrara y descubriera al comisario, notó que la doncella temblaba como una hoja.

—¿Qué le sucede?

—Estoy muy preocupada por su futuro. ¿Qué le puede suceder? ¿Es cierto lo que dice el comisario de que se puede librar con un buen abogado?

—No lo sé, Amaia. Ignoro si lo dice para tranquilizarnos o porque sea cierto. Pronto saldremos de dudas. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

Celia observó a la afligida doncella que abandonaba el pasillo escaleras abajo. Por lo menos, alguien de la casa mostraba ternura hacia ella y se alegró. Nada más cerrar la puerta con el pie, el comisario le arrebató la bandeja, la dejó sobre la mesa camilla y husmeó el contenido.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No pensará que la pobre Amaia intenta envenenarme?

—Yo no pienso nada; indago y analizo. Al asesino solo le queda esta noche.

—No sea absurdo. No voy a recelar de la única persona que se interesa por mi suerte en esta casa.

—Perfecto. Toma asiento y come. —Animó el comisario sentándose enfrente.

—¿Se va a quedar mirando cómo cenó? —reprochó Celia intimidada. Su presencia la desquiciaba.

—No. A mi juicio, cómo se envenena.

Celia contempló el plato: unas verduritas, por un lado; y una tortilla con hierbas por encima, por otro.

—Esas hierbas —señaló el comisario—, ¿sabes qué son? ¿A qué huele? No reconozco el olor del orégano.

Celia olisqueó como un perro de caza, pero tampoco reconoció ningún aroma familiar.

—Es usted único para quitarle el hambre a cualquiera.

—¿No se atreve? Chica sensata —alabó.

A Celia se le atravesó la maldita sonrisa de suficiencia del

comisario. Ya no la encontraba tan atractiva.

—¿Dónde podemos guardar un poco de todo? Como si hubiera comido algo —detalló la idea— Y, así, me servirá para analizarlo.

Celia rebuscó en el armario y sacó una cajita cuadrada.

—Perfecto —agradeció el comisario, y se la arrebató de la mano.

Celia aguardó a que el hombre recogiera las muestras, y presencié cómo disponía el contenido del plato para que pareciera que habían comido de él.

Era hábil, inteligente, rápido, pero también torticero. Aunque fuera por una causa y esta causa fuera la suya. ¿Cómo podría fiarse de un hombre así en el futuro? Si es que había futuro.

—¡Vamos! —ordenó con la cajita en la mano.

—¿Adónde? —preguntó Celia ofuscada.

—A mi habitación.

El comisario se acercó a ella con determinación y no se anduvo con contemplaciones.

—A mí me es igual. Si no quieres venir, me quedo. Yo no tengo ningún honor que salvaguardar. Y esta habitación parece la estación del tren.

Como si lo hubiera convocado, volvieron a llamar a la puerta. Con los nervios a flor de piel, Celia preguntó desabrida:

—¿Quién es?

—Yo. Quería saber si estabas bien. Te oigo ir y venir y hablar sola.

—O cerciorarse de que ya has comido la tortilla envenenada y esta hacía su efecto —susurró el comisario a su lado.

Celia sintió un escalofrío.

—Estoy bien —contestó impulsivamente—. No te preocupes, te dejaré dormir. Apago la luz enseguida.

—Hasta mañana —se despidió Vicente.

—Buenas noches —respondió Celia en voz alta.

El comisario no necesitó repetir la invitación. Celia abrió la cama, cogió el camisón, un salto de cama y las zapatillas. Cerró las cortinas de la ventana y cerró la llama del quinqué.

Como dos furtivos, cruzaron el pasillo y se perdieron en la penumbra del dormitorio del comisario. Los recuerdos de la noche

anterior consiguieron sonrojarla hasta las orejas. Había sufrido un *déjà vu* y anheló un beso de esos que te llegan al alma, que calientan el corazón, que se sienten en el vientre.

—¿Por qué eres tan cabezota? —preguntó el hombre guardando las pruebas de un supuesto envenenamiento.

—Dígame usted. Ya que es tan analítico, seguro que no le costará llegar a la razón. Y, esta vez, dormiré sola en la cama. Usted, al suelo.

Imprimió a la voz un tono de seguridad que se hallaba muy alejado de lo que realmente sentía. Él no replicó mientras realizaba la misma operación que la noche anterior. Celia se encontraba vestida. Desechó el camisón y sólo se aflojó las ropas para dormir más cómodamente y se metió entre las sábanas. Se arrellanó en el lado contrario de la cama del lugar donde él se echaría en el suelo y se quedó mirando a la pared.

—Buenas noches, mi amor.

—No soy su amor.

—Es una cuestión de opiniones. Si quisiera, te rendiría a mis pies, pero luego me acusarías de seducción. No pienso darte esa ventaja.

—Como verá, ya soy mayorcita para que me seduzcan. Sé guardarme de los picaflores como usted.

—No tiente a la Providencia.

—¿Qué va a pasar mañana? ¿Me esperan más sorpresas para hacer más verídica la parodia? —Recordó mordaz.

—No seas niña, no te favorece el resentimiento. Nada más lejos de tu naturaleza.

—¿Mi naturaleza? ¿Y qué sabe usted de mí? Solo hemos compartido unos días juntos.

—Te he investigado —confesó el comisario—, como al resto de sospechosos —se apresuró a corregir—. Tus antiguas compañeras de taller, algunas clientas, las vecinas, todas se deshacen en alabanzas hacia Celia Herrera.

—¿A eso lo llaman investigación? En mi barrio se considera puro cotilleo. Mis amigas nada me han comentado al respecto.

Celia notó que el colchón cedía y se irguió dispuesta a defender el fuerte. El comisario había apoyado los brazos en el borde.

—A ellas las evitamos por razones obvias. No lo conseguirás.

—¿El qué? —inquirió Celia desconcertada y con el corazón latiendo desbocado.

—Que desista. Soy muy paciente cuando encuentro lo que quiero —aseguró el hombre.

—¡Cuánto me alegro! Porque va a esperar sentado a que le corresponda.

—Solo admito una de las acusaciones que me haces.

—¡Oh! —dijo sarcástica—. ¿Cuál de ellas?

—Que miento más que hablo.

El comisario, para pasmo de Celia, quien no reaccionó a tiempo, trepó hasta la cama y se colocó encima de ella, como si fuera su presa. Iba a protestar y él bajó la cabeza hasta que los labios se encontraron y ahogó cualquier queja que fuese a proferir. No pudo evitarlo y, de nuevo, las emociones se adueñaron del cuerpo y revivió el placer de la noche anterior. El beso, por el que suspiró unos minutos antes, llegó y arrasó con cualquier impedimento o casta excusa. El comisario, como si intuyera el dilema, se movió rápido y retiró las sábanas, sus manos tantearon, expertas, el cierre del vestido, mientras que la boca no le daba tregua y la hundía en un placer violento. Intentó golpearle los brazos, pero la dureza de estos inclinó a las manos a repararlos para verificar la firmeza de los músculos. ¿Qué hacía acariciándolo? ¿Por qué estaba ella casi desnuda y él vestido? La mente se negaba a admitir lo que las propias manos iniciaban tironeando de la camisa para liberarla del pantalón. ¡Oh, Dios mío! La piel suave y cálida, fuerte y varonil. Se arqueó como respuesta cuando la boca del hombre apresó los pechos liberados, perdida en el frenesí erótico de la acción.

Entre jadeos, sintió que el comisario se desprendía de los pantalones. Como si hubiera intuido la alarma, el hombre redobló sus esfuerzos y persiguió las zonas erógenas por la piel con la maestría de un mujeriego. La mente intentó tomar las riendas del revolcón, siendo derrotada, una vez más, ante la pasión que el comisario despertaba, arrollaba e imponía implacable sobre el pobre cuerpo femenino subyugado, o así quería verlo ella antes que admitir

sus sentimientos, confusos y desordenados, pero que terminaban en la persona que la llamaba amor sin ningún reparo.

Las fuertes manos, que regían los sueños más voluptuosos y secretos, se pasearon con caricias exigentes entre los muslos, que se abrieron, desvergonzados y traicioneros, para ofrecer el paso a la puerta que custodiaban.

Gimió, con la mente desterrada y el placer reinando en su lugar, y deseó explotar, liberar aquello que la ahogaba y necesitaba con urgencia. El comisario se empleaba a fondo y no iba a ser caballeroso, no iba a dejarla escapar de nuevo, estaba resuelto a llegar hasta el final y a ella no le importó. Ya no era dueña de nada: ni del cuerpo ni de la razón ni del pudor. Entregada, experimentó el misterio de la vida, la unión de dos personas, el latir al unísono, los embates, primero sosegados y luego más rápidos y exigentes, la explosión, el estremecimiento y la paz sudorosa por la excitación del placentero trabajo. La sonrisa flácida, la visión lánguida, el suspiro satisfecho, el abrazo amoroso y complaciente: todo eso, y más, sintió Celia.

—¿Cómo puede ser comisario y ser tan mentiroso? Le costará el cargo —atinó a decir con la garganta reseca.

—Aunque parezca una paradoja, el disimulo es una de mis mejores armas contra los delincuentes. Es importante que no sepan leer en mis acciones, en mis palabras. No puedo permitirme el lujo de ser transparente.

—¡Enhorabuena! La sospechosa número uno no ha sabido detectar su intención de destrozarle la vida.

—La sospechosa número uno se niega a admitir que está enamorada del comisario; pero el comisario sabrá convencerla.

—¿Cómo, si es un mentiroso?

—Acabas de dejarme sin palabras; pero ya se me ocurrirá algo —reconoció animoso.

Celia notó el cuerpo terso y desnudo, ya sosegado, del comisario junto a ella, como un recuerdo de lo que llegaba a encender en el propio. La intimidad la sonrojaba y le agradaba. ¿Sería así sentirse amada? ¿O era pasión y lujuria desenfrenada? ¡Qué poca experiencia! Más bien, ninguna, pues acababa de ser desvirgada.

El comisario se removi6 y le pas6 un brazo por encima. Celia esboz6 una sonrisa. Ya no habia marcha atr6s, ya era tarde incluso para el arrepentimiento.

Capítulo 12

Daniel despertó de un sueño reparador. Celia dormía entre sus brazos, inocente al mundo malvado que la rodeaba. Sonrió ante el recuerdo de la noche y de su extraña salida tras hacer el amor. No se le escapaba que para ella había sido importante y que había tratado de esconderse detrás de una indiferencia propia de una mujer de mundo, como si estuviera acostumbrada a yacer con un hombre. Había sido el primero y aspiraba a ser el último. La querida señorita Celia intentaba emular a las feministas, ser independiente, vestir a la moda, fingir que estaba de vuelta de todo, una mujer moderna y con experiencia. Moderna, lo era; pero la experiencia era harina de otro costal, sonrió divertido.

Celia no era una mujer aburrida; por el contrario, animosa y con mucho humor. Una bocanada de aire fresco para después de un trabajo con la hez de la sociedad. Celia se removió y Daniel sintió la calidez del cuerpo que se había deshecho durante la noche para arder entre besos y caricias. Pasó la mano sobre las redondeadas formas con piel de seda. Gimió dormida, reconociendo la mano amante. Con la mirada teñida de amor recorrió la blancura que le había sido entregada y reavivó la pasión que lo abrasaba por dentro. Suavemente, los labios repasaron las niveas formas. Y sus miradas se encontraron, lánguidas y sugerentes. Sin una palabra, se lo dijeron todo, sin una palabra iniciaron el baile, al ritmo que imponían sus necesidades, al son que excitaba las mentes, bajo la íntima melodía que arrancaba gemidos de placer satisfecho, con el redoble que imponían los corazones, con el repique de un beso que se te enrosca en el vientre.

—Buenos días —pronunció Daniel extenuado sobre ella.

—¡Puf! Sus saludos son agotadores, señor comisario. Si vuelve a desearme los buenos días o las buenas noches, saldré corriendo.

—No parece que ahora tengas mucha prisa.

—¿Después del terremoto? Ya no tiene objeto.

—Habrá que levantarse. Hoy te convertirás en una millonaria y perderás todo el interés por este humilde comisario.

—¡Oh! ¿Qué hora es? —Se incorporó de golpe, echándolo a un lado sin consideración. Daniel, lejos de sentirse ofendido, sonrió ante el ímpetu de ella.

—Poderoso caballero es don Dinero —parafraseó Daniel a Quevedo.

Celia saltó de la cama apresuradamente y recogió su ropa. Daniel se levantó como Dios lo trajo al mundo y se acercó a la puerta, abrió un poco y se cercioró de que el pasillo estaba desierto. Se volvió para advertirla y se la encontró arrebolada y repasándolo con los ojos. Esbozó una sonrisa ladeada. Ella se dio cuenta y se irguió. Pasó a su lado conteniendo la respiración y salió como alma que lleva el diablo hacia su dormitorio.

Daniel se apresuró para bajar el primero. Deseaba observar qué efecto producía la aparición de Celia. Antes de salir, se percató de la mancha roja en medio de la cama. Inmediatamente, su mente pergeñó una mentira de esas que tan bien se le daban y bajó. En la puerta del comedor se cruzó con Amaia.

—Me temo que he manchado de sangre la sábana. Lo lamento. Se me ha abierto la herida que me produjo hace diez días un delincuente con una navaja.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —se lamentó sinceramente la doncella—. ¿Necesita ayuda? Josefa es muy buena con las heridas.

—No es necesario. La he vendado. Me pasaré por el médico en cuanto llegue a la ciudad.

—Como desee.

—¿Algún problema? —Se interesó Vicente desde la escalera.

—Nada importante. Buenos días. ¿Está de mejor humor?

En ese instante, se oyeron los pasos de Celia en la planta superior,

cerró la puerta y comenzó a bajar con brío. Amaia no mostró extrañeza, sino que se apresuró a subir para ventilar los dormitorios.

Desayunaron tranquilamente comentando los titulares de la prensa sobre la guerra marroquí y hablaron del tiempo. Sin embargo, Daniel sabía que, bajo la apariencia, rugían los odios. Vicente escondía su frustración y el asesino, quien quiera que fuera, su fracaso. Celia comió con apetito y con una ternura y una confianza inusual desde que la había conocido, siempre con la mirada triste y el temor de ser acusada.

—No se preocupe —dijo Amaia desde el umbral con el bulto de las sábanas en los brazos—. No ha sido mucho y saldrá bien la mancha de sangre.

Celia se atragantó y el color le subió a la cara. Daniel le agradeció a Amaia la información y Vicente los miró con el ceño fruncido.

—¿De qué sangre habla? —interpeló el primo con una ceja levantada.

Celia estaba al borde de un ataque de apoplejía para mayor diversión de Daniel, quien calmamente contestó:

—Hace diez días un borracho que detuve en el puerto me hirió con una navaja. Esta noche se me ha abierto un poco la herida y he manchado la sábana de sangre.

Con la cara congestionada y la boca abierta, Celia invitaba a abrazarla o a soltar una risotada. No hizo ninguna de las dos cosas, pero no por falta de ganas.

—No había pensado en lo peligroso que puede llegar a ser su profesión —respondió Vicente, una vez disipadas las sospechas.

Soto llegó puntual y le susurró que había noticias de Cuba. No fue necesario meter prisa a Celia, quien se hallaba en un estado de euforia fuera de lo común. Como el día anterior, Soto se convirtió en la sombra de la muchacha mientras él se apresuraba a la comisaría.

Pasó la mañana entre las noticias de Cuba y las tareas cotidianas. Envió a analizar los restos de la cena de Celia y los resultados le llegaron con una rapidez inusual. Por fin, la pieza encajó perfectamente en el escenario del crimen. Repasó cuidadosamente todos los hechos y los indicios. El escenario había mostrado lo que se

escondía entre las bambalinas. El asesino no había sido inteligente, ni siquiera cuidadoso. La puesta en escena había sido tan burda que se había delatado desde el principio, pero había tenido suerte, muchísima suerte, y eso lo había vuelto confiado.

Levantó los brazos y entrelazó las manos detrás de la nuca, con la satisfacción del trabajo bien realizado. El camino para llegar a Celia quedaba despejado. Era solo cuestión de unos días más para vencer su reticencia y formalizar el noviazgo.

No deseaba prolongar más de lo necesario la situación, así que envió a un agente al despacho en el que trabajaba Vicente para que pidiera permiso y regresara a la casa. En cuanto Celia terminase los trámites con el abogado, le avisaría Soto y los pasaría a recoger. En un coche del servicio envió a cuatro agentes a la villa para que vigilaran los alrededores y no permitieran que nadie abandonara la casa sin su permiso.

Si al asesino le gustaba la teatralidad, se la iba a ofrecer.

Poco antes de la comida, llegaron en el Ford T a la villa. Por el camino, Celia no dejó de hablar sobre sus planes con la fortuna que disponía. Daniel se sonrió porque no lo incluía en ellos.

—¡Ah! Y me ha comunicado que ya podemos enterrar al tío. Le he dicho que encargue el entierro a una funeraria y que nos avise de la fecha, aunque yo no creo que asista.

El furgón de la policía se hallaba un poco más alejado, escondido detrás de otra villa cercana. Los agentes de paisano vigilaban las salidas de la casa. Daniel accedió al jardín por el gótico arco de cemento con Celia a la zaga, envuelta en una nube de ignorancia. Soto cerraba la comitiva. Entraron directamente al salón, donde aguardaba Vicente, quien mostró su molestia e impaciencia.

—¿Se puede saber qué es tan importante que me obliga a excusarme ante mis jefes?

—Un momento —exigió Daniel—. Soto, avise a la servidumbre. Quiero que todos estén presentes.

En el entretanto, con ayuda de Vicente, Daniel dispuso las butacas y el sofá en la misma dirección, como si se tratara del patio de un teatro.

En medio de una inquietante expectación fueron llegando. Josefa tomó asiento en una silla de brazos. Como era costumbre, Domingo, el mayordomo, permaneció de pie junto a la puerta, que Soto había cerrado y custodiaba. Amaia, lívida y nerviosa, se quedó en medio, sin decidirse hasta que Celia le indicó que compartiera el sofá con ella y Vicente ocupó una de las butacas.

Daniel se sentó de costado en el brazo de un sillón para mantenerse un poco más alto y dominar el patio de butacas mientras él permanecía en el escenario, concentrando la atención de los presentes.

—Por última vez, vamos a reconstruir los hechos de aquella noche. Tras la cena, la señorita Herrera mantuvo una fuerte discusión con su tío, que todos los presentes escucharon de alguna forma, aunque no se hallaran en la estancia. Después, el señor Herrera se retiró a la habitación y pidió que le subieran la tisana que acostumbraba a tomar. Esta obligación recaía en la señorita Herrera, quien la preparó y la subió. Según su declaración, cuando abandonó la estancia, oyó cómo su tío, escrupuloso en cuanto a la seguridad, echaba la llave. Y empieza el misterio.

Se detuvo. El público, su pequeño público, contenía la respiración. Era la pausa del suspense. Luego, siguió:

—Había una persona en la casa que tenía un miedo atroz al señor Herrera, y con razón, a la vista de los informes que han llegado de La Habana. El señor Herrera tuvo que huir de la isla para evitar ser juzgado por la muerte de unas mujeres que descubrieron enterradas en su hacienda.

Las exclamaciones de estupor se sucedieron entre los reunidos.

—¿Cómo pudo salir de la isla? ¿Cómo no lo han localizado en España? —indagó Vicente asombrado—. ¡Vaya policía!

—Porque en Cuba no empleó su nombre. Allí era conocido como el señor Pedro Arana.

—¡Oh! Leí el escándalo en la prensa —exclamó Vicente—. ¿Era él? —preguntó incrédulo.

—Se lo puede certificar Domingo, quien lo acompañó desde allí.

Todos se volvieron hacia el mayordomo, quien, nervioso, cambiaba

el peso de un pie a otro.

—Yo no estaba involucrado. Lo que dijeron en la prensa sobre mí no era cierto. Me encontré en medio de aquello por ser su mayordomo. Me salpicó y no me quedó más remedio que seguirlo en el exilio —se justificó afligido y asustado al saberse descubierto.

—Es la historia de siempre. Lo que hacen los señores repercute en los criados —aseveró Josefa, una enciclopedia sobre los avatares de la servidumbre.

—Por favor, volvamos a lo importante. Comprenderán que tenga especial interés en desvelar lo que ocurrió —exigió Celia inquieta.

—Un maltratador de mujeres no permanece inactivo mucho tiempo —continuó Daniel—. Durante dieciocho meses soportó una abstinencia monástica, pero la tentación habitaba junto a él y lo visitaba cada mañana con el desayuno.

Se oyó un grito seguido de llanto. Daniel observó cómo todos se giraron hacia Amaia, quien escondía la cara entre las manos mientras se abandonaba a un histérico lloro, a la vez que se mecía hacia delante y hacia atrás.

—¿Ella? —acertó a preguntar Vicente, quien la miraba estupefacto—. ¿Cómo lo hizo? Estaba cerrada por dentro.

Celia, blanca como el papel, se apiadó de la joven asesina y la abrazó. A Daniel le enterneció la acción, que revelaba mucho del carácter generoso de su amada.

—Si me permiten, seguiré reconstruyendo los hechos. —Captó de nuevo el interés de los asistentes.

—Como decía, el miedo de la doncella era tan grande y la amenaza tan segura que tomó una decisión desesperada. Debo advertir que, en ningún momento estuvo en su ánimo inculpar a nadie, y mucho menos a la señorita Celia.

—Pues lo disimuló muy bien —interrumpió Vicente sarcástico.

—Es cierto —gimoteó Amaia—. No entiendo nada de lo que pasó.

—Si no me interrumpen, yo se lo explicaré, Amaia —dijo Daniel impaciente—. Usted preparó la infusión de tejo en la cocina, decidida a terminar con la amenaza de una forma muy valiente, todo hay que decirlo.

—¿Usted la apoya? —entonó incrédulo Vicente.

—¡Señor Herrera! ¿Puede permanecer en silencio? Si vuelve a interrumpir, lo expulso de la sala —amenazó Daniel—. Como iba diciendo, entrada la noche, razón por la que los sobrinos no oyeron nada, subió la infusión y llamó suavemente a la puerta del señor, quien, al percatarse de que era usted, le abrió. Imagino que algo le prometió para que le permitiera acceder a la habitación y cambiar la infusión anterior por la nueva.

—Le dije que la infusión era una excusa porque Josefa, insomne a causa de una dolencia, me esperaba en la cocina. Le expliqué que no era muy entendida en los asuntos de la cama pero que me había dado cuenta de cómo me miraba, así que le propuse hacerlo por dinero cuando subiera el desayuno, cuando Josefa no me vigilaba, para evitar el escándalo. Se mostró muy complacido.

Vicente fue a abrir la boca, pero contuvo el comentario mordaz ante la severa mirada de Daniel.

—Su desesperación y su miedo eran tales que no pensó en las consecuencias o, al menos, prefirió afrontarlas a perder la honra. No voy a entrar en consideraciones morales.

—Nada de eso. En el pueblo, en más de una ocasión ha fallecido alguien por envenenamiento, bien de setas o por alguna otra planta y no pasa nada. Se habla de accidente —explicó Amaia.

—Sorprendente para alguien de mi oficio encontrar juntas ignorancia e inocencia en una acción criminal. Pero así es por los indicios.

—¿Van a detenerla? —inquirió Josefa angustiada.

—¿Por qué? —preguntó Daniel.

Los reunidos se miraron los unos a los otros desconcertados.

—¿No se detiene a los asesinos y se los juzga? —Se atrevió a hablar Vicente.

—¿Quién ha dicho que sea la asesina? Yo solo me he limitado a señalar que subió la infusión de tejo. Como mucho, podría acusarla de asesinar al gato, pero dudo mucho de que un tribunal admitiera una demanda por matar a un animal.

Capítulo 13

Celia ya no sabía en qué pensar. Estaba a punto de volverse loca. Se alegraba de que la actuación de Amaia la hubiera exculpado, pero, ¿qué significaba eso de que subiera la infusión y no fuera la asesina?

Todos hablaban a la vez, sorprendidos por la declaración del comisario. Amaia había dejado de llorar y permanecía a la expectativa, con la esperanza reflejada en los acuosos ojos. La voz del comisario terminó por imponerse y las aguas regresaron a su cauce.

—Amaia ignoraba que, mientras preparaba la infusión, el verdadero asesino la observaba. En la mente de esta persona, en unos minutos, se fraguó un plan maquiavélico. A su juicio, perfecto. En el intervalo en que la doncella entró en la estancia del señor para cambiar la bandeja y realizar su proposición, esa persona subió y aguardó escondido en el baño; o bien, en algún rincón oculto en la penumbra, ya que la luz del quinqué no abarca el rellano completo. Me he dado cuenta de que, cuando salimos de nuestros cuartos, dirigimos la mirada allá adonde nos dirigimos, es decir, hacia las escaleras, y no en dirección contraria. Esa noche, con el miedo del encuentro, Amaia salió disparada hacia la escalera sin volver la vista atrás, deseosa de poner distancia entre el señor y ella.

Permaneció agazapado, ignoro cuánto tiempo, hasta que calculó que el señor dormía de nuevo.

—¡Un momento! Si había visto que la doncella preparaba la infusión, ¿para qué iba a entrar él? —interrumpió Vicente con la anuencia de los demás, quienes asintieron con la cabeza.

—La infusión era una opción aleatoria: podía tomarla o no, ya que había bebido la primera. Él necesitaba estar seguro —aclaró el

comisario pacientemente—. Esa persona había cogido la llave de la cocina, introdujo por debajo de la puerta el paño grueso que había debajo del quinqué del pasillo y hurgó la cerradura con la llave de la cocina hasta que cayó la otra sin ruido sobre el paño. Luego, abrió la puerta y retiró la llave y el paño del suelo. Se tomó el trabajo de cerrar la puerta, sin echar el pestillo en esta ocasión, de dejar el paño en su sitio, aunque un poco descolocado, de bajar la llave a la cocina y, entonces, supongo, se cruzó con el gato, que le vendría muy bien para la preparación de la escena que había ideado.

Mientras hablaba, Celia se dio cuenta de que, aunque la mirara a ella como si se lo contara en exclusiva, los ojos se mantenían demasiado quietos, como si el comisario atendiera a un campo visual más amplio y controlara la periferia.

—Con gran sangre fría, regresó a la habitación del señor —continuaba la narración ante un público cautivado—, entró con el gato y cerró la puerta. Por alguna razón, Herrera se despertó. Me inclino a pensar en que el gato, por las declaraciones de los presentes, armaría lío al negarse a compartir la estancia con la persona que lo maltrataba. Y, por las conclusiones de la autopsia, deduje que Pedro Herrera reconoció al intruso y se levantó de la cama para enfrentarse a él. No lo temía, pues la pistola seguía en su escondite, y ese fue su mortal error. El asesino, más fuerte que él; o bien, con más técnica en el cuerpo a cuerpo, lo derribó. Con agilidad, alcanzó la cabecera de la cama y se hizo con una almohada. Antes de que lograra Herrera incorporarse, el asesino le puso la almohada en la cara y una rodilla sobre el pecho para impedir el paso del aire a los pulmones. Resumiendo, lo asfixió.

Nuevo revuelo. Celia observó cómo se miraban los unos a los otros, confusos y temerosos. ¿Quién era capaz de un acto semejante?

—¿No dijo que la autopsia no había revelado nada fuera de lugar? Dábamos por sentado que había muerto envenenado, así lo dictaminó el doctor —preguntó Vicente visiblemente inquieto.

—El doctor comunicó lo que vio —aclaró Daniel—. El envenenamiento era parte de la puesta en escena. Había seguido atentamente la maniobra de la doncella y se aprovechó de la

circunstancia para preparar un escenario que la inculpara. La trampa la tendió para el médico que acudiera a certificar la muerte. El propio asesino llamó la atención sobre el asesinato: obligó al gato a beber y después destiló una parte por la boca del muerto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué sangre fría! —Se horrorizó Celia.

—¡Pobre gato! Con lo bueno que era. —Se lamentó Josefa, quien lo alimentaba.

—El gato podría haber bebido él solo. ¿Por qué dice que lo obligó? —indagó Vicente infatigable.

—Esa fue la primera torpeza. Desde el momento en que entré en la habitación me llamó la atención el orden. Si el gato se hubiera subido a la mesa de noche, hubiera tirado algo por la escasez de espacio; por lo tanto, el asesino acercó la taza al gato. Así mismo, el muerto estaba colocado como se dispone el cuerpo en un velatorio: boca arriba y con las manos extendidas junto al cuerpo. ¿Quién duerme así? Y si hubiera fallecido envenenado, ¿no se habría retorcido de dolor? La segunda torpeza fue no darse cuenta de que un muerto no traga. La infusión envenenada no pasó de la laringe, mientras que el estómago estaba lleno de la primera tisana, la de la señorita Herrera.

—¿Desde cuándo sabe usted eso? —preguntó Josefa.

—¿El qué? —precisó el comisario.

—Que era todo un montaje, que la señorita Herrera no era la culpable.

—Desde el principio —reconoció el hombre, y la sonrisa ladeada, tan familiar ya para Celia, se dibujó en el rostro.

—¿Y ha mantenido a la señorita en vilo estos días? ¿Ha dejado que la señalásemos como a una vulgar asesina? Usted tampoco tiene entrañas —acusó la cocinera.

—Gracias por su defensa, Josefa. Estoy totalmente indignada por el trato del comisario. —Contribuyó Celia vengativa.

—¿A qué viene el hacerse a estas alturas la ofendida? No te has separado de él desde que entró en la casa. Yo te recomendé que lo engatusaras, no que lo metieras en la cama —intervino Vicente.

—Espero que lo de meterlo en mi cama sea una metáfora —puntualizó Celia acalorada, dispuesta a negar más que san Pedro lo

que era cierto.

El comisario mantuvo la presencia de mero espectador mientras los reunidos aireaban sus opiniones y se lanzaban indirectas. Celia le agradeció mentalmente que no saliera en su defensa y le rompiera las narices a Vicente.

—Lo que dice carece de sentido. —La voz del mayordomo calló las discusiones—. Está tendiendo una trampa porque desconoce la identidad del asesino. Si hubiera sido como ha explicado, la puerta no tendría la llave echada por dentro.

Las voces de apoyo a la observación del mayordomo no se hicieron esperar. El comisario levantó las manos con las palmas abiertas para pedir tranquilidad y silencio.

—En ningún momento he dicho que el asesino haya salido de la habitación tras cometer el crimen —aseveró.

—Es absurdo —protestó Vicente—. No había nadie en la habitación. Estábamos todos allí.

—¿Todos? ¿Quiénes, señor Herrera? Le recuerdo que conservo sus declaraciones.

—Sí, todos —confirmó Celia asombrada—. No había nadie en la habitación. Lo hubiéramos sorprendido.

—Mi estimada señorita Herrera, ¿no atendió cuando expliqué cómo, al salir de la habitación, se dirige la mirada allá adonde se va? Ustedes entraron en tromba directos al lecho, pues a esas alturas ya sospechaban que al señor Herrera le había sucedido algo durante la noche.

—Pero estábamos todos allí, entramos juntos —insistió Vicente.

—Todos menos uno —matizó el comisario.

Celia se percató de que el policía había desviado la mirada de ella y la había fijado más allá. Siguió la dirección y la condujo hasta Domingo. El corazón se le encogió ante la sorpresa. Todavía no comprendía cómo era posible; pero, por la lógica con la que había dirigido la investigación el comisario, lo creyó a pies juntillas. Los demás apreciaron el silencio e hicieron lo mismo que Celia.

—Yo también estaba allí —se defendió Domingo, alzando la barbilla en un desafío para que rebatiera esa verdad universal.

—Usted pasó la noche dentro de la habitación —refutó el comisario—. Cuando oyó el escándalo en el pasillo, se escondió detrás de la puerta, de forma que, cuando se abrió, pendientes del lecho, no se dieron cuenta de que usted salía y se posicionaba en el umbral como si acabara de llegar del jardín.

—No lo puede sostener. Tengo testigos —insistió Domingo sin inquietarse.

Celia se admiró de la tranquilidad del comisario al acusarlo y de la sangre fría del mayordomo al rebatirlo. Esa postura a más de uno habría hecho dudar, pero no a su comisario. ¿Su comisario? ¿Cuándo se lo había apropiado? Celia no deseaba perderse en análisis emocionales ante los acontecimientos que se desarrollaban en el salón y se concentró en lo que sucedía.

—No. No los tiene. Para empezar, esa mañana la cocinera no lo vio, supuso que estaba en el jardín porque acostumbraba a hacerlo; pero esa mañana no se cruzó con usted. Ese detalle indica que llevaba tiempo preparando el golpe. Verá, es un caso típico de novela de misterio el del asesinato a puerta cerrada. Usted lo leyó y preparó la estrategia. Con lo que no contaba y que le vino de perlas fue con que la doncella se le adelantara. Entonces, con una gran rapidez mental y una presencia de ánimo propia de una persona sin escrúpulos, dispuso la escena para que inculparan a la doncella de asesinato, de ahí el gato envenenado y el destilar un poco de la infusión en la boca del muerto. Si a eso le añadimos que la habitación estaba cerrada, deberíamos creer que, después de Amaia, nadie había entrado en la estancia.

Todos se volvieron hacia Domingo, quien permanecía quieto junto a la puerta.

—A ese razonamiento le falta el motivo. ¿Qué razón tendría yo para asesinar a la persona de quien dependía mi sustento? Trabajaba para él desde que era un niño. ¿Por qué iba a matarlo ahora?

—Muy cierto —convino el comisario.

Los reunidos seguían el intercambio entre el policía y el supuesto asesino sin respirar.

—¡Oh! Por favor, este es el cuento de nunca acabar —se quejó

Vicente.

—¿Quieres callar? —reprendió Celia, quien no perdía una coma de lo que se decía en el salón; es más, comenzaba a encontrarlo divertido una vez que se había esclarecido el nubarrón de la acusación que la había ensombrecido durante esos días.

—Ese es un tema interesante. El motivo es viejo, tan viejo como La Habana. Como ya comenté, allí era conocido como Pedro Arana. Amasó una fortuna con prostíbulos y con apuestas de peleas de gallos, fuera del radio de acción de las mafias norteamericanas que regentan los casinos. Lo que le perdió fue el gusto por la violencia que, en ocasiones, terminaba con la muerte de la mujer. Pero también hubo otras consecuencias. Desconozco la razón por la que Pedro Arana se quedó con una de esas consecuencias, un hijo mulato al que trató como un criado durante toda su vida. Y también se me escapa la razón por la que lo involucró en los asesinatos, aunque, a la vista de los acontecimientos, intuyo que no era tan ajeno a ellos como quiere dar a entender.

—Ahí se equivoca. Soy inocente. Esas mujeres eran negras, como mi madre. Si no llega a ser por la mujer blanca desaparecida, no lo habrían cogido.

—Cierto. ¡Qué error tan imperdonable! —Ironizó el comisario—. Una señora casada desaparece y uno de sus zapatos es hallado en la hacienda, lo que da lugar a que se inicie la investigación que destapa otros crímenes. ¿Por qué será que no me creo que el señor Herrera tuviera parte en esa muerte? Más bien, parece la venganza de alguien que desea que cojan a su señor. Su inclinación como escenógrafo lo delata. Pero le sale mal la jugada porque un amigo, por una considerable suma de dinero, lo ayuda a salir de la isla. Por la circunstancia que fuera, el padre no sospecha del hijo mulato y se lo trae consigo.

—Ignoro quién le ha informado de que yo sea su hijo —renegó Domingo con los ojos afilados como puñales.

—El propio Herrera. En un compartimento secreto de su escritorio encontramos la documentación de su identidad en la isla y la del nacimiento de un hijo que tuvo a bien, váyase a saber el porqué,

reconocer.

—¡Maldito sea! Me aseguró que nunca lo había hecho. Se divertía torturándome con ello.

—Y, al final, no le dejó el millón que esperaba. Tan solo dos mil pesetas, como a los demás sirvientes, que tan poco tiempo llevaban con él. Los motivos fueron venganza, odio y, cuando se enteró de que le dejaba un millón si lo seguía hasta aquí para compensarle, se añadió el de avaricia. Necesitaba ese dinero para invertir en una fonda. —Ante la mirada de sorpresa del mayordomo, continuó—: Sí, también me he enterado de que andaba en tratos para adquirirla. Esto es un pueblo. Ansiaba su independencia y ha estado muy cerca de conseguirla. Pero se acabó el juego.

Domingo se movió rápidamente y se abalanzó sobre Soto para salir. Este, prevenido de antemano sobre la identidad del asesino, lo placó con una llave de lucha libre y lo retuvo contra el suelo. El comisario se aproximó a una ventana e hizo una seña a los policías que aguardaban fuera para que entraran.

Durante unos minutos, hubo un revuelo de sillas y de personas, hasta que los agentes esposaron al cubano. El comisario se acercó a Domingo y lo remangó. En los antebrazos había dos tipos de rasguños.

—Los más profundos son del gato, cuando se resistió a entrar y a permanecer en la habitación; mientras que los más suaves son los que le infirió Herrera, cuando trató de defenderse y de liberarse de la asfixia, pues se había recortado las uñas recientemente.

Antes de que Soto se retirara con el criminal, el comisario realizó la última pregunta:

—Me queda una duda. ¿Por qué había un muñeco lleno de alfileres debajo de la cama del muerto? Entiendo que ese tipo de brujería se emplea para desear el mal a alguien; pero ¿qué objeto tiene después de que lo ha asesinado? ¿Y por qué lo retiró después?

—Sirve para más cosas. —Una mueca de suficiencia cruzó el rostro congestionado tras el forcejeo—. Atrapa el alma del que fallece. Y no lo retiré, lo cambié de sitio para que el alma de ese malnacido, una vez atrapada, no encuentre descanso en el más allá.

Los agentes se lo llevaron y Celia, junto a los demás, se asomó a la ventana para presenciar cómo introducían en el furgón al causante del desasosiego de esos interminables días de incertidumbre.

Capítulo 14

Daniel suspiró con la satisfacción del trabajo bien hecho y con el alivio de haber librado a su amada del garrote vil, aunque cada vez había menos jueces inclinados a ese tipo de ejecuciones.

—¿Van a comer los señores?

Una pregunta tan banal los apartó de la ventana. El furgón abandonaba la villa ante la estupefacción del chófer y del jardinero, quienes cerraron la verja a su paso.

—Se ha hecho tarde, pero tengo hambre —constató Celia—. ¿Se quedará a comer, señor comisario?

—Encantado, señorita Herrera —replicó Daniel con retintín.

—Vamos, niña —apremió Josefa a Amaia, a quien, según pasó a su lado, le dio un pescozón.

—¡Ay! —se quejó dolida la doncella.

—Eso, por estúpida. ¿A quién se le ocurre intentar envenenar al señor? —rezongó la cocinera—. Otra vez, cuéntamelo primero.

—No se haga la tonta, Josefa —reprochó Daniel—. Usted lo sabía; o por lo menos lo sospechaba.

La mujer se giró lívida, lo pensó mejor y la furia invadió su redonda persona.

—Era casi una certeza, sobre todo cuando observé que la niña no dormía y andaba aterrorizada, pero pensé que el señor había aflojado cuando me pidió que le calentara la cama.

—¿A usted también? —Se asombró Amaia.

—Llevo faldas, ¿no? —replicó sarcástica la cocinera—. Para esa clase de hombres, una mujer es una mujer. No solo buscan a las jovencitas.

—¡Cuánto odio puede suscitar una persona! —exclamó Celia escalofriada.

—No es la persona, sino sus acciones —corrigió Daniel.

Josefa y Amaia se marcharon a la cocina y ellos se dirigieron al comedor.

—Encontraba un placer enfermizo en crear expectativas para después arruinarlas, en causar violencia en las mujeres, en someter la voluntad de otros seres —continuó Daniel con el análisis—. Un alma mezquina que necesitaba alimentarse con la desdicha de los demás.

—No hay nada como la generosidad cuando nos van bien las cosas para encontrar el agradecimiento de los que nos rodean —sentenció Vicente.

A Daniel no le caía bien ese tipejo, pero lo tendría que soportar si quería permanecer al lado de Celia. Esperaba que su compañera no se dejara enredar en las mieles pegajosas de su primo.

—Cierto —afirmó Celia, y tomó el asiento que le ofreció Daniel—. He de estudiar cuidadosamente a qué asociaciones benéficas voy a donar.

¡Esa era su chica! Se enorgulleció Daniel cuando comprobó la estupefacción de Vicente, quien carraspeó para disimular.

—¿Qué otras torpezas cometió el asesino? —inquirió Vicente, cambiando de conversación.

—¡Ah! Sí. El tejo. Introduje en la casa una rama verde de tejo consciente de la peligrosidad. Tras el revuelo, como recordaréis, la rama se tiró a la pila de hojarasca que había en el jardín para que Paco le prendiera fuego en cuanto se calmara el viento. Tuve la precaución de que la rama de tejo estuviera verde para que no perdiera las hojas fácilmente y las conté. Por la mañana, antes de que prendiera la hoguera, busqué mi rama y le faltaban un par de hojas, pero lo más importante fue que la persona supuestamente envenenadora, es decir, Amaia, ante el temor de ser descubierta, se había deshecho de sus hojas. Así que en el montón descubrí las hojas secas de Amaia junto a la rama verde. Entonces ya no quedó duda de que había dos personas. ¿Por qué deshacerse de unas hojas y coger otras? Carecía de lógica. En ese momento, me encajó el

rompecabezas casi por completo y respiré, porque ya tenía en la mano la prueba que exculpaba a la señorita Herrera. De hecho, como dije antes, la escena estaba preparada para que Amaia fuera la culpable. Ni el asesino ni la doncella calcularon que Celia fuera a ser la encausada. Ironías del destino.

—Bien. Ya conocemos todo el razonamiento —afirmó Vicente, contundente e impaciente a la vez—. Yo también soy muy observador, señor comisario, y le advierto de que no me ha pasado desapercibido el interés que muestra en conquistar a una rica heredera. ¡Cómo la mira! Y en ocasiones se le escapa su nombre.

—Vicente, te recuerdo que no eres mi tutor, que soy mayor de edad y que no necesito que nadie me guarde. Es decir, que no soy tonta.

—No; pero ahora te verás rodeada de un montón de hombres que ansían tu dinero —rebató Vicente, como si fuera un experto en el tema.

—Me parece un insulto hacia su prima que piense que solo es capaz de atraer a los hombres por el dinero —intervino Daniel asqueado—. Cuando un hombre mira a Celia, se pierde en la calidez de sus ojos, profundos como el alma que albergan, serios o divertidos, según cómo vea la vida cuando pasa por el tamiz del corazón. ¡Ah! El corazón. Ese que la traiciona y late desacompañado cuando ama, cuando nota una caricia o cuando la desborda la dicha y el placer. Pero los más refrescantes son los labios, cínicos, incitadores, rebeldes, desdeñosos y controvertidos. Expresan lo contrario de lo que dicta el corazón, se ríen de lo que piensa la mente, niegan lo que siente el cuerpo. ¡Qué atractivos resultan para quien sabe interpretar su lenguaje! ¿Y el cuerpo? Tímido, se esconde bajo la ropa; pero se adivina pletórico, voluptuoso y lascivo cuando pierde el pudor.

—¡Oh! El comisario es un romántico —exclamó Amaia. Sujetaba una fuente en las manos en el umbral, donde se había quedado extasiada para no interrumpir el arranque apasionado de Daniel—. Ya quisiera yo un novio que me dijera esas cosas tan bonitas.

—¡Mujeres! —espetó Vicente despectivo.

—Harías bien en tomar nota si quieres conquistar a esa chica —

recomendó Celia, enternecida, halagada y subyugada por la pasión que era capaz de despertar en un hombre como el comisario.

Daniel se sonrió ante el arrobo, el desconcierto y el pudor de Celia. Aunque había hablado en general, ella no ignoraba que la había descrito con la mirada enamorada.

—Me cruzaría la cara con una bofetada. Es una mujer honesta a la que no se le puede mencionar el cuerpo ni la palabra «lascivia» — rechazó Vicente.

—Pues te recomiendo que busques a otra. ¿Quién busca honestidad en una cama?

A Daniel le encantó que su amada empleara el ataque como defensa. Vicente no era rival para ella. La doncella se retiró, con la mirada todavía ardiente, en cuanto acabó de servir.

—Y ya que ha realizado tan concienzudamente la investigación — cambió de tema Vicente otra vez—, se habrá informado de quién era la persona con la que debía contraer matrimonio mi prima.

—No es una pregunta muy oportuna, ¿no le parece? Además, ¿qué interés tiene cuando ya es irrelevante tanto para el caso como para ella?

—Curiosidad —intervino Celia mirándolo fijamente.

—La curiosidad mató al gato —respondió Daniel sin desviar los ojos.

—No, fue la mala suerte de cruzarse en el camino del asesino y, luego, el veneno —desafió Celia.

—Como desee mi princesa. —Se oyó el chasquido de la lengua de Vicente para dar a conocer su desaprobación. Daniel no le hizo caso y siguió como si no se encontrase entre ellos dos—. Era el hombre que lo ayudó a salir de Cuba en tan crítica situación.

—¿Me conocía? —se extrañó Celia.

—Eso era lo de menos. La boda era la excusa para realizar un ingreso tan importante de forma justificada. De ahí que fuera la única heredera. La dote sería un primer pago y, a la muerte de su tío, recibiría el segundo pago a través de su herencia. En cuanto contactó con su amigo, cambió el testamento, por eso databa de tan solo hacía un mes.

—Como dije, Vicente, yo no heredaba nada —recordó Celia a su primo.

—Sin embargo, la circunstancia ha cambiado. Has salido ganando.

—Vicente —el gesto de Celia se tornó serio—, busca una casa que puedas mantener con tu sueldo, yo la pagaré. Y, después, no quiero volver a saber de ti.

—¿Y eso? Como ahora eres millonaria, no deseas relacionarte con la plebe.

—¿Recuerdas cuando nos reunimos por primera vez en esta casa? No comprendíamos por qué no nos habíamos relacionado antes a pesar de vivir en la misma ciudad.

—Sí, por supuesto. Yo lo dije.

—Bueno, pues yo ya lo he comprendido y he llegado a la conclusión de que es mejor para mi salud seguir manteniendo la distancia.

Daniel disimuló una sonrisa bajo la servilleta, en tanto que Vicente, furioso, se levantó violentamente, alzó la barbilla y abandonó la estancia con aire ofendido.

—Esos labios son muy hostiles —observó Daniel—. ¿También para mí?

—Por supuesto, señor comisario, los ha agraviado al calificarlos de cínicos, cuando es usted el maestro.

—¡Hum! ¿Me estás pidiendo una satisfacción? Antes de irme, trataré de endulzarlos un poco.

La sugerencia arreboló a Celia, aunque no emitió queja alguna, por lo que Daniel dedujo que pisaba terreno firme. Amaia retiró el primer servicio y llegó con el segundo.

—Hay un punto que ha quedado sin resolver —planteó Celia.

—Pregunta, mi amor, hoy es el día de las respuestas. —Animó Daniel.

—¿De verdad estaba envenenada la cena o fue para empujarme a tu cama?

—¡Qué subterfugio más malo! ¿Tan zafio me crees? No sé si tomármelo como una ofensa. Esa es una actuación a la altura de tu primo. Pero te complaceré, estoy de buen humor. ¿Recuerdas las

hierbitas por encima de la tortilla? Pues eran de tejo. En algún momento, antes de que recogiera la bandeja Amaia, Domingo especió la tortilla.

—Se me escapa la intención. No sería suicidio. —Coligió Celia.

—Matar dos pájaros de un tiro: tú fallecida y Vicente acusado, él heredaría como pariente más cercano. Lo cierto es que tu primo no destila alegría ni buenas intenciones contigo y es evidente para todos en la casa, aunque reconozco que la frustración de quedarse sin nada le llevó a tomar esta medida a la desesperada. Lo primero de lo que me informó el servicio fue de que tu primo no pisaba la cocina.

—Pero Domingo no sabía que lo había reconocido como hijo —objetó Celia.

—Mintió. Lo ha intentado hasta el final sin faltarle el ánimo. ¿Vas a vivir en esta casa? —Cambió de tema Daniel.

—¿Aquí? ¡Ni loca! ¿Con esas ventanas de iglesia y la torre fantasmagórica? Buscaré un piso en la ciudad y venderé esta. El Sardinero no resulta acogedor en invierno.

—Eso me recuerda que he de retirar la pistola de la habitación de tu tío. La dejé por si acaso era importante para el caso. Nunca se sabe hasta que está completamente resuelto. Después, podéis disponer de ella a vuestro antojo, ya tenemos lo necesario para la causa de Domingo. ¿Le compras la casa a tu primo para quitártelo de encima?

Daniel disfrutó con la carcajada que arrancó a Celia.

—No se me había ocurrido de esa forma, pero hay un fondo de verdad en esa posibilidad. ¿Nos estamos despidiendo?

—Según Vicente, sería estúpido por mi parte.

—¿Y según el señor comisario?

—El señor comisario ha expresado ya lo que ve en Celia Herrera. Sin embargo, dentro de unos días, en los que estará ocupado con las diligencias pertinentes del oficio, volverá a desgranar palabras de amor en las preciosas orejas de la señorita Herrera. ¿Mencionó sus orejas? ¿No? Imperdonable olvido que deberá reparar en la siguiente cita.

Daniel recuperó la pistola y buscó el muñeco con alfileres, pero no lo encontró. Tampoco tenía mayor importancia para el caso, el toque

morboso del vudú desviaría la atención del juez de lo verdaderamente esencial. En el vestíbulo lo aguardaba Celia, quien había dado aviso al chófer para que lo llevara a la ciudad. Cumplió su palabra y endulzó los labios hostiles de la amada, la abrazó con la promesa de nuevas caricias y se despidió con un «hasta pronto».

Aunque el despacho le llevó tiempo, no olvidó hacer los deberes para el futuro. Por medio de un amigo, encontró el piso ideal en la calle Hernán Cortés: amplio, luminoso y en una buena zona en la que podía relacionarse con vecinos importantes dentro de la burguesía media de la ciudad. Se pasó por el despacho del abogado de Celia y le dejó la dirección para que se lo «sugiriera» a la indómita enamorada. Visitó la joyería y escribió a la familia para informarles de que, en breve, les presentaría a la futura señora Valle.

Epílogo

Celia había estado muy activa durante los casi veinte días que hacía que no veía al comisario, a pesar de su promesa; pero había aceptado que la mentira formaba parte de él. Se movía por la habitación y guardaba en cajas las pertenencias que había traído de su anterior piso. Había seleccionado algunos muebles y objetos con los que se había encariñado y preparaba la mudanza al piso nuevo que había adquirido por recomendación del abogado en la calle Hernán Cortés. En cuanto terminasen los obreros de pintarlo y de arreglar algunos desperfectos, se dedicaría a amueblarlo.

Se había reunido con sus amigas y les había contado de primera mano la resolución del caso, que publicaron, a bombo y platillo, los periódicos. No todos los días se cometía un crimen para saciar el morbo de la sociedad santanderina. Aunque lo que más les interesó fue el avance en las relaciones con el comisario. No les contó los detalles íntimos y quedó el relato en una apasionante declaración de intenciones por parte del hombre. Les dejó el piso, heredado de sus padres, en alquiler, pues, según palabras de Sonia, una millonaria no podía vivir en un piso tan pequeño y sin servicio.

—¿Puedo llevarme un par de camas y alguna cosilla más? —preguntó Vicente desde el umbral.

Habían dejado las puertas abiertas porque ambos estaban entrando y saliendo. Vicente había encontrado un piso decente y adecuado a su sueldo en la calle Cervantes.

—Sí, pero quiero ver «la cosilla más».

—¡Qué desconfiada te has vuelto! —exclamó Vicente ofendido—. Harías mejor en vigilar a ese comisario que te ha cegado con cuatro

palabras melosas. ¡Qué fáciles sois las mujeres!

—Vicente, no te comprendo; o más bien, eres tú el que se contradice. Primero, me llamas zorra y me acusas de meterlo en mi cama y, ahora, es el comisario el seductor y yo la víctima. ¿En qué quedamos?

—Que es muy listo el hombre, como ya lo ha demostrado, y se lleva el premio mayor. Ni el tío, ni tu novio cubano, ni el hijo mulato, ni yo. No, señor. Se lo lleva el comisario que desentraña el caso. ¿No dijiste, muy atinadamente, que tú no heredabas? Pues eso.

—¿A qué hora llegará el carro de la mudanza?

—A las once. ¿Por qué?

—Creo que tengo peluquería y no voy a estar aquí para despedirte. Dejaré instrucciones a Josefa sobre lo que te llevas. Que te vaya bien, Vicente.

Si había algo que Celia no soportaba eran las personas cizañeras y negativas, y Vicente era una de ellas. Domingo asesinaba con las manos y Vicente lo hacía con la lengua. O, al menos, provocaba a sus víctimas los deseos de asesinar.

No regresó a la casa hasta que cayó la noche, que fue bien pronto. El otoño llegaba a su fin. Una vez vaciado el vestíbulo de las cosas de Vicente, las cajas que había en su cuarto, lo llenaron de nuevo. Agradeció a Amaia que se hubiera tomado la molestia de bajarlas y le ordenó que le subiera la cena a la habitación. Evitó el comedor porque acentuaba la soledad que la rodeaba. Esa noche nadie compartía la planta con ella, ni siquiera la casa, pues Josefa y Amaia dormían encima de la cochera. Solo mujeres. Ni un hombre que las defendiese de un ladrón. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuánto deseaba abandonar la villa ni de cuánto echaba de menos al comisario.

Había seguido las noticias del proceso en la prensa. Las repercusiones habían sido internacionales al descubrirse la identidad del asesinado y del asesino, ambos requeridos por la policía cubana. Con toda seguridad el comisario se habría visto envuelto en esos enredos jurídicos y jurisdiccionales entre naciones. Con alivio, comprobó, día tras día, que su nombre no salía a relucir ni tampoco

el de Vicente. De alguna manera, el comisario había salvaguardado la identidad del resto de los habitantes de la villa.

Terminó la cena y se cambió. Se echó el salto de cama por encima, pues era temprano para acostarse, y se acercó al escritorio dispuesta a escribir una de esas largas listas de cosas importantes para la nueva casa. La llamada de unos nudillos en la puerta la sacaron de su tarea. La doncella entró a retirar la bandeja.

—¿A qué hora desea que la despierte?

El ruido de la campana de la puerta las interrumpió. No, las paralizó, reconoció Celia. Amaia, como era su obligación, se armó de valor y bajó las escaleras con la bandeja en la mano. Celia se asomó a la escalera, pendiente de lo que sucediera. Comprobó que la cocinera había llegado al vestíbulo con un cuchillo en la mano y que, sin mediar palabra, apartó a la doncella y se acercó a la puerta. Abrió la mirilla para averiguar quién había al otro lado. Intercambió unas palabras y se dispuso a descorrer los cerrojos.

A Celia le embargó la inquietud. ¿Quién sería a aquella hora?

—Buenas noches. —Tronó la voz del comisario en medio del silencio—. Un pajarillo me comunicó que se quedaban tres damas solas en una villa y me dije: ¡caramba, Daniel!, igual esas mujeres te ofrecen una buena cena al calor de la chimenea a cambio de que las ampires durante la noche.

—¡Vaya chismosos que son en la policía! —exclamó Josefa, quien, sonrojada, se apresuró a esconder el cuchillo bajo el delantal—. Amaia, prepara la habitación del comisario mientras le caliento la cena. No hemos encendido la chimenea en el salón, pues los señores andan de mudanza. Bueno, ya solo queda la señorita.

—Perfecto. Que me suba la cena, pero que la recoja por la mañana. No deseo estar pendiente de su regreso. Por otra parte, soy consciente de que ustedes ya estaban a punto de retirarse.

—Así es. Acomódese, que ahora va.

Celia se retiró con el pulso alterado. El comisario había estado pendiente de lo que sucedía en la villa. No se había olvidado de ella y había velado, desde la distancia, por su seguridad. Aguardó en el umbral de su cuarto hasta que apareció en lo alto de la escalera.

—Ni en los mejores sueños imaginé un recibimiento así. —Sonrió el comisario.

Se cruzó de brazos, apoyó un hombro en la pared y dejó descansar una de las piernas. Se tomó su tiempo para recrearse en la estampa que le ofrecía. Celia era consciente de la iluminación de la habitación que transparentaba su cuerpo como si no llevara camión ni salto de cama. Se mantuvo firme, aunque notaba el calor de las mejillas encendidas.

—Es un hombre de hechos, la fantasía no es propia de su oficio, como puede comprobar. —Se atrevió a replicar.

La sonrisa tan conocida se asomó al rostro tan querido.

—¡Cuánto he echado de menos esa lengua!

—Flaca memoria. Eran los labios los rebeldes y protestones.

—¿Ha habido muchos hombres durante mi ausencia?

—¿Celoso?

—No. Pero tu primo aseguró que habría muchos moscardones detrás de tu dinero.

—Salieron corriendo en cuanto descubrieron que mi tío era un proxeneta asesino y mi primo, un imbécil. ¿A usted no le asustan mis genes, señor comisario?

—Para nada, señorita Pérez.

—Señorita Herrera Pérez —corrigió Celia.

—Señorita Pérez. Estoy seguro de que tu madre le puso los cuernos a tu padre, así que no llevas los genes malditos de los Herrera.

Celia soltó una carcajada que ocultó el ruido de los pasos de Amaia, quien empezaba a subir la escalera con la bandeja para el comisario. Celia decidió que no deseaba continuar con la pantomima y que no le importaban las conveniencias sociales. Se apartó del umbral al tiempo que le indicaba con la cabeza que pasara.

—Amaia, deje aquí la bandeja.

La doncella abrió los ojos sorprendida, pero no dijo nada. Entró en la caldeada habitación y dejó la cena para el comisario, quien se apresuró a quitarse el gabán y procedía como si fuera el señor de la casa. En cuanto salió Amaia, Celia comentó:

—Resulta un poco aburrido mantener las formas.

—Eso tiene fácil solución: pasar por la iglesia —respondió el comisario, como quien menciona que es jueves.

Celia se quedó con la duda. ¿Era una broma? ¿O lo había dicho en serio? Observó cómo se sentaba y daba buena cuenta de la cena.

—Sí, es más fácil decirlo que hacerlo: el vestido, los invitados, el convite. Un incordio. Ahora mismo estoy liada con la nueva casa, aunque eso ya lo sabrá. ¿Hay algo que se le escape, señor comisario?

—Sí, tú, que más pareces una anguila que una mujer. ¿Y qué hay mejor que un marido para decorar tu casa nueva? —propuso el comisario apurando el último bocado.

—¿Un hombre para calentar la cama? —rebatió y se ruborizó hasta el nacimiento del pelo nada más decirlo.

—¡Ah! Esa invitación no puedo rechazarla y me complacerá satisfacerla de forma inmediata; pero un favor se paga con otro favor.

Celia se sorprendió de que pusiera condiciones, pero no se amilanó. El comisario se había puesto de pie, se quitó la chaqueta y procedía a hacer lo mismo con el chaleco.

—¿Cuál es el favor?

—Una manía mía. —Sacó una cajita de joyería del bolsillo—. Me gustaría hacerte el amor mientras luces este anillo en el dedo y que pasaras por alto los inconvenientes, tan perfectamente enumerados, y te casaras conmigo dentro de un mes.

—¿Dentro de un mes? —Se asombró Celia.

—¿Prefieres antes?

—Eso son dos favores —eludió.

—¡Ah! Y se me olvidaba lo esencial —recordó el comisario—. Esta noche escucharé mi nombre de esos labios tan esquivos por primera vez.

Fin